

LOS DÍAS QUE NO SE VEN



ELENA FUENTES MORENO

LOS DÍAS QUE NO SE VEN

Ilustración de cubierta: Mónica Gallart
www.gallartcreativa.com

Maquetación: Maiki Niky Design (Rosa Ceballos)
www.maikinikydesign.es

Corrección: Marina Iglesias

Descubrió que el dolor del alma es aún más perturbador que el del cuerpo y, cuando pensaba que ya lo había sufrido todo, vio que era el principio de la caída, aún le quedaba perder la confianza que siempre la había sustentado y tomar conciencia de ello; fue el golpe definitivo… Dolor, mucho dolor. Un dolor que parecía no tener fin y que la estrangulaba, una traición que no podría olvidar jamás.

Para ti, papá.

Para ti, mamá.

Para ti, hermana.

Para vosotros, hijos.

Sois mi fuerza, sois mi centro.

Para la gente que me hace feliz a diario y me ha dado un abrazo cuando lo he necesitado en esta época tan complicada. Gracias.

La traición la emplean únicamente aquellos que no han llegado a comprender el gran tesoro que se posee siendo dueño de una conciencia honrada y pura.

VICENTE ESPINEL

Sólo pensar en traicionar es ya una traición consumada.

CESARE CANTÙ

En ninguna cosa la infidelidad es más innoble y repugnante que en el amor.

SÖREN AABYE KIERKEGAARD

La gran ley del karma: dicta que toda acción, pensamiento o energía que reúnas se te devolverá, sin importar que sean buenas o malas.

En definitiva, cosechas aquello que has sembrado. No solo en la otra vida, sino también en esta.

El tiempo, solo el tiempo, pone a cada cual en su lugar.



La fuerza de tu presencia se extingue paulatinamente con el paso de los días. Conforme tu alma se despega de este mundo, más pesa la mía, que observa impotente los acontecimientos, contenida.

La enfermedad se va llevando sin prisa lo que va quedando de tu esencia, esa que me cubría y protegía antaño y a la que ahora solo puedo aspirar unos minutos: esos en los que te cojo la mano; esos que guardaré como un tesoro para rescatarlos cuando sienta tu anhelo y recordarte a mi lado cuando ya no estés; esos que no me dejarán sucumbir…

Me siento pequeña siempre que recorro el enorme pasillo del palacio Agerrea; cada vez que lo hago, no puedo evitar que mi mente se eche a volar y comience a construir historias en las que invariablemente yo soy la protagonista. No experimentaba una sensación parecida desde mi infancia, cuando entraba en la habitación de mi abuela y podía pasar horas y horas entre sus vestidos y sus joyas, viviendo emocionantes aventuras que me hacían perder la noción del tiempo y el espacio. El mundo a mi alrededor desaparecía y, ante mí, surgían fastuosos palacios, bosques llenos de peligros y toda una suerte de personajes que me acompañaban en mis periplos… Extraño esos momentos, que desaparecieron con mi adolescencia, ahora soy incapaz de reproducir ni siquiera un atisbo de aquellas experiencias que impregnaban todos mis sentidos sin necesidad de estímulos. Echo de menos mi imaginación, era el refugio perfecto del mundo.

Desde aquellos años, me he perdido a mí misma con una vida en cierto modo impuesta (la sociedad, el entorno, qué se yo, las excusas de siempre…) pero a la que no he sabido oponerme. Empiezo a ser

consciente. Sorprendentemente, en estos meses, he reconectado de una forma casi mística con el mundo, con mi propio yo y mi alma, a la que comienzo de nuevo a comprender; supongo que se lo debo a la paz que desprenden estos muros.

Llegué al convento de las carmelitas descalzas de Donamaría en marzo, para despedirme de mi tata María, a la que profeso auténtica devoción: la mujer que me crio, y que pasó toda mi infancia velando por mí. Bajo sus techos, siento mucha más calma que en ningún otro lugar. Esta recóndita aldea de Navarra me resulta mucho más confortable, pese a sus carencias, que cualquiera de los domicilios por los que he pasado a lo largo de mi existencia, por opulentos y ostentosos que fuesen.

La casa-palacio Agerrea fue construida en el siglo XVIII por un indiano de la localidad, pero en 1958 llegaron veintitrés monjas de las Madres Carmelitas de Santa Teresa de Lisieux, que la llenaron de calor humano y que se esfuerzan constantemente por mantener la casa en buen estado, a pesar de contar con exiguos recursos económicos y pese a las múltiples reparaciones que siempre las acechan y agobian: un año son las goteras del techo, otro el suelo, que se comba… Es un lugar que requiere de mucho mantenimiento, son muchos metros, pero no verás ni un solo rincón descuidado; estas mujeres siempre muestran una fuerza estoica y consiguen solventar cualquier contrariedad, son impresionantes.

María me había dejado sola en contra de su voluntad hacía unos veinte años, cuando mis padres consideraron que yo era ya lo suficientemente mayor como para vivir sin supervisión: despidiéndola, la echaron de casa y de mi vida sin muchos miramientos, después de quince años sin despegarse de mí. Aquel fue el momento en que explotó la burbuja que había sido mi existencia y pasé por un amargo duelo que un psiquiatra, amigo de mi madre, logró apaciguar con Trankimazin. Aquel hombre no se daba cuenta de que me habían arrebatado a la única persona con la que yo había podido crear un vínculo de apego, era mi familia, mucho más allá de los vínculos de sangre; el resto de gente que me rodeaba no me consideraba más allá de una mascota.

Esos años, me sentí terriblemente sola. En casa había gente del servicio que se ocupaba de que no me faltara nada, pero apenas cruzaban conmigo cuatro palabras al día, para saber qué me apetecía comer o si necesitaba que me llevaran a algún sitio. Mi abuela Herminia era la única que sabía más o menos por dónde iban los derroteros de mi vida, solo ella en aquella enorme casa me conocía, porque se había tomado la molestia de hablar conmigo de vez en

cuando. No quiero caer en el victimismo, me gusta pensar que ya he superado todo eso y he perdonado a mis progenitores por todo el tiempo que no me dedicaron. A cambio, me dieron recursos ilimitados para que haga con mi vida lo que he querido y es de agradecer; después de años de terapia, me quedo con eso.

Ahora estoy aquí, con el corazón en un puño porque María se muere y yo no quiero que eso pase. De hecho, no estoy preparada para que me deje de nuevo sola, y supondría que debo marcharme de este lugar que me colma de paz. Podría coger los hábitos como hizo ella, no me importaría pasar el resto de mi vida aquí, pero eso sería engañarme a mí misma y a todas estas mujeres que me han acogido como una más, a pesar de que las normas lo impiden. No tengo alma de monja ni vocación ni nada que se le parezca.

Las circunstancias han jugado a mi favor: llegué a la hospedería del convento pensando en pasar un par de semanas, pero las cosas se complicaron y el coronavirus impregnó todo de una densa incertidumbre. Mientras el mundo se volvía loco, yo encontré el sosiego que nunca me había acompañado y aquí sigo, agazapada, huyendo de mi vida en una confortable existencia.

María siempre había tenido clara su vocación religiosa. Se quedó huérfana a los diecisiete años, sus padres habían muerto en un terrible accidente de tráfico que la dejó a cargo de su hermano pequeño. Ambos salieron adelante gracias a que María trabajaba de sol a sol en cualquier cosa que le salía, posponiendo siempre sus estudios y su entrada en el servicio a la Iglesia. Así estaba su vida cuando, en 1988, acudió a la zona más rica de la ciudad a una entrevista de trabajo. En un principio, entró a trabajar en casa de los Campos Arzuaga como ayudante de cocina, pero pronto sus habilidades para calmar al irascible bebé, que no paraba de berrear, quedaron patentes y se postuló como clara candidata a ocupar el puesto de niñera, al que sus predecesoras renunciaron con gusto.

Yo no fui un bebé fácil, como siempre me recuerda mi madre cada vez que tiene ocasión. No comía, no dormía y pasaba la mayor parte del tiempo llorando desconsoladamente sin razón aparente; solo apretada al enorme pecho de María encontraba consuelo para el descanso, así que la elección fue fácil y pasé a su cuidado por entero, lo que supuso un alivio para todos los habitantes de la casa.

Mi madre tenía múltiples eventos a los que acudir y solo compartía alguna comida conmigo eventualmente y mi padre… Bueno, mi padre ya era por entonces un gran hombre de negocios, con lo cual mi presencia ante él siempre era causa de estorbo, por lo que

siempre había alguien que acababa apartándome de su lado; en definitiva, hasta que no tuve la suficiente edad como para razonar con él e interesarme por algunas de sus aficiones para llamar su atención, fue un gran desconocido para mí y a la inversa.

Aunque María dejó de formar parte de mi vida, seguíamos en contacto, yo le escribía al menos una vez por semana contándole mi vida e iba a visitarla cuando sentía la necesidad de escapar de Madrid. Conocía a todas las hermanas que compartían el convento con ella y ellas sabían mucho más de mi existencia que gente muy cercana a mí. Cuando llegaba a Donamaría, me sobrecogía con el amor que me profesaban las monjas, siempre cariñosas y amables conmigo, me hacían infinidad de preguntas y se bebían expectantes cada una de mis respuestas.

Fue una mañana fría de principios de marzo cuando mi vida se puso del revés. Recuerdo perfectamente la angustia que me recorrió después de la llamada telefónica de la madre superiora. Me encontraba desayunando en la cafetería a la que acudía todas las mañanas antes de ir a trabajar cuando el móvil comenzó a sonar en mi bolso:

—¿Sí?

—Carmen, te llamo del convento, es María, creo que está llegando al final. Siento mucho tener que decirte esto, pero me ha pedido que te llamase, quiere hablar contigo.

—Claro —acerté a decir, más por instinto que porque hubiese procesado la información—, intentaré ir lo antes posible.

Después de eso, no sé exactamente cómo ocurrieron los acontecimientos. Mi mente es un batiburrillo borroso, pero por la tarde me encontraba en mi coche, con una pequeña maleta, por la A-2 dirección a Navarra, concentrada en escuchar las canciones de Agnes Obel, que sonaban a través del reproductor, para arañarles algo de la serenidad que me hacía falta.

Cuando el paisaje cambió y el verde tomó innegable protagonismo, mis músculos se relajaron, me encontraba ya cerca de María. Mi corazón se calentó cuando oteé la imponente casa indiana al final de la carretera. La puerta que daba al jardín delantero estaba abierta, así que me aventuré sin poder evitar maravillarme con las dos palmeras que hacían de vigías de las monjas; me encantaba verlas en un entorno tan alejado de su origen tropical, incólumes al paso de los años e impertérritas a las inclemencias del tiempo. Mi cuerpo está condicionado a apaciguarse al contemplarlas, supongo que al resto de

los mortales les ocurre cuando regresan al hogar después de mucho tiempo.

Miré la hora en mi móvil, no quería molestar si las monjas estaban rezando; seguramente ya habrían terminado y se dispondrían a cenar, llamé al timbre y aguardé impaciente. Pilartxo, una de las hermanas con la que siempre me había llevado especialmente bien, salió a mí encuentro; después de una cálida bienvenida, me acompañó a la hospedería donde me habían preparado una habitación. En la cocina aledaña, me habían dejado la cena, no me di cuenta del hambre que tenía hasta que terminé con la tortilla que me habían preparado con tanto amor. Deshice la maleta y, antes de darme cuenta, había sucumbido a un profundo sueño.

A la maña siguiente, tenía el desayuno preparado en la cocinilla, tan solo el olor a café me hizo despertar de golpe. Sonreí al darme cuenta de que estaba en Donamaría, pero mi humor se oscureció cuando recordé el motivo de mi visita. Me apresuré a vestirme y engullí una tostada lo más rápido que pude, necesitaba ver a María.

Pilartxo salió de nuevo a mi encuentro esa mañana a la entrada del convento. A la derecha estaba la habitación donde las monjas solían reunirse para recibirme durante mis anteriores visitas: una habitación acogedora dividida por un murete, en la que las monjas se sentaban sonriéndote sin parar y transmitiéndote esa paz que las acompaña; pero aquella vez era bien distinta. María no tenía fuerzas para bajar, por lo que iría yo a su habitación. Era la primera vez que me adentraba en el convento, tan solo una vez había visitado el impresionante jardín trasero de la mano de María, pero nunca antes había estado dentro de la casa y me sentía cohibida. Aquellos techos altos y los pasillos infinitos hacían que empequeñecieras.

Cualquiera que atravesara aquella puerta quedaría impactado con la construcción… Antes te he contado que no recordaba qué pasó tras la llamada telefónica de la madre superiora anunciándome que a María no le quedaba mucho tiempo, pero no es cierto, mi relación con Fernando se rompió y todavía no sé si eso me alivia o me causa pesar; encontrarme aquí me lo trae a la cabeza sin que comprenda la razón.

Mi marido y yo montamos un estudio de arquitectura cuando regresamos de realizar un máster en la Universidad Técnica de Delft, en Holanda (más bien nos lo montó mi padre, que, como he mencionado, es un gran hombre de negocios, eufemismo que suele utilizarse al referirse uno a «despiadado tiburón financiero»). Eran tiempos maravillosos, cuando nuestra pasión nos unía y la inocencia de la juventud nos protegía. Fernando tenía la ambición y mi familia,

el dinero, por lo que no fue muy difícil encajarlo todo de alguna forma. Mi padre nos obligó a casarnos para proteger su inversión y, en ese momento, a nosotros nos pareció un paso más sin importancia en nuestras carreras profesionales; dejamos que mi madre organizara todo y nos dejamos llevar.

En lo profesional, éramos (y somos) un equipo perfecto. Él es un apasionado de los edificios, de los exteriores, y a mí siempre se me ha dado bien el interiorismo. Nos conocimos en la Politécnica de Madrid, en Composición Arquitectónica: el azar quiso que nos sentáramos juntos un día que la profesora nos pidió trabajar por parejas para un proyecto rápido y nos dimos cuenta enseguida de que nos compenetrábamos bastante bien. Mis padres estaban encantados con él, habían temido mi descarrilamiento en mis años de adolescencia y ahora parecían poder respirar tranquilos. Fernando se amoldó estupendamente a nuestras costumbres, aprendió rápidamente a esquiar y cazar para poder pasar más tiempo con nosotros, actividades que a mí, particularmente, nunca me han entusiasmado pero que ocupan gran parte del ocio familiar, por lo que siempre han venido impuestas en mi vida; pero me estoy desviando.

—Fernando —saludé entrando en su despacho atropelladamente —, María se muere, tenemos que ir a Navarra.

Mi marido solo conocía a María de las veces que me había acompañado a visitarla a Donamaría, pero la tenía en gran estima.

—Lo siento mucho, pero ahora es imposible que salgamos de Madrid, faltan dos meses para la inauguración del hotel y vamos con retraso en otros proyectos.

El estudio había hecho una rehabilitación integral de uno de los hoteles más lujosos de la capital. Fernando había hecho un trabajo impecable con la fachada y había dotado al edificio de elementos arquitectónicos modernos que se fusionaban equilibradamente con los originarios del siglo XVIII; mi cometido era encargarme de que la decoración fluyera entre el pasado y el presente incorporando la tecnología que hiciese todo lo más confortable posible para el visitante, y lo cierto era que aún quedaba mucho por hacer.

—Es María —protesté enfadada por su falta de tacto.

—Ahora mismo el estudio es más importante. Carmen, te recuerdo que no están las cosas como para perder clientes —respondió con su pragmatismo atroz.

Al contrario que yo, Fernando no se inmuta ante situaciones

estresantes, siempre he envidiado sus nervios de acero, pero su indolencia me saca de quicio.

Mi primera reacción fue gritarle que se fuese a la mierda, pero me contuve. Nuestros despachos tenían paredes de cristal y sabía que los empleados estarían con un ojo en sus ordenadores y otro pendiente de lo que hacíamos. Mil veces me había recriminado mi marido mi actitud impulsiva, era algo que él odiaba profundamente, como me recordaba a menudo, y que a mí me costaba horrores controlar.

—Tengo que ir —zanjé—. Me llevaré el portátil y ultimaré todo desde allí. Jamás me lo perdonaría si no me despidiese de ella, sabes que es como una madre para mí.

—No puedes irte ahora, no seas cría.

—Es como si fuese mi madre.

—No es un buen momento, cariño —remarcó con cierto hastío, como quien pierde la paciencia razonando con un niño pequeño.

Si sus palabras pretendían hacerme entrar en razón, consiguieron todo lo contrario: noté como se apoderaba de mí una furia que no podía controlar, por lo que retrocedí, lo dejé con la palabra en la boca y me fui. Sabía que lo siguiente sería comenzar a gritarle. Reconozco que el portazo era innecesario, pero cuando me pongo en modo indignación, la ira se apodera de mí y soy incapaz de oponerme; muchos psicólogos me han intentado dar herramientas para evitarlo…, pero, lamentablemente, conmigo no funcionan, mi mente se queda en blanco y el demonio me controla, como vaticinaba siempre María cuando era pequeña y tenía que lidiar con mis numerosas rabietas.

Pasé fugazmente por mi despacho e intenté concentrarme lo máximo posible en recopilar todos los documentos y catálogos que iba a necesitar. Había tomado una decisión en firme y, cuando lo hacía, sabía que no había vuelta atrás.

Al cerrar la puerta de mi coche y sentirme resguardada y en soledad, grité por dentro y las lágrimas comenzaron a correr por mi rostro desbocadamente. Puse «My Selfish Gene», de Catatonia, a todo volumen y me desgañité cantándola hasta tener la garganta reseca. La presión en el pecho que siempre me surge en momentos de tensión me impedía respirar con normalidad, pero yo seguía vociferando en un vano intento de aplacar mi rabia.

And all the while I thought you gave a damn…

Y todo el tiempo pensé que te importaba un carajo…

Esta canción es, para mí, terapéutica, me ayuda a sacar la frustración que me provocan las discusiones con Fernando. No suelen producirse, aunque parezca mentira, al vivir y trabajar juntos no pasamos muchas horas juntos, nos hemos dividido las tareas tanto en casa como en el estudio y no solemos interferir en el día a día del otro.

Llevamos casados tan solo tres años, pero parece que llevamos juntos toda la vida. Él hace su vida y yo la mía, que se limita al estudio, pilates, algún vino con mis amigas de toda la vida y poco más, solo coincidimos a la hora de la cena. El primer año de casados, ese era nuestro momento de intimidad, en el cual hablábamos de nuestras cosas y de lo que acontecía en el mundo, pero no recuerdo en qué momento todo eso fue sustituido por Netflix y creo que nos ha acabado convirtiendo en desconocidos.

Mi mente bullía, en aquel instante odiaba a Fernando por no ser capaz de consolarme. Cogí el coche, pasé por casa para coger algunas cosas y así es como me vine. No sé por qué pienso en esto ahora (en las últimas horas lo había borrado completamente de mi cabeza). Cuando voy a encontrarme a María, tengo miedo de verla, no quiero recordarla postrada en una cama. Me maravillo con la escalera que sube a las plantas superiores y con el suelo de madera maciza que cruje a cada paso, intento concentrarme en la arquitectura de la casa para mantener bajo control mis emociones, pero no estoy segura de que esté funcionando. Todo se hunde: como algunas tablas de la madera original del suelo bajo mis pies, mi vida también.

Pilartxo me mira de soslayo intentando insuflarme ánimo, a sabiendas de lo difícil que era para mí la situación. Subimos hasta la última planta, allí se encuentran los dormitorios de las monjas.

Entramos en la habitación de mi tata. Cuando María me mira, noto como su mirada se ilumina. Para mí es un alivio que me reconozca, es un duro golpe verla tan decaída. La mujer robusta y fuerte que siempre me había protegido se apaga, se va… Ha menguado desde la última vez que estuvimos juntas. No es una anciana, ronda los cincuenta y tantos, pero una demencia temprana y un cáncer de páncreas se la llevan estrepitosamente.

—Mi pequeña Carmencita —saluda en un susurro.

—María… Qué ganas tenía de verte —le digo acercándome para abrazarla. La fragilidad de su cuerpo contra el mío hace que mi ánimo caiga todavía más, sé a lo que vengo, pero una parte de mí se había negado a asimilarlo.

—Me voy con la Virgen, hija, que me ha mandado un justo castigo por mis pecados.

—Seguro que te está esperando.

—Mi niña…, mi pequeña, no puedo irme en paz hasta que me desprenda de todos los fantasmas, vienen repletos de tristeza clamando justicia.

María cierra los ojos exhausta, cada frase es, para ella, como una maratón, su cuerpo ya no tiene fuerzas, su respiración es entrecortada y me hundo al verla así.

—Ya estoy aquí, descansa, no tienes que hablar, voy a quedarme a tu lado todo el tiempo —le digo para intentar reconfortarla mientras enlazo su mano con la mía.

Ella asiente dándose por vencida, pero su mano agarra la mía con fuerza. Miro a mi alrededor y me acomodo en un sillón al lado de su cama. Un rato más tarde, cuando parece dormir, cojo una mesa baja de un rincón e instalo mi portátil con el móvil, no pienso moverme de aquí.

Durante una hora, logro concentrarme en el trabajo, no sé si voy a superar los plazos que me impuso Fernando… Él otra vez. Cada vez que mi mente recrea algo relacionado con su persona, me altero. Me quedo mirando el rostro sosegado de María cuando, de repente, abre los ojos como platos, como con un espasmo nervioso.

—Tienes que hablar con tu madre, ella siempre supo que no habías muerto.

—María, ¿te encuentras bien?, ¿necesitas algo?

—Búscala, al final la verdad siempre encuentra su camino, es como el agua, no importan los obstáculos que intentes ponerle.

María delira, está sumergida en sueños inquietos, de vez en cuando abre los ojos y se pasa un rato mirándome, yo dejo de trabajar y le cojo la mano para que sepa que estoy ahí, pero no entiendo nada de lo que dice.

Varias monjas pasan a ver cómo va y se empeñan en relevarme para que pueda ir a descansar o comer algo, pero no quiero dejarla, nos une un vínculo poderoso y no me perdonaría no estar en su último aliento. Ante mi terquedad, optan por subirme algo de comida. Lamento profundamente causarles tantas molestias, pero mi corazón está atado al sillón junto a su cama.

María duerme toda la noche, yo me despierto a cada rato y le toco el pecho para comprobar que aún respira. Cuando amanece y la luz se abre paso ante la oscuridad tenuemente, busca mi mirada, de repente la veo muy lúcida:

—Buenos días, María.

—Tienes que buscar en el despacho de tu padre, allí están los papeles.

No sé de qué me habla, pero asiento para no incomodarla.

—Carmen, prométeme que lo harás.

—Haré lo que quieras.

—Pobre mujer, busca a tu madre, ella no dejó de hacerlo. Mi egoísmo… ahora me atormenta… Era una chica muy joven.

—Mi madre está en casa, en Madrid, no te preocupes, hablaré con ella.

—¡No! —María abre mucho los ojos, visiblemente contrariada—. Felisa no es tu madre, debes buscar a la de verdad.

La abrazo para consolarla, no quiero que se altere, noto como se aflige y se me queda mirando un rato largo. Conociéndola, seguro que está evaluando el impacto que sus palabras tienen sobre mí, yo no me inmuto, cierra los ojos.

—Mira en el último cajón de su escritorio, allí están tus orígenes, nadie es libre sin saber de dónde viene, está todo en la carpeta azul.

Me sorprende la claridad y rapidez con las que habla, no son propias de su estado, sé que está delirando, que no sabe qué está diciendo. Su respiración es agitada, sus ojos se abren y asiente con brusquedad, después se queda quieta, como si el esfuerzo hubiese podido con ella, y se queda dormida.

Me levanto como un autómata para mirar por la ventana, cualquiera que viera semejante espectáculo sabría que está en el norte; se ve el pueblo, con sus casas bajas, y está comenzando a llover. Cuando vuelvo a mi sitio, reparo en el espejo de medio cuerpo que hay sobre la cómoda y no puedo evitar estudiar mi rostro: no hay ningún solo rasgo en todo mi ser de los Campos Arzuaga, pero me río de mí misma pensando en la ocurrencia.

Pilartxo asoma la cabeza por la puerta.

—¿Puedo pasar?

—Claro, estás en tu casa.

—Acaba de hablar el presidente en la televisión. Ha declarado el estado de alarma y tan solo se puede salir a comprar comida o medicinas.

—¿En serio? —no puedo evitar preguntar con escepticismo—. Últimamente he estado algo desconectada y no he estado al tanto de las noticias, pero no sabía que la situación estuviese tan mal.

—Hay muchos contagios y los hospitales se están desbordando. Solo quería decirte que puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, no hay ningún problema.

—Te lo agradezco, ahora mismo solo puedo pensar en María y, la verdad, aquí me siento bien. Es un lujo estar rodeada de tanta tranquilidad, es justo lo que necesita mi vida ahora.

—A veces puede resultar algo abrumador, tanta quietud…

—Tendrías que ver Madrid en hora punta, eso sí es abrumador —trato de bromear.

Es demasiado, no sé ni por dónde empezar a afrontar la situación, creo que lo mejor es esperar y ver qué pasa, pero de momento me voy a hacer un ovillo en esta nueva y confortable existencia, que solo se difumina cuando abro el correo o veo los mensajes que crecen en mi móvil.

El anuncio del confinamiento en todo el territorio nacional es algo terrible pero que llena de calor mi corazón y me brinda la excusa perfecta para no tener que regresar a mi realidad.



—En serio, no quiero que salgas. Si tienes que ir a comprar, hazme una lista y me encargo yo.

—Estoy bien, solo saco a Kora cuando no hay nadie más en la calle, pero, de todos modos, creo que nos estamos volviendo todos locos. —Pongo los ojos en blanco aunque sé que no puede verme a través del teléfono.

—No, prima, en el hospital estamos desbordados, la sala de espera de urgencias está llena de gente y no sé dónde vamos a meter a los pacientes.

—Tranquilo, Pedrito, estoy segura de que esto pasará rápido…

Al otro lado del teléfono, un profundo silencio, tan denso como el caldo de cocido de mi abuela.

—Eres la única persona en el mundo que sigue llamándome Pedrito, que sepas que solo te lo consiento a ti.

—Si quieres, puedo llamarte doctor Pedrito —me esfuerzo en hacerlo reír.

—No, déjalo, con Pedrito ya está bien —ríe al fin—. Cuando todo esto pase, te vienes un día a mi consulta y vemos cuál es el mejor tratamiento.

—Claro, descuida, ahora cuídate tú y cuida a Clara y a los niños, no trabajes mucho, acuérdate de descansar y no te preocupes por mí.

—Un beso, prima.

—Otro para ti.

Cuelga y miro el móvil para asegurarme de que ya no hay nadie al otro lado.

Silencio.

«No puede ser, si ni siquiera tengo edad para jubilarme, estoy en lo mejor de mi carrera», me quejo con un suspiro mientras leo por octava vez el informe del neurólogo. Pedrito me había derivado a un compañero suyo especialista en demencias.

No deja de ser irónico que, justo en el momento en que me doy cuenta de que voy a perderme a mí misma, comienzo a apreciarme en todas mis dimensiones. No sé si el miedo que me ha empezado a invadir es el que me hace echar la vista atrás y lamentarme: «aquello que me ocurrió» ha marcado mi vida. No he sido nunca capaz de superarlo del todo y, ahora, una parte de mí se arrepiente: debería haber disfrutado más, haber viajado más, haber experimentado más y, sobre todo, haberme dado la oportunidad de enamorarme. En ocasiones, estoy rodeada de gente, pero me siento sola… No lo he hecho, y ahora, en este preciso instante, es cuando llego a la conclusión de que ha sido por cobardía; y esa rotunda certeza es la que hace que al miedo se le una la desolación y ambas hacen que me sumerja en una profunda tristeza, contra la que me resisto con todas mis fuerzas, porque si algo no tengo ahora es tiempo para deprimirme.

De alguna forma, siempre he sabido que padecería una demencia. En mi familia, hay un largo historial de ellas y es lo que más he temido, para lo que secretamente siempre he tenido un plan sin fisuras. Desde niña, cuando comprendí que mi tía abuela Segunda ya no era ella, la compasión por mi madre, que cuidaba día y noche de ella, era mucho mayor que la que sentía por la enferma, después de todo, «no se enteraba de nada», pensaba yo en mi infinita ignorancia; y aquello hizo que tomara una decisión: si algún día yo tuviese aquella enfermedad, tomaría unas pastillas de esas que se tomaba mi tía Juana para dormir, una detrás de otra, hasta que no fuese a despertar jamás. Me aterrorizaba la idea de condenar a alguien a cuidarme para siempre, como si fuese una niña pequeña, no quería hacerle eso a mis hijos; pero ahora me acaba de pasar y no tengo lo que hay que tener para llevar a cabo semejante hazaña: valor; tampoco hijos.

Mi abuela siempre me decía lo mismo: «Macarena, no son los obstáculos de la vida los que te hacen caer y paralizarte, es tu propio miedo el que no te deja avanzar. Al igual que la felicidad está dentro de nosotros, no en las cosas de fuera, nuestro mayor enemigo también».

Solía fantasear con llevar a cabo el suicidio en el hotel Ritz, no

por nada en concreto, es el que siempre aparece en mi cabeza cuando pienso en un hotel lujoso; estoy segura de que los hay más impresionantes, pero siempre evoco ese cuando pienso en ese momento, aunque he de confesar que nunca he traspasado el umbral de su puerta. Me pondría ropa nueva comprada en una *boutique* cercana, me daría un festín para cenar y luego subiría a la *suite* más impresionante y me tomaría todo el Orfidal que hiciese falta. Ahora, cuando ha llegado el momento de hacerlo realidad, me parece una somera estupidez. No quiero morirme, pero tampoco quiero perder la cabeza. No es justo.



La vida es injusta, no voy a descubrir nada nuevo ahora, pero eso me cabrea, sobre todo porque pienso que yo he tenido que esforzarme mucho por estar donde estoy y ahora veo que todo se va a la mierda.

Odio a esa gente que se cree que, por tener más dinero que tú, es mejor, sobre todo cuando son una panda de incultos consentidos; o a los que han tenido todos los recursos desde su nacimiento y son capaces de enorgullecerse de sus logros, como si tuviesen algún mérito… Me producen un fuerte rechazo, es un reflejo.

En definitiva: siento por los ricos asco y una profunda atracción a partes iguales, aunque lo cierto es que se me da bien disimularlo o, al menos, eso pienso yo; ni siquiera mi mujer se ha dado cuenta estos años, aunque no me extraña. Carmen tienes muchas virtudes, pero la perspicacia no es precisamente una de ellas. Su inocencia y despreocupación a menudo me ponen de los nervios, es un síntoma de la vida que ha llevado y no la puedo culpar, he intentado mil veces hacerle entender que el mundo es mucho más complicado de lo que cree, pero es cierto que, cuando tienes el dinero con el que siempre ha contado ella, todas esas complicaciones se allanan exponencialmente.

Algunos pensarán que me mueve la envidia y puede que tengan razón: sí, quiero lo que tienen ellos y es mucho más difícil conseguirlo cuando naces en el lugar equivocado. Si no hubiese sido por eso, no habría hecho lo que he hecho y, por eso, ahora estoy en un lío tremendo.

Yo nací en un pueblo de la serranía de Cuenca. Mi padre era carnicero, lo cual ya te quita o te da opciones en la vida, según como se mire: si me comparas con un niño de las chabolas de la Cañada Real, era un pijo con el mundo a sus pies; pero, si me comparas con la

familia de Carmen, era un desgraciado con multitud de limitaciones. Eso siempre me ha jodido, yo siempre me he comparado con los de arriba.

Nuestra carnicería era un anexo a nuestra casa, por lo que mi madre iba y venía constantemente, haciendo las tareas del hogar y ayudando a mi padre cuando más faena tenía. Mi padre no solía hablar mucho, la que impregnaba todo con su alegría era mi madre, que hablaba constantemente: ella era la que sacaba los temas de conversación cuando las clientas se arremolinaban esperando a que las despacharan y la que ponía orden en las múltiples disputas que surgían entre todos mis hermanos (éramos cuatro varones que casi siempre andábamos a la gresca).

Lo que mi madre tenía claro (y luchó toda la vida por ello) era que quería darnos estudios a sus hijos y que nos marcháramos del pueblo a una gran ciudad, y he de decir que lo consiguió con los cuatro. Siempre nos contaba que, en el colegio, era la mejor de su clase, que a ella le gustaba hacer deberes y estudiar, que doña Manuela, su profesora de primaria, le había inculcado el amor por los libros, pero que, por circunstancias de la vida (eufemismo que solía utilizar para no tener que decir que su familia era más pobre que las ratas y profundamente inculta), no había podido sacar más que la EGB.

En mi pueblo no hay instituto, tienes que desplazarte a diario quince kilómetros para hacer la secundaria. Cuando llegó el momento, mis abuelos no vieron la necesidad de semejante despliegue de medios y más tratándose de una mujer: total, mi madre era buena moza y se casaría bien, no necesitaba más. Esta decisión causó en mi madre una profunda frustración que hizo que se rebelara al principio, pero, como la habían educado en la obediencia a los mayores, terminó claudicando y amoldándose lo mejor que pudo a su destino. Supongo que en el fondo siempre ha tenido que estar frustrada por eso, cualquiera que la conozca puede corroborar que es mucho más inteligente que la mayoría.

Ella era asidua a la biblioteca, no había una semana en la que no acudiera allí a llevarse algún libro, muchas veces incluso dos, afición que nos inculcó a todos sus hijos. Por las tardes, estudiaba con nosotros y, cada vez que teníamos un examen, nos tomaba la lección concienzudamente; todos sus esfuerzos se centraban en hacer que sus hijos destacasen y lo conseguía. Nuestros profesores siempre la felicitaban por nuestras calificaciones, haciendo que su corazón se desbordara de orgullo cada vez que sus obligaciones le permitían recogernos de la escuela; recuerdo como le brillaban los ojos cuando

el director la veía y vociferaba a voz en grito para que todo el mundo pudiese oírlo:

—Los hermanos Sánchez García, no han pasado ni pasarán por este colegio alumnos más aplicados.

Mi madre entonces se sonrojaba, pero todos sabíamos que no era por vergüenza, le encantaba escuchar esas cosas y, siempre que tenía ocasión, relataba a cualquiera que quisiera oírla nuestros progresos.

Éramos niños aplicados porque ella se empeñó en que lo fuésemos. Muchas veces me quedaba mirando por la ventana a mis amigos cuando se reunían en la calle para jugar al fútbol o montar en bicicleta, mientras que yo debía repasar una y otra vez la lección. Recuerdo sus palabras cuando me quejaba:

—Fernando, es importante que tengas un porvenir, algún día mirarás atrás y me lo agradecerás. Tus amigos se quedarán aquí, pero tú podrás salir al mundo con tu carrera y ser dueño de tu vida, viajarás, conocerás a gente interesante…

No puedo olvidar como le brillaban los ojos cuando nos hablaba así, eran reflejo de sus propios anhelos.

No tuve conciencia de clase hasta que no llegué al instituto y salí de mi pueblo para estudiar. Recuerdo el día que cogí el autobús con mis dos hermanos mayores, aquella fue la primera vez que dejaba las faldas de mi madre y me enfrentaba con el mundo. Enseguida me di cuenta de que no todos los alumnos teníamos las mismas circunstancias, como yo había pensado inocentemente toda mi vida. Comencé fijándome en la ropa, había chicos que llevaban vaqueros y camisetas que me gustaban, pero, sobre todo, me fascinaban las motos que traían algunos y que aparcaban en una fila inmensa al pie de las escaleras de acceso al centro, sobre todo, las más gordas; mi mente no acertaba a comprender como un chaval podía hacerse con algo así.

En mi casa nunca faltaba de nada, todos teníamos cubiertas nuestras necesidades, pero, por poner un ejemplo, mi bicicleta había pasado antes por mis dos hermanos mayores y aún debía ser heredada por Juanito, mi hermano pequeño, por lo que rara vez él o yo estrenábamos algo.

Recuerdo un día especialmente. Llegué a casa después de babear al salir de clase frente a la Suzuki DR Big del hijo del director de la única sucursal bancaria de mi pueblo, era una llamativa moto blanca y azul que destacaba entre todas las demás. Por primera vez en la vida, deseé algo con todas mis fuerzas: si yo tuviese una moto así, sería la

persona más feliz sobre la faz de la tierra; y, durante varios días, se convirtió en una obsesión para mí, no podía pensar en otra cosa, hasta que decidí hablar con mi madre del asunto:

—Mamá, los padres de Vicente le regalaron por su cumpleaños una pasada de moto —saludé nada más llegar, impaciente. Sabía que lo tenía todo perdido, pero tenía que probar.

—Lo padres de Vicente tienen mucho dinero. De todos modos, no creo que sea un buen regalo para un chaval, acabará matándose por ahí.

—Pero mamá, yo soy mucho mejor estudiante que Vicente…

—Sí, y eso hará que, cuando seas mayor, puedas comprarte una moto como la suya sin necesidad de que nadie te la regale —zanjó.

—Ya… Pero es que yo la quiero ya.

—Mira, Fernando —dijo taladrándome con la mirada que siempre ponía cuando estaba muy seria—, eres hijo de un carnicero y de una ama de casa, no vas a tener esa moto.

La frustración hizo que mi cuerpo se tensara y, de repente, tuve una idea:

—¿Y si trabajo en verano?

Pude ver como la cara de mi madre se tornaba sombría, supongo que, en ese momento, surgió en ella un debate interior: ella siempre nos había alejado del trabajo duro, ni siquiera le gustaba que ayudásemos a mi padre a descargar la mercancía para la carnicería, le gustaba que nos centráramos en estudiar; pero, por otro lado, siempre nos sermoneaba sobre lo azaroso que era ganarse el jornal, siempre argumentaba que no nos hacíamos una idea de lo duros que eran la mayoría de trabajos sin cualificación y aquella era la ocasión perfecta para que yo lo aprendiera.

—Está bien —se decantó al fin—. Si a final de curso traes sobresaliente en todas las asignaturas, hablaré con tu tío para que te contrate en el campo todo el verano.

Yo sonreí de oreja a oreja como respuesta, estaba acostumbrado a sacar dieces en los exámenes casi siempre y aquello no sería un problema.

Aquel verano fue, sin duda, el más agotador de mi vida. Mi madre me levantaba a las seis de la mañana, me preparaba un desayuno contundente y, después, yo me iba en bicicleta a la finca en la que mi

tío era guardés. Allí pasaba los días con las tareas más arduas que cualquiera pueda imaginar; los primeros días me dolía cada uno de los músculos que había en mi cuerpo; pocos días lograba mantenerme despierto más allá de las diez de la noche, puesto que, cuando llegaba a casa, comía algo y enseguida me vencía el sueño.

Cuando llegó el fin del verano, llegaron también mis ganancias; por supuesto, no llegaban para comprar la moto de mis sueños, pero desaparecieron rápidamente un día en el que acompañé a mi hermano a Cuenca, al centro comercial: unas zapatillas Nike, unos vaqueros Leví's, algunas camisetas y dos sudaderas de marca se llevaron todo mi dinero y me dejaron un sentimiento de honda frustración; quería esas cosas, quería el dinero, lo quería todo.

Cuando llegó el momento de que mi hermano mayor pasase a estudiar una carrera, descubrimos que mi madre llevaba ahorrando toda su vida para ese momento. Éramos cuatro hermanos y nos llevábamos poco tiempo entre nosotros, con lo cual era previsible que coincidiésemos al mismo tiempo en la universidad varios años; ella nunca nos había dado otra alternativa en la vida, sí o sí debíamos terminar una licenciatura. Poco a poco, quedó patente que tenía un plan, era consciente de que, incluso con las becas que obtendríamos, era muy caro mantenernos a los cuatro en un colegio mayor, por lo que invirtió todos nuestros ahorros en comprar un pequeño piso en Madrid. Mi padre era reacio completamente a semejante hazaña, pero tuvo que ceder ante los argumentos de mi madre: el piso era una inversión, después de que estudiásemos se podría vender para recuperar el dinero o alquilar para tener otra fuente de ingresos, además de la carnicería. Mi madre siempre se ha caracterizado por no dar puntada sin hilo.

Así que, año a año, todos nos fuimos trasladando a la capital con la excusa de estudiar, pero lo cierto es que después ya ninguno volvió a vivir en el pueblo. Ante nosotros se abría un abanico de experiencias y lugares a los que ninguno quiso renunciar.

Siempre habíamos sido chicos muy responsables, pero es verdad que aquellos años nos desmadramos un poco. Cuando comencé Arquitectura y me fui a vivir con mis hermanos, me dejé arrastrar con ellos a infinidad de fiestas universitarias, botellones… Mi madre, incluso en la distancia, se percató de nuestras actividades y, en cuanto Juanito comenzó a estudiar Económicas, un año después, se vino a vivir con nosotros para nuestra consternación. Fue un duro golpe que nos arrebataran tan abruptamente nuestra libertad, pero es verdad que ganamos mucho en calidad de vida: nuestra ropa siempre estaba impecable, teníamos siempre la comida lista a nuestra llegada de la

facultad y todo estaba mucho más limpio y ordenado.

El piso era muy pequeño, tan solo tenía dos dormitorios, en los que dormíamos en literas; mi madre dormía en un sofá cama del salón; por las mañanas se dedicaba a organizar todo mientras nosotros estábamos en clase y por las tardes comenzó a aficionarse a visitar museos e incluso se apuntó a un club de lectura donde enseguida hizo amigas.

Entré en la facultad con la autoestima hinchada por los halagos de mi madre, me creía el mejor y deseaba destacar a toda costa, pero, conforme fui pasando cursos, me acabé dando cuenta de que era mucho más mediocre de lo que nunca podía haber imaginado. Ya no competía con los niños de mi pueblo, a los que les daban igual sus notas, o con los chavales de la comarca, para los que su futuro, en la mayoría de los casos, pasaba por la agricultura. Ahora competía con gente brillante, que había sacado buenas notas a lo largo de su vida para llegar hasta allí y que tenía las mismas aspiraciones que yo: ganarse la vida como arquitectos; y en este, como en casi todos los gremios, los mejores son los que mejor viven… o los que más enchufe tengan.

Soy bastante pragmático y objetivo; cuando vi lo que había a mi alrededor, me frustré bastante, con un poco de suerte me contratarían de becario en algún despacho de arquitectos, y eso sí tenía suerte, porque no conocía a nadie que se dedicara al sector y en mi clase había demasiada competencia: hijos, sobrinos, nietos de arquitectos ocupaban asientos a mi alrededor… En este país, los contactos funcionan mucho mejor que la meritocracia.

Para mi buena fortuna, nunca mejor dicho, todo cambió cuando conocí a Carmen, literalmente un mundo nuevo se abrió paso ante mí y no lo iba a desaprovechar. Puede que no fuera a revolucionar el mundo de la arquitectura, la creatividad nunca ha sido una de mis virtudes, pero siempre he sido muy despierto para otras cosas: francamente, se me da muy bien calar a la gente, especialmente saber de qué pie cojean.

Fue la casualidad la que hizo que me sentara un día detrás de unos chicos que comentaban los pormenores de la vida de Carmen y su padre; yo hacía como que estaba concentrado en mis apuntes, pero no me perdí nada de la conversación:

—Seguro que le dan las prácticas en la constructora de su padre.

—Lo que no sé es por qué estudia. Si yo tuviese el dinero de su familia, no daría palo al agua, no solo es la constructora, tienen

hoteles, restaurantes…, incluso algún viñedo…

—Pues nada, ya sabes, lígatela y tienes la vida resuelta.

—No te creas que no, pero Rosa me mata si le tiro los tejos a otra…

Conforme avanzaban los cursos, cada vez quedábamos menos y, al llegar a tercero, casi todos nos conocíamos al menos de vista. Yo sabía quién era la chica de la que hablaban, pero nunca me había llamado la atención hasta ese momento, para qué voy a mentir. A partir de ese instante, la miré con otros ojos.

Me las ingenié para sentarme cerca de ella cada vez que coincidíamos en una clase, hasta que, un día, los astros se pusieron de mi parte y tuvimos que hacer un trabajo juntos; en ese momento, supe que esa era mi oportunidad.

Hasta ahí, mi vida sentimental no había sido nada reseñable. En mi pueblo estaba Marga, una chica que siempre me había gustado y con la que me liaba cuando volvía a casa en verano o por Navidad. Supongo que ella pensaba que era algo serio, porque, cuando se enteró de que me casaba con Carmen, me montó un espectáculo de mucho cuidado. En mi defensa diré que yo jamás le había prometido nada; a decir verdad, me quedé perplejo cuando me di cuenta de todos los pájaros que se había montado esa chica en la cabeza por unos cuantos magreos al año.

Puse todo mi empeño desde el primer momento en que estuve con Carmen en ser lo más agradable posible; mi madre siempre nos ha dicho, desde pequeños, que uno puede llegar a ser o a hacer lo que quiera siempre que se esfuerce, pues eso hice yo. Algunos nacen con la vida resuelta, yo me he afanado mucho por tenerla, no creo que nadie pueda juzgarlo un comportamiento reprochable.

Carmen me abrió un submundo en el que jamás hubiese entrado por mis medios, la primera vez que entré en su casa fui consciente de las cosas que uno podía tener con dinero. Recuerdo como ella se rio al ver la cara de embobado que ponía a medida que avanzábamos por el jardín y la mansión se abría paso ante nuestros ojos:

—¿En serio vives aquí?

—Sí, tampoco es para tanto —argumentó con despreocupación—, tendrías que ver nuestra casa de verano en Sotogrande.

Sin saber por qué, la rabia me recorrió el cuerpo en aquel momento, no lograba entender como era capaz de minusvalorar lo

que, a mis ojos, era la casa más impresionante que había visto.

—Si quieres, te la enseño —se ofreció con un deje de condescendencia.

—Claro.

Carmen me cogió de la mano y me condujo a la entrada principal, donde se abría paso una escalinata de mármol con una balaustrada de hierro forjado. En mitad de la estancia, había una mesa redonda de roble, mucho más grande que la que utilizábamos en mi casa para comer seis personas, con un centro floral compuesto por varias orquídeas.

—Este es el despacho de mi padre —me explicó señalando una estancia a la derecha, con las paredes cubiertas de libros y un escritorio imponente en el centro—. La verdad es que no suele utilizarlo mucho, pasa la mayor parte del tiempo en el que tiene en la empresa o en el ático que utiliza en el centro, cuando no le apetece venir.

Yo asentí como toda respuesta, no acertaba a comprender qué motivos podía tener alguien para no querer regresar a aquella casa después de un día de trabajo. Luego, recorrimos un cuidado jardín hasta una piscina flanqueada por tumbonas, pasamos por una pista de tenis, otra de pádel e incluso una enorme fuente ornamental.

—¿Tienes hermanos? Yo hubiese dado lo que fuera por disfrutar de todo esto con los míos.

—No, solo soy yo, mis padres no pudieron darme un hermanito, aunque recuerdo que se lo pedía todas las Navidades. Todo esto es muy bonito, pero bastante aburrido cuando estás sola.

—Bueno, cuando te aburras, yo me ofrezco voluntario para venir, siempre se me ha dado estupendamente hacer sacrificios —dije con ironía, estudiando su rostro. Saltaba a la vista que, a pesar de todo lo que la rodeaba, Carmen no era feliz.

—Lo tendré en cuenta. Ven, tengo hambre.

Carmen me arrastró hasta la puerta de enfrente, tras la que había un salón enorme con diferentes espacios.

—Este es el salón formal, que casi nunca utilizamos, solo es para las visitas, así que, como tú eres una visita, le diré a Juana que nos traiga algo para picar —bromeó—. Ponte cómodo, que enseguida vengo.

Como había anunciado, Carmen regresó en nada y se sentó despreocupadamente en el chéster de cuero que yo había elegido entre las numerosas opciones. Se tomó unos segundos para estudiarme, supongo que en ese momento estaba decidiendo si le gustaba o no.

—Relájate, pareces un poco tenso.

—Perdona, es todo esto, solo había visto casas así en las películas —contesté a la vez que me reprendía a mí mismo, parecía un paleto.

—Si quieres podemos ir a mi habitación, allí estaremos más tranquilos para trabajar y te aseguro que parece una leonera, así estarás más cómodo. Voy a avisar a Juana y nos llevará allí las cosas.

Carmen tenía razón, no había visto una habitación más desordenada en mi vida: había montones de ropa esparcida por el suelo, una enorme cama de matrimonio deshecha y un escritorio lleno de libros abiertos de cualquier manera.

—Si tienes que pasar al baño, utiliza el del pasillo, el mío no está presentable. Mi madre insiste en que debo mantener al menos mi espacio en orden y se niega a que venga el servicio, pero no soy capaz de hacerlo… o no me apetece… No lo sé, esto no parece de la casa —dijo señalando su cuarto—, así que me hace sentir cómoda y a gusto. Es mi territorio.

Mientras hablaba, cogía los papeles y cuadernos que poblaban una mesa y los dejaba tal cual encima de la cama. Tengo que confesar que, en aquel momento, tuve que contenerme para no ponerme a organizar todo aquel caos, me cuesta mucho concentrarme cuando hay desorden a mi alrededor. Esa ha sido siempre una de mis batallas perdidas con ella: por donde va, va dejando un rastro de desorganización monumental, es insufrible.

Sacamos nuestros portátiles y trabajamos a buen ritmo, el mío un cachivache heredado de mi hermano y el suyo un Vaio último modelo («Cómo no», pensé).

Algo ocurrió las siguientes horas, conseguí obviar dónde estaba y con quién y me concentré en el trabajo, enseguida nos dimos cuenta de que funcionábamos muy bien como equipo: con esbozar las ideas que se nos ocurrían, el otro las captaba rápidamente y pronto tuvimos un borrador de lo que queríamos desarrollar.

Después de tres horas, cada uno tenía una parte asignada y estábamos satisfechos, ambos sabíamos que obtendríamos una buena nota. El trabajo era muy bueno.

Carmen estiró los brazos para desentumecerse, se levantó a abrir la ventana y entró una ráfaga de aire fresco. Una de las cosas que más odio de Madrid es la contaminación, a la gente de aquí parece no afectarle, pero yo vengo de la sierra y me costó mucho acostumbrarme a ella, incluso noté que el aire allí era mejor que en mi barrio.

—Creo que nos merecemos un descanso —dijo mientras se levantaba y cogía una caja blanca de la estantería.

Abrió la caja y sacó una bolsita de plástico, me quedé bastante sorprendido cuando la vi manipular el contenido tranquilamente con una destreza pasmosa. Yo había visto marihuana en fiestas y alguna vez le había dado alguna calada a un porro, pero, con toda honestidad, con lo patoso que soy, se me daría fatal liar uno. Carmen terminó de dejar listo el cigarro y lo encendió tranquilamente; después de una calada, me lo pasó. Yo no tenía ninguna intención de fumar, pero quería caerle bien a toda costa y que se sintiera cómoda conmigo, por lo que lo cogí, le di una larga calada y le sonreí. Ella pareció contenta con mi decisión y me dedicó una enorme sonrisa, nuestra relación acababa de pasar al siguiente nivel.

Comenzamos a hablar y pasamos alrededor de una hora sin parar de reír, aquello era muy relajante, nos tumbamos en su enorme cama y tuvimos una conversación completamente absurda pero que, de algún modo, nos hizo conectar.

Poco a poco, la luz del exterior comenzó a atenuarse y el aire fresco se tornó en un frío helador. Pese a lo poco que me apetecía, me levanté algo mareado y me disculpé, tenía que marcharme si no quería que mi madre se enfadara.

Bajé las escaleras como flotando, completamente relajado, notaba los efectos de la droga, lo que me hacía sonreír de manera un poco estúpida. Carmen me acompañó a la puerta y traspasamos la salida, un enorme Mercedes aparcaba a unos metros de nosotros.

—Mi padre —susurró con una risa algo malévola.

Un hombre impecablemente vestido con un traje negro salió del coche y se tomó unos segundos para estudiarme.

—Buenas tardes —saludó muy serio, mirando a su hija en busca de alguna explicación.

—Papá, este es Fernando, un compañero de la facultad.

Toda la relajación acumulada en mi cuerpo durante la última hora desapareció bruscamente ante su mirada escrutadora.

—Fernando Sánchez, encantado —susurré mientras le tendía la mano.

Arturo me miró a los ojos y después miró mi mano tendida como si estuviese decidiendo si yo era digno de respirar el mismo aire que él.

—Encantado —dijo al fin, estrechando mi mano con más fuerza de la necesaria. Le faltó mear a mi alrededor para marcar su territorio. En ese sentido, Arturo siempre ha sido muy cromañón.

De camino a casa en el autobús, no podía parar de pensar en su mirada, no dejaría que nadie volviese a mirarme con ese aire de superioridad. Pese a mis esfuerzos y mi estado de relajación inducido por las drogas, no había sido capaz de sostenerle la mirada, había agachado la cabeza como cuando un animal sabe que ha sido derrotado por otro más fuerte. No volvería a pasar, me prometí.



María llevaba dos días sin hablar, casi no se movía, a duras penas podía alimentarla y dormitaba la mayor parte del tiempo. Yo permanecía a su lado, sentada en el sillón que se había convertido en mi refugio. Pilartxo venía muchas veces a relevarme para que pudiese descansar un rato, comer o asearme.

Una de las veces que bajé a la hospedería a darme una ducha, descubrí que, en todas las semanas que llevaba allí, no había utilizado mi férula para el bruxismo, estaba en el fondo de mi neceser esperando a ser utilizada, pero mi cuerpo, en relajación total en el convento, no había mandado ni una sola vez a mi cerebro la orden para ir a buscarla, lo que era un sorprendente logro.

Cuando tenía doce años, me habían puesto aparato en la boca para corregir mis dientes torcidos; más tarde, en una de las revisiones, el dentista me había preguntado si por la noche rechinaba los dientes. María, que me acompañaba, dijo que sí, que me pasaba desde pequeña, yo no me había dado cuenta; de hecho, nunca le había dado importancia, pero, desde entonces, dormía con una férula que impedía que me hiciese daño y, de adulta, si alguna vez la olvidaba, me despertaba con un terrible dolor de cabeza y alguna contractura en las cervicales.

Para mi asombro, estaba bien. Desde que estaba en el convento, no había tenido ni un atisbo de dolor de cabeza ni de cuello ni de cervicales ni una sola vez, a pesar de dormir en un colchón que, siendo indulgentes, podríamos calificar de espartano, lo que era bastante raro en mí y, encima, no había necesitado nada para conseguirlo. Mi fuente de estrés y ansiedad había desaparecido totalmente, lo cual me llevó a plantearme que realmente no echaba de

menos a Fernando ni mi trabajo, ni siquiera mi hogar, en el que tenía todos los lujos y comodidades.

Aquellos días, me mimeticé con las monjas hasta que, progresivamente, dejé de llamar la atención. Ninguna de nosotras habíamos vivido una pandemia y la incertidumbre propiciaba que nadie supiera qué hacer conmigo. Estábamos confinadas, por lo que no podía regresar a Madrid y, como ayudaba de buen grado en las diferentes tareas cuando María dormía, ninguna tenía objeción en que fuese una más; fue algo natural, pues, que me integrara en su grupo.

Las llamadas perdidas de Fernando se acumulaban en mi móvil, como las ganas de que me dejara tranquila; estaba en una burbuja y no quería que explotara, sabía que, si alguien podía desquebrajar aquella paz abruptamente, era él. No quería enfrentarme con sus reproches, me hastiaba, me inquietaba su sola presencia en mi cabeza.

Mirándolo en perspectiva, hay una antes y un después de nuestra boda: cuando lo conocí era el chico más atento, educado y, aunque suene cursi, gentil. Era justo lo que necesitaba en ese momento, después de que Juancho me dejara totalmente hundida… Juancho, qué derroche de frustración y dolor… He de confesar que, pensándolo ahora en la distancia y con madurez, puede que mi caída a los infiernos fuese más culpa mía que suya, creo que yo sola me monté una película con tintes de tragedia, siempre me ha gustado el drama.

Ahora miro atrás y veo claramente que estaba enamorada de una persona que no existía: era terriblemente guapo, lo demás se lo fui adjudicando yo, mi mente construyó una persona a la que amar profundamente, con la que obsesionarse, a la que ensalzar por encima de todo… En Juancho busqué mis carencias afectivas familiares y me acabé destruyendo yo sola.

El verano que cumplí diecisiete, mis padres dieron una fiesta en el Real Club de la Puerta de Hierro, un lugar del que mi familia ha sido socia desde su fundación y que a mi padre le gusta frecuentar, sobre todo, si tiene algún negocio importante que cerrar con otro socio. Es un lugar en el que todos nos conocemos, no se puede invitar a gente de fuera, por lo que siempre somos los mismos. Las chicas de mi edad hemos acabado haciéndonos amigas, aunque solo sea por el roce de los años, como tantas otras de otras generaciones.

Aquella noche, mientras la gente mayor se divertía con el baile en el edificio principal, mis amigas y yo robamos una botella de Moët y desaparecimos por el camino de las pistas de tenis. Esther, Marina y yo nos despachamos la botella en menos de media hora y fuimos a por otra (no era nada fácil robarla, a pesar de que mis padres habían

contratado barra libre, no nos estaba permitido beber alcohol…). Para cuando terminamos la segunda botella, nuestras risas resonaban por todos los rincones.

Dejé a mis amigas en las escalinatas y fui al baño. Al enfilar el pasillo, me lo crucé: él llevaba una bandeja con copas sucias y el mundo se paró, no me miró, no me sonrió, pero yo me enamoré, así de absurdo.

Aquella noche me dormí con una sonrisa en los labios, pensando en aquel chico moreno de ojos penetrantes; supongo que, desde ese momento, mi cerebro comenzó a otorgarle cualidades, ni siquiera me había mirado, pero para mí su mirada era así.

Mi sorpresa llegó ese fin de semana, cuando Marina me llamó para ir a la piscina del club y allí estaba como socorrista. Desde el principio quedó claro que no era la única que había sucumbido a sus encantos, tenía un montón de chicas revoloteando a su alrededor, incluso alguna señora, así que no me quedó más remedio que tener paciencia y esperar mi oportunidad. Por más que me devanaba los sesos, no encontraba la forma de abordarlo. Siempre he sido bastante pava en ese sentido, no soy descarada, tengo bastante vergüenza y miedo al ridículo y las frases y respuestas ingeniosas siempre se me ocurren a destiempo.

—¿Se notaría mucho si me tiro a la piscina y finjo un calambre? —me preguntó Marina mientras, tirada en la toalla, miraba a Juancho como un león a una pobre gacela.

—Prueba, total, no pierdes nada —repuse celosa y frustrada porque no se me hubiese ocurrido a mí semejante hazaña, aunque, en el fondo, sabía que ninguna de las dos nos atreveríamos a hacer algo así.

—Es que está buenísimo.

—Ya.

Marina y yo nos convertimos en asiduas a la piscina del club aquel verano, acudíamos todos los días, cosa que no habíamos hecho nunca, ya que cada una tenía piscina en su casa; pero no nos atrevimos a cruzar palabra con él. Tuvo que venir Esther de sus vacaciones en el sur de Francia para hacer los honores y abordarlo un viernes, cuando ya no quedaba nadie en la piscina y el muchacho ya estaba recogiendo:

—No puedo creerme que hayáis pasado plantadas aquí un mes y ni una palabra con él, sois lo peor.

Esther nos dejó pasmadas, con la boca abierta y una risita cómplice, y se fue a buscarlo; nosotras la observamos desde el refugio de nuestras toallas con una mezcla de excitación y vergüenza, viendo como hablaba con él. En cinco minutos había logrado más que nosotras en todo el verano.

—Esta noche salimos por Malasaña, chicas, hay un bareto que se llama El Barril y vamos a beber allí —nos explicó triunfal después de su proeza.

Aquella fue la primera noche que salimos detrás de él. Empezamos a frecuentar los sitios por donde salía a pesar de que no pegábamos ni con cola: no nos gustaba la música ni el ambiente, pero las tres estábamos coladas por él, que nos saludaba con un gesto y una sonrisa de magnificencia cada vez que nos presentábamos donde estaba, sabedor de que nos tenía locas.

Esa fue nuestra rutina lo que quedaba de verano, perseguirlo y observarlo en la distancia. Pero mis amigas se cansaron y, al comenzar septiembre, volvimos a nuestros sitios de siempre, donde nos encontrábamos como pez en el agua y nadie nos miraba raro porque eran iguales que nosotros, sí, unos pijos.

Y entonces comenzó a crecer un vacío en mi pecho. Habían cerrado la piscina del club y llevaba un mes sin verlo. Comprendí que no lo podía soportar, así que me las ingenié para que una amiga del instituto me acompañase un sábado a buscarlo. Salimos por los bares que frecuentaba y me esmeré a conciencia en emborracharla para que se lo pasase lo mejor posible, sin darme cuenta de que yo misma estaba perdiendo el control después de unos chupitos de tequila.

Aproveché que un tipo se acercó a mi amiga y a ella parecía gustarle (ya que le seguía la conversación) para darme una vuelta por si lo veía. Me lo encontré en la cola del baño de los chicos y el alcohol hizo el resto. Ni siquiera le dije hola, me lancé a su boca pillándolo desprevenido sin darle oportunidad de reaccionar, pero no se apartó, me devolvió el beso y, después de un rato, me condujo a un rincón del local más apartado sin parar de manosearme por todas partes. Mi corazón amenazaba con salirse del pecho por la emoción, no cabía en mí de la felicidad. No estoy orgullosa de aquello, pero tampoco me avergüenzo.

Así fue como entré en un bucle infinito de dependencia, yo anhelaba con todo mi ser sus besos y sus caricias, necesitaba acostarme con él cada fin de semana; aunque casi no hablásemos, me daba igual mientras pensara en mí unas horas a la semana. Yo le mandaba mensajes entre semana y él, con un poco de suerte, los

respondía parcamente, pero no podía pensar en otra cosa, me agarraba a cada una de sus palabras justificándolo de mil formas diferentes. Visto así, como te lo estoy contando, parece una locura, pero es gracias a la perspectiva que te da el tiempo y a la madurez. En aquella época, yo no lo veía, tan solo sentía el impulso irrefrenable de acudir una y otra vez junto a él, como una kamikaze.

Estaba en segundo de bachillerato y debía volcar mis esfuerzos en la prueba de acceso a la universidad para entrar en Arquitectura, mi padre quería que trabajase con él en la constructora y a mí, en un principio, no me disgustaba la idea, por lo que procuraba olvidarme de Juancho entre semana. No puedo mentirme y pensar que yo no sabía que era una relación totalmente tóxica (sobre todo, para mí) y que estaba claro que iba a terminar sufriendo; me lo advirtió todo el que conocía lo que pasaba, pero me daba igual.

Sería fácil escudarme en que me sentía muy sola, pero ¿quién no se siente así a esa edad? Mis padres no me hacían mucho caso, María hacía unos años que ya no trabajaba en casa, aunque no dejaba de escribirme, y la única que se interesaba por mis cosas, cuando no tenía nada mejor que hacer, era mi abuela Herminia, que no sabía nada en realidad: para ella, era una chica modelo que sacaba buenas notas y era sumamente educada; cuando me preguntaba por los chicos, le contaba que había un chico de mi instituto que me gustaba, pero nada más.

Juancho era una droga, ahora soy consciente. Me acostaba con él en fin de semana, me había hecho una experta en encontrarlo después de salir de fiesta, y él me daba las migajas de su tiempo. Nunca me prometió nada, nunca quiso que fuésemos nada más, era una relación totalmente vacía que yo adorné en mi cabeza para darle sentido, nada más, pero aquello casi me destruye. Fueron años en los que mi autoestima cayó en picado y no era capaz de reponerme.

Había temporadas en que no nos veíamos porque él comenzaba a salir «en serio» con alguna chica y yo me quería morir; luego se cansaba de ella y volvía a mí y yo me agarraba a ese hecho, a la posibilidad de que quisiera estar conmigo, como el único objetivo de mi vida. Así pasé cuatro años, estudiando, saliendo con mis amigos, viviendo mi vida como un autómata, porque lo único que me importaba eran los momentos que pasaba con Juancho…, hasta que conocí a Fernando.

Siempre he pensado que Fernando apareció en mi vida justo a tiempo; de lo contrario, creo que me hubiese vuelto loca. Él era atento, en todo momento se preocupaba por mí, por mis cosas, se

esforzó por encajar en mi mundo… Me devolvió el amor propio, así que dejé que entrara en mi vida y lo invadiera todo a su manera. Me levantó y me devolvió las ganas por vivir, por probar cosas nuevas, viajar, aprender, ¿cómo no lo iba a querer? Nunca sentí por él lo que sentía por Juancho, pero, en honor a la verdad, me hizo mucho bien. Luego, las cosas cambiaron y ahora creo que lo nuestro debe terminar.

Estos días en Navarra o esta maldita pandemia me están dando un punto de vista diferente de la vida y lo único que sé es que quiero estar sola un tiempo y las circunstancias me acompañan.

Mi móvil comenzó a vibrar dentro del bolsillo de la gruesa chaqueta de lana que se había convertido en mi uniforme, automáticamente lo saqué para observar el nombre de Fernando en la pantalla y dejar que terminara con su baile; pero, para mi sorpresa, era el nombre de mi padre, Arturo, el que rezaba la pantalla.

—Hola, buenos días, papá.

—Buenos días. ¿Cuándo piensas regresar a Madrid?

Mi padre nunca se anda por las ramas, es una de esas personas que optimizan cada segundo de su existencia.

—Sí, estoy bien. María se está muriendo, pero está tranquila —contesté con ironía, obviando su pregunta, mientras oía un enorme suspiro de frustración como respuesta a mi impertinencia.

—Carmen, sabes que siento mucho lo de María, la aprecio, pero tienes compromisos aquí y tenemos que tratar ciertos asuntos…

Sabía que aquellas palabras harían que esa noche no pudiera prescindir de mi férula para el bruxismo, mi mandíbula acababa de cobrar vida propia y ya estaba apretando unos dientes contar otros con fuerza. Tenía claro que mi padre quería que dejase el estudio de arquitectura para que comenzase a trabajar junto a él y me hiciera cargo de sus negocios, alguien tenía que ponerse al mando del legado familiar y él sabía que ya no era ningún jovenzuelo; pero a mí no me apetecía ni lo más mínimo y lo ignoraba cada vez que sacaba el tema.

—Estoy confinada aquí y no puedo regresar a Madrid, ¿has olvidado que estamos en estado de alarma?

—No digas sandeces, hija, precisamente por la situación actual deberías estar aquí con tu familia, ayudándome a tomar decisiones. Puedo enviarte un coche y estarías aquí esta noche.

Fernando siempre me reprochaba que, para la gente que tiene mucho dinero, como mi familia, las normas son un accesorio molesto

que no va con nosotros, porque no tememos las consecuencias; y, en cierto modo, tiene razón. Cuando mi padre quiere algo, lo consigue, da igual lo que tenga que hacer: si tenía que pagar una multa para que su chófer y yo nos saltáramos el confinamiento, le daba exactamente igual, ni se inmutaba.

—Tengo aquí mi coche, pero no es legal. Además, no voy a dejar sola a María. He venido a estar con ella hasta que se vaya y no pienso moverme de aquí hasta que eso pase —zanjé con la esperanza de que me dejara tranquila.

Hubo unos segundos de silencio, supongo que mi padre sopesó mis palabras. Él sabía que María era sagrada para mí y que, aunque él no lograra entenderlo, mi decisión era firme y tan solo perdería el tiempo intentando convencerme de lo contrario, cosa que no estaba dispuesto a hacer; como siempre decía: «El tiempo es la cosa más valiosa que tienes, no lo malgastes, todo lo demás se puede comprar».

—Está bien, pero, en cuanto suceda, te quiero aquí inmediatamente —contestó antes de colgar para dejarme sin opción a réplica.

Tuve que coger aire para calmarme antes de dirigirme a la hospedería a dejar mi móvil, hablar con mi padre me alteraba bastante y ya no quería que nadie más me molestase. Para relajarme, decidí salir a dar un paseo por el jardín trasero y ayudar en alguna de las labores de jardinería que me habían enseñado a hacer las monjas y que había descubierto, con gran sorpresa, que me encantaba hacer.

Mi relación con mi padre siempre había sido complicada, más que nada por sus ausencias: incluso estando a mi lado, siempre tenía la sensación de que estaba lejos, pensando en sus negocios, sus viajes, sus amantes… Sí, en casa todos conocíamos la existencia de las mujeres que pasaban por su vida, pero, como un día me comentó mi madre, «no era de buen gusto hacer comentarios al respecto», nadie sacaba nunca el tema. A mi madre no le importaba demasiado, creo que, en el fondo, era un alivio para ella, le evitaba tener que asistir a eventos a los que no quería asistir o participar en viajes a los que no le apetecía acudir; mientras ella tuviese carta blanca para gastar lo que quisiera y nadie perturbara su rutina demasiado, estaba conforme con todo.

Sabía que, tarde o temprano, tendría que hacerle frente. Fernando me había venido muy bien en ese sentido, con su empeño de abrir un estudio de arquitectura, yo me había podido cobijar en él, haciendo lo que me gusta y dejándolo a él a cargo de la dirección, la burocracia y todo lo que fuese figurar; siempre he odiado ponerme en el punto de

mira, pero es algo que a él le encanta. Aunque el estudio sea mío, Fernando siempre ha sido la cabeza visible, lo que me ha venido de maravilla.

Quiera o no, creo que mi estancia en Navarra va a ser un punto de inflexión en mi vida. Personalmente, no creo que mi matrimonio pueda alargarse mucho más y, profesionalmente, mi padre me obligará a interesarme por sus negocios, después de todo, vivimos de eso, aunque me cueste reconocerlo. Nunca he preguntado por las cuentas del estudio ni me interesan lo más mínimo, pero, con la imagen que pretende dar Fernando y el nivel de vida que llevamos, no creo que sea rentable; aunque me haga muchas veces convenientemente la tonta, no lo soy.

Después de pasarme dos horas rastrillando hojas, lo que resulta una terapia para despejar la mente mucho más efectiva que una sesión de psicoterapia, me dirijo a la cocina para recoger la comida de María e intentar que ingiriera algo. Como siempre que cruzo el umbral de la gran casa, soy obsequiada con las sonrisas de las monjas que me voy cruzando, sé que todas se compadecen de mí por la pérdida que voy a sufrir e intentan insuflarme ánimos, aunque sea con sus gestos.

Cuando subo a la habitación, María está tumbada con los ojos muy abiertos mirando el techo sin pestañear, con una leve sonrisa en la boca. Veo en ella un destello de lucidez al mirarme que hacía muchos días que no la acompañaba.

—Mi niña, mi querida niña —me dice, tendiéndome la mano para que la coja—, prométeme que harás lo que te he pedido y buscarás a tu madre. Esa señora sabe que no moriste como le dijeron, estoy segura de que te quiere, así no estarás sola ahora que yo me voy.

—Claro, María, tú no te preocupes por nada —le digo, siguiéndole la corriente para tranquilizarla—. En cuanto llegue a Madrid, me pondré a buscarla.

—La carpeta azul, ahí lo encontrarás todo.

—Sí, descuida, no te preocupes por eso ahora, tú descansa.

María cerró los ojos satisfecha con mi respuesta y nunca los volvió a abrir.

Morirse en cualquier momento es un trago duro y triste, pero, en tiempos de COVID, además, resulta perturbador. Cuando comunicamos la muerte de María a la funeraria, un trabajador nos explicó que, dada la situación, era imposible que hiciésemos velatorio y que tendría que ser incinerada. Todas las monjas pasaron por su lecho para despedirse de ella y rezar. Yo pasé el resto del día en un rincón de su habitación, mirándola en silencio e intentando inundarme con todo el amor que dejaba su presencia.

Cuando la furgoneta de la funeraria se la llevó, tuve que firmar unos papeles para que me enviaran las cenizas. Pensaba quedarme unos días más allí antes de mi inevitable vuelta a Madrid. Las monjas me dijeron que el convento era mi casa y que me podía quedar con ellas todo el tiempo que necesitara, así que no informaría de la muerte de María a nadie hasta que lo hubiese afrontado y estuviese preparada para regresar. Necesitaba poner mis ideas en orden y tomarme un tiempo para mí.

Sectores como la construcción ya podían retomar su actividad, eso mantendría a mi padre ocupado unos días, ese era mi pensamiento cuando noté como el móvil vibraba; esta vez era mi madre. Que alguno de mis padres me llamara era todo un acontecimiento, que los dos lo hiciesen el mismo día era una proeza, por lo que contesté sorprendida y extrañada.

—Hola, mamá.

—Hija…

—¿Qué ocurre? —pregunté nerviosa, no era común oír a mi madre vacilar. Cuando me llamaba, tenía algún propósito siempre y te lo vomitaba sin importarle que en ese momento estuvieses ocupada o no tuvieras un buen día; ella te soltaba lo que tenía que decirte y ya está, no te saludaba, no te preguntaba cómo estabas, la empatía no es su fuerte… Por eso, su titubeo no presagiaba nada bueno.

—Tu padre… ¡Ay, Dios mío, no puedo creerlo, esto es una pesadilla! —sollozó al borde del llanto.

—Mamá, por favor, dime qué pasa.

—Tu padre se ha tirado desde la terraza de su ático.

Conforme el último fonema llegó a mi oído, todo mi cuerpo reaccionó provocándome una angustia que jamás había sentido y creí que iba a perder el conocimiento; al otro lado de la línea, mi madre no

podía evitar proferir una serie de convulsionados lamentos. No sé cuánto tiempo pasamos así, yo paralizada y mi madre llorando sin parar.

—No puede ser, esta mañana he hablado con él —logré articular, tratando de darle sentido a lo sucedido.

—Carmen, tienes que venir cuanto antes, yo no puedo sola con todo esto.

—Claro, enseguida salgo para allá.

Logré explicarle a Pilartxo a grandes rasgos lo que había sucedido; ella intentó consolarme, me abrazó dándome todo su cariño, pero yo estaba tan alterada que no recuerdo muy bien lo que hice. Me despedí de las monjas precipitadamente, recogí mis cosas desperdigadas por la hospedería y me metí en el coche.

La burbuja de paz en la que había vivido había explotado abruptamente. Llegué a Donamaría completamente alterada y me iba igual. Me puse la radio y me obligué a prestar atención a lo que decían para tranquilizarme, aunque no había ni una sola buena noticia: el mundo se iba a la mierda, estaba claro, y mi vida también.

Al llegar al dúplex en el que vivía con Fernando, este salió a recibirme nada más oír la puerta y me abrazó como hacía años que no lo hacía; yo me dejé querer, ¿qué otra cosa podía hacer?

Estaba destrozada y no tenía fuerzas para nada, mi propósito en firme de dejarlo tendría que posponerse, tomaría la decisión más adelante, cuando pudiese afrontar la muerte de María y la de mi padre… Ahora solo podía dejarme llevar por el pragmatismo de Fernando: él se había encargado de llamar a la funeraria y organizarlo todo con su típica eficiencia, me dejó llorar un rato sobre su hombro y, cuando vio que me recomponía un poco, me susurró:

—Sé que debes de estar muy cansada, pero debemos ir a casa de tu madre. Te he dejado todo preparado en el baño de arriba.

Yo me dejé guiar como una niña pequeña y él me preparó un baño caliente; al lado de la bañera, impecablemente doblado, había un vestido negro discreto y hasta ropa interior limpia, lo que tienen los obsesos del control es que no pasan nada por alto.



FERNANDO 2020

Yo no quería matar a Arturo, fue un accidente, de verdad. Mi intención era hablar con él para que entrara en razón, pero se me fue de las manos…

El puto Arturo siempre tenía que controlarlo todo, era una angustia. Desde el mismo momento en que Carmen y yo empezamos a salir un poco más en serio, no dejó de vigilarme, nada escapaba a su control. Recuerdo sus palabras una tarde, después de una comida en el restaurante Horcher, mientras nos servían el postre. Arturo dijo que le gustaría hablar conmigo; inmediatamente, mi suegra y Carmen se levantaron y desaparecieron argumentando que tenían que visitar una tienda cercana.

—Carmen me ha comentado que queréis montar un estudio de arquitectura —me soltó sin más, era un hombre que jamás perdía el tiempo.

—Sí, esa es la idea.

—No tenéis experiencia, no habéis hecho ni un solo proyecto de verdad y lo más importante: no tenéis dinero, así que ya me explicarás cómo piensas hacerlo —respondió haciéndome parecer un idiota, con su mirada fija en mí para estudiar mi reacción.

—Bueno, los comienzos no son fáciles.

Una mueca de fastidio recorrió su semblante.

—Escúchame, todavía no entiendo qué es lo que Carmen ha visto en ti, pero es lo que hay. Ella tendrá que tomar las riendas de mis empresas le guste o no, es mi heredera, pero todavía me quedan unos años para jubilarme, así que la dejaré jugar a los arquitectos contigo

unos años. ¿Entiendes?

Muy pocas veces en mi vida me habían hablado con semejante impertinencia, por lo que me quedé parado con cara de estúpido para mayor consternación de Arturo, que, a todas luces, estaba perdiendo la paciencia:

—¿Lo entiendes o no?

—Sí, claro que sí.

—Os voy a mandar al mejor máster europeo de arquitectura, yo me encargo —dijo en referencia a que él correría con los gastos, como más tarde comprendería—. Mi secretaria se encargará de buscaros alojamiento mientras termináis, algo modesto, claro está. Cuando regreséis, me encargaré de que tengáis los contactos adecuados para montar el estudio y de que tengáis encargos. Os haré un préstamo, pero claro, tendrás que casarte con Carmen, esto no va a ser gratis y sería estupendo que tuviese hijos antes de que yo me jubile, no quiero que, cuando venga a trabajar conmigo, se quede preñada y entonces no pueda centrarse en lo importante. ¿Has comprendido? —me increpó.

Logré asentir, tratando de asimilar lo que acababa de escuchar. He de reconocer que, al menos, siempre me ha tratado con franqueza.

Las cosas salieron como Arturo quería, exceptuando lo de la descendencia, he probado de todo y no hay forma, incluso he controlado los ciclos de Carmen para tirármela los días en que es más fértil; nada, debe de tener algún problema para concebir, porque yo fui a que me hiciesen un montón de pruebas para comprobar que no era problema mío y estoy perfecto.

Ella no sabe nada de esto, por supuesto, siempre me ha dicho que no quería hijos, pero me vendría muy bien que no fuese así: primero, para contentar a mi suegro; y, segundo, para tener algo con ella que nos uniera para toda la vida. Desde hace tiempo, me quiere dejar, lo sé, pero no se lo pongo fácil, cada vez que saca el tema invento alguna excusa para desaparecer.

Me he esforzado mucho para conseguir esta vida y la verdad es que es muy cómoda, no voy a renunciar fácilmente a mi calidad de vida; he tenido que tragarme mi orgullo en infinidad de ocasiones, pero he seguido adelante porque sabía lo que quería, ¿acaso Carmen, por el simple hecho de nacer en casa de los Campos Arzuaga, tiene más derecho que yo a disfrutar de los privilegias que te brinda el dinero? Yo pienso que no. He trabajado mucho más por conseguir mi

estatus actual de lo que lo ha hecho ella en toda su vida; a veces pienso que a ella le da exactamente igual, no le da nada de importancia a algo tan vital en este mundo como son las apariencias, el dinero, la posición… Es un completo desastre, tiene suerte de tenerme a su lado.

Carmen puso el grito en el cielo cuando se enteró de lo que me gasté en la rehabilitación de nuestro dúplex, pero no entiende que es la única heredera de una de las fortunas más grandes de España, no estaría bien que viviese en cualquier antro; también he de reconocer que se me fue un poco la mano decorando el estudio: contraté a una de las mejores decoradoras de interiores del momento y no supe negarme a nada de lo que me propuso, no quería que pensara que era un muerto de hambre. Carmen se ofendió bastante. Ella es interiorista, pero con mucha menos experiencia y menos nombre; ella no entiende cómo funcionan las cosas, si quieres triunfar, las apariencias lo son todo.

Desde entonces, no cuadran las cuentas, he tenido problemas varias veces para pagar a mis empleados. Es cierto que no nos faltan los proyectos, pero he de reconocer que gasto mucho más de lo que gano; por eso, en más de una ocasión, he tenido que pedirle a mi suegro una inyección de capital, lo que ha hecho que cada vez me tratase con más condescendencia, cosa que odio.

Estos días han sido muy duros, Carmen en Navarra y yo solo con mis remordimientos. Para más inri, no puedo salir a animarme a un buen restaurante o salir de fiesta. Puto virus, esto es una pesadilla… Los ojos de Arturo mientras caía me persiguen mientras duermo y me parece que oigo su voz en ocasiones y esta retumba en la casa vacía.

Sabía que Arturo había decidido pasar el confinamiento en su ático del barrio Salamanca. No me extraña, por muy grande que fuese su casa, compartir tantos días encerrado con su mujer y su madre era aún peor que estar solo, aunque ya hablaré de mi suegra más delante. Decidí ir andando a verlo en el horario permitido para hacer deporte, había más gente en la calle y era más improbable que me parara la policía. Me puse un chándal que llevaba años sin usar y unas zapatillas de diseño que no saben lo que es hacer deporte, pero quedan estupendamente con todo.

Bajé por Príncipe de Vergara acompañado de hordas de gente que se dirigía a los alrededores del Retiro buscando algo de consuelo en el verde de los árboles, con la ilusión de respirar algo de aire puro, pobres ilusos (aunque he de reconocer que tenernos a todos encerrados ha mejorado mucho el problema de la contaminación aquí).

Al llegar a la finca, me asomé al portal a través del cristal de la enorme puerta de hierro forjado, pero, como era de esperar, el portero no estaba. Llamé al telefonillo sin obtener respuesta, por lo que insistí unas tres veces más, hasta que Arturo, irritado, contestó al fin y abrió para que pudiese subir.

Un impoluto Arturo me abrió la puerta. «¡Dios santo, este hombre jamás lleva un pelo fuera de su sitio!», pensé. Me miró de arriba abajo, a buen seguro desaprobando mi atuendo.

—No puedes estar aquí —fue su saludo.

—Tranquilo, llevo más de veinte días sin salir de casa y no tengo ningún síntoma, compro todo *online*, pero tenía que hablar contigo.

—¿Y no puedes llamar por teléfono como hace todo el mundo? —preguntó con hastío.

—He creído conveniente venir a verte, es sobre Carmen.

—Está bien, pasa —claudicó al fin—. Acabo de abrir una botella de Pago de Carraovejas y estaba en la terraza. En la cocina hay algo de picar, puedes traerlo —ordenó, dejando claro, como siempre, que yo estaba muchos escalones por debajo de él. En el fondo, más que de la familia, siempre me había considerado como alguien del servicio.

El ático era un espacio totalmente abierto: el salón de más de cien metros cuadrados se unía a la cocina por una isla de impresionante mármol portoro color azabache; en la encimera, del mismo material,

había preparada meticulosamente una tabla de diferentes quesos y otra con varias tapas frías muy elaboradas, estaba claro que mi suegro no prescindía de la cocinera, todo estaba impoluto y él tan solo se acercaba a la cocina para degustar lo que le dejaban preparado. Cogí la comida y una copa para mí y salí a la impresionante terraza que daba al Retiro.

Al ver a Arturo instalado en los enormes sillones de teca, con unos mullidos y gruesos almohadones, no pude evitar pensar que el hecho de estar encerrado no es igual para todo el mundo, lo que me enfureció un poco.

Arturo levantó su copa hacia mí para que le sirviera. Después de hacerlo, me senté junto a él. Bebí un trago de vino mientras me perdía en los frondosos árboles que tenía enfrente y me maravillaba con el precioso atardecer que tenía lugar en ese momento. Más que nunca, había que apreciar ciertas cosas, todo el mundo comentaba lo mismo.

—Bueno, ¿qué es eso tan importante? —me preguntó con fastidio.

—Es sobre el estudio, todos los proyectos se han parado con la pandemia, hemos hecho un ERTE a los trabajadores, pero, aun así, no creo que nos recuperemos.

—Una de las cosas que más me molestan en esta vida, Fernando, es que me tomen por tonto.

—No entiendo por qué dices eso.

—A ti esto del virus no te ha venido mal, te da tiempo, tus cuentas nunca han sido muy boyantes y mucho menos últimamente; ahora, por lo menos, puedes poner a tus trabajadores en ERTE y que les pague el Estado. Pero no te equivoques, tu mala gestión te explotará en la cara tarde o temprano, estoy al tanto.

La suficiencia con la que me escupió cada una de las palabras me dolió más que lo que dijo en sí. Cogí mi copa, la apuré de un trago y me serví otra mucho más generosa.

—Es muy difícil, hay mucha competencia —me defendí.

—Hombre, no me jodas —se jactó mientras se levantaba para ponerse frente a mí y se apoyaba en la barandilla—, es imposible que el estudio vaya bien, aunque facturase el triple de lo que lo hace. Te has gastado una fortuna en decorarlo y te has comprado un Mercedes-Maybach para ir a trabajar, comes todos los días en los mejores restaurantes y te vas todas las semanas de compras a Serrano, todo con cargo a la empresa. Explícame cómo puede funcionar nada así —

me retó señalándome con su copa de vino mientras lo invadía una risa sardónica.

—Lo hago todo por Carmen, para que siga llevando el mismo nivel de vida al que está acostumbrada, y por ti, es muy complicado estar a tu altura y no quiero que te avergüences. Sabes lo importante que es tener una buena imagen en el mundo en que vivimos, es en lo que se basa todo.

Arturo dejó su copa en la mesa y se levantó. Apoyó las lumbares en la barandilla de cristal para poder mirarme de frente y no pudo parar de reír

—Siempre he sabido que eras un jeta, pero esto es lo que me faltaba por oír. No, esta vez no voy a salvarte, ya he perdido mucho dinero por tu culpa y todo tiene un límite. Dejarás que la empresa entre en concurso de acreedores, Carmen vendrá conmigo a trabajar y tú haz el favor de dejarla preñada de una vez, que ni siquiera vales para eso; si lo logras, conseguiré que te contraten en algún sitio… Con el sueldo de mi hija, tendréis más que suficiente para vivir y para algunos de tus caprichos.

Agaché la cabeza intentando asimilar lo que acababa de decir mi suegro. Más que los insultos, no podía soportar que fuese a perder mi tren de vida, mi posición, mi estatus como arquitecto. En mi familia, yo era un héroe dispuesto a ayudar económicamente a cualquiera que lo necesitara porque era un triunfador. Los ojos de orgullo de mi madre cada vez que me miraba hacían que todo mereciese la pena, la última vez que fui al pueblo fue todo un acontecimiento… El hijo pródigo… Todos querían cruzarse conmigo para saludarme y ver de primera mano al muchacho que se fue a la capital para convertirse en un famoso y prestigioso arquitecto.

Ahora, aquel hombre pretendía relegarme a semental. No. Apuré de nuevo mi copa de vino y dejé que la ira me invadiera. Me incorporé y, sin pensarlo muy bien, mi cuerpo hizo el resto: el veneno acumulado en mi espíritu durante años explotó, subí a la mesa baja para coger impulso y me lancé con todas mis fuerzas contra él, como un toro que embiste lo que más odia en el mundo. Lo último que vi de él fue su cara de sorpresa tan solo un segundo mientras caía, para un instante después impactar abruptamente contra la acera.

Sinceramente, tuve un instante de satisfacción, pero todo lo que vino después fueron remordimientos.



CARMEN 2020

Nunca he querido tener hijos y mucho menos con Fernando, en mi casa eso es una catástrofe. No tener herederos se considera el mayor de los dramas, sobre todo para mi abuela Herminia, que tiene ya noventa y seis años y siempre me dice que no se morirá mientras no vea que estoy embarazada; por eso, cada vez que me ve, me saluda con la misma pregunta:

—Hija, ¿has logrado quedarte ya?

Ni siquiera que su hijo se acabase de tirar de un décimo piso la perturba, lo primero es el legado familiar.

—No, abuela, ¿cómo estás? —contesté como de costumbre. Desde la época en que me acostaba indiscriminadamente con Juancho, tomo anticonceptivos orales y no los he dejado nunca; no sé si alguna vez tendré instinto maternal, pero, de momento, estoy bien, le pese a quien le pese.

—Pues imagínate, menuda faena nos ha hecho tu padre —se quejó como si se tratase de un contratiempo eventual, lo que me llevó a pensar que quizás la mujer estaba perdiendo parte de su habitual cordura.

—Sí —le respondí sin saber qué decirle, menos mal que enseguida nos interrumpió el estridente llanto de mi madre, a la que, como bien solía decir mi padre, le gustaba ser el centro de atención: la novia en la boda y el muerto en el entierro.

Entró en el salón del brazo de Fernando, que la sostenía estoicamente, y, en cuanto me vio, lo dejó a un lado para lanzarse a mis brazos y subir varios tonos sus lamentos.

—¡Por todos los santos, Carmen, gracias a Dios que estás aquí, no puedo soportarlo! —sollozó angustiada.

—Tranquila, mamá, lo superaremos —dije abrazándola—. Todavía no puedo creerlo.

—Yo tampoco, es que no entiendo qué pudo pasarle por la cabeza. Estamos todos muy deprimidos dada la situación actual, pero tu padre ha sido siempre un hombre muy fuerte.

—Con el desastre de economía que tenemos y la crisis que se nos viene encima, lo mismo se agobió y no ha sabido afrontarlo —intervino Fernando, al tiempo que se servía un *whisky* de la botella de cristal que descansaba en el aparador.

—No creo que fuese eso —respondí irritada por su falta de tacto—. Papá ha vivido numerosas crisis peores que esta y siempre ha seguido adelante, le encantaban los desafíos, no era el típico que se viene abajo a la mínima —dije con la intención de herirlo—. Además, ese mismo día hablé con él por teléfono y estuvo comentándome sus planes de futuro, eso no es propio de alguien que está pensando acabar con todo, algo no encaja. La Policía lo está investigando, aunque ya me han advertido de que los equipos de medicina legal están colapsados por el coronavirus y, aunque es prioritario, aún tardarán unos días en tener el informe forense, así que tendremos que esperar para organizar el entierro, aunque las restricciones actuales simplifican mucho las cosas.

—Sea como sea, querida, ninguna de las tres tiene por qué agobiarse, yo me encargaré de todo. Vosotras solo tenéis que preocuparos de descansar y pasar este trago lo mejor posible. Herminia, Felisa, Carmen, yo me ocupo.

Las palabras de Fernando me revolvieron el estómago, yo odiaba con todas mis fuerzas hacer cualquier trámite burocrático y, aunque lo sospechaba, no me hacía una idea de lo que se me venía encima. Siempre delegaba todos esos asuntos en Fernando, que, solícito, era bastante competente en esas cosas; pero en aquel momento no quería que se inmiscuyera más de lo necesario en mis asuntos, estaba decidida a dejarlo y él, de algún modo, tenía que intuirlo, no era tonto ni mucho menos.

Mi padre había dispuesto todo para que nos casásemos en separación de bienes y el dúplex y el estudio están a mi nombre, aunque a él le gusta ser quien figura, antes de casarnos lo llevó a su bufete de abogados y tuvo que firmar una enorme pila de documentos para dejarle claro que, si nos divorciábamos, se quedaría sin nada.

—Gracias, Fernando, bendito seas —le agradeció mi madre echándose a llorar en sus brazos, ya que yo no le hacía mucho caso.

—Yo solucionaré todo, descuida —se ofreció mientras la abrazaba—. Carmen, te he dejado unas cosas en el despacho que tienes que firmar para la funeraria —me dijo cambiando de tono.

Yo asentí, pensando que aquella semana era la segunda vez que tenía que pasar por ese trance; la imagen de María en sus últimas horas me vino a la cabeza y, con ellas, sus últimas palabras: «La carpeta azul, ahí lo encontrarás todo».

Me reprendí por lo absurdo de mis pensamientos, aunque, en el fondo, me servían para escapar de aquella escena tan claustrofóbica y agradecí mentalmente tener una excusa para irme de allí.

Mientras me sentaba en el escritorio de mi padre, abrí automáticamente el último cajón sin pensar en lo disparatado de lo que estaba haciendo. En el cajón, había numerosos folios divididos en carpetas de cartón y, debajo de todos ellos, una carpeta azul. Tuve que tomarme unos segundos para procesarlo.

María no estaba bien y le había seguido la corriente hasta el último segundo de su vida, aunque no me había planteado que sus palabras fuesen otra cosa que un delirio. Si hubiese tenido que apostar un brazo, lo hubiese hecho a que no existía ninguna carpeta azul, pero allí estaba: una simple carpeta azul, amenazándome con lo que ocultaba su interior.

La abrí cuidadosamente, como si fuese de un material sumamente delicado y fuese a deshacerse entre mis manos, y contuve el aliento. Dentro había unos documentos amarillentos escritos con una máquina de escribir. El primer documento era una factura del sanatorio de Santa Elena, la fecha coincidía con mi nacimiento, el importe eran dos millones de pesetas y el concepto rezaba: «NIÑA», así, sin más explicaciones. Algo se me revolvió por dentro. Mi madre me había dado a luz allí, era una clínica privada y, a buen seguro, no sería barata, pero, en aquella época, dos millones de pesetas era demasiado dinero por un parto.

No podía enfrentarme a aquello en aquel momento, así que cogí mi bolso y metí en él la carpeta entera, ya tendría tiempo de ver todo detenidamente. Mi mundo se desquebrajaba lentamente, otra vez, demasiadas cosas en muy pocos días, estaba completamente saturada.

Por primera vez, me di cuenta de que mi padre, a su manera, siempre había velado por que mi vida fuese lo más fácil posible; él

siempre se encargaba de solucionarme los problemas antes, incluso, de que se materializaran. Aquella certeza me hizo llorar amargamente, pues me daba cuenta de que lo hacía de un modo egoísta.



Dejar el sur no es fácil, sobre todo cuando eres de un sitio tan bonito como Jerez de la Frontera; eso pensaba Macarena cuando el tren llegaba a la Comunidad de Madrid y la recibía un cielo gris oscuro a las doce del mediodía.

Cogió su *walkman* y le dio la vuelta a la cinta de Luz Casal que la había acompañado todo el trayecto; enseguida sonrió cuando comenzó a sonar «Rufino», le encantaba esa canción, siempre le levantaba el ánimo, era el último éxito de la cantante que sonaba por todas partes y toda España lo tatareaba:

> Rufino me lleva a jugar al casino.
>
> Rufino me invita a comer langostinos.
>
> Me gusta verle bailar…
>
> con su aire de pingüino.
>
> Rufino es libertino, divino y superficial…

Macarena estaba en segundo de Veterinaria, sus padres la habían mandado a Madrid con su tía Piluca para que pudiese estudiar. Vivían en Vallecas, en un piso de dos dormitorios, allí se apiñaba con sus primos en un cuarto con dos literas y apenas tenía un cajón para todas sus cosas, solía utilizar la maleta como armario y la dejaba abierta debajo de una de las camas.

Los fines de semana trabajaba en una panadería del barrio para aportar algo a la maltrecha economía familiar, comenzaba el viernes por la tarde despachando y terminaba el domingo por la mañana limpiando la tienda. Algunos días, también tenía que ayudar en el bar que regentaban sus tíos en el barrio, a unas pocas manzanas de donde

vivían.

De lunes a viernes, acudía a la facultad en autobús; el trayecto duraba más de una hora, por lo que su *walkman* era uno de sus objetos más preciados. Si le quedaba algo de dinero a final de mes, le gustaba ir a Sol después de clase y comprarse un casete; pasaba horas en la disquería eligiendo el que finalmente se llevaría, le encantaba.

Los viernes por la noche, su jefa le dejaba llevarse algunas cosas de la panadería y entonces montaban una pequeña fiesta en casa de su tía para ver el *Un, dos tres*, era su momento preferido de la semana. Todos se arremolinaban alrededor del televisor para ver como Mayra Gómez-Kemp presentaba a las cuatro parejas que concursarían esa noche: «Manoli y Carlos son amigos y residentes en Albacete…». Cuando Mayra formulaba la pregunta y decía: «Nombres de frutas. Un, dos, tres…, responda otra vez», la locura se desataba y todo el mundo comenzaba a enumerar todas las frutas que conocía, a veinticinco pesetas la fruta, todos estaban satisfechos con todo el dinero que habían conseguido.

Vivían cada etapa del concurso como si estuviesen asistiendo como público en directo: la eliminatoria, el juego de consolación, la subasta… Cada uno tenía una azafata y un personaje favorito. Su primo Pedrito se ponía de pie cada vez que aparecía La Bombi en pantalla y entonces todos sabían que tenían que guardar un silencio sepulcral si no querían recibir la furia de sus puñetazos; aquella mujer era sagrada para él.

Así pasaba su vida, realmente no había nada reseñable, le gustaba lo que estudiaba y soñaba con regresar a su tierra con su título bajo el brazo, sería la primera en su familia con una licenciatura universitaria. Allí, seguramente, podría ganarse bien la vida en las explotaciones de ganado o, tal vez, con un poco de suerte, la podrían contratar en alguna de las yeguadas que se dedicaban a la cría de caballos de pura raza española; se le ponían los pelos de punta solo de pensar en esos animales a los que iba a ver a la menor ocasión, su interés por ser veterinaria se debía a ellos en gran medida.

Fue en una de las excursiones que organizaba la facultad cuando conoció a Edu, iban a visitar Cárnicas Monte a Salamanca para estudiar todo el proceso de producción porcina, desde la granja hasta el producto que va a la carnicería. Es curioso como la vida te puede cambiar de la forma más inesperada un día cualquiera, de la manera más tonta.

Macarena no tenía muchas amigas, en la facultad solía coincidir con Elisa y pasaban juntas la mayoría del tiempo, mucha gente las

tachaba de estiradas sin apenas conocerlas, pero lo cierto es que eran muy tímidas, lo que había hecho que ambas congeniaran muy bien pero que su pequeño grupo de dos siguiese sin aumentar. Habían quedado para coger el autobús de la excursión juntas, pero, para consternación de Macarena, diez minutos después de la hora a la que las habían convocado, Elisa no se había presentado. La puntualidad no era una de las cualidades de su amiga, cosa que la angustió porque el profesor de Parasitología anunció entonces que solo esperarían cinco minutos más antes de partir, mirándola fijamente, como si ella tuviese la culpa.

Estuvo a punto de bajarse del autobús. Lo que iba a ser un día diferente entre risas y comentarios mordaces por parte de ambas se estaba convirtiendo en una pesadilla. Miró por la ventanilla con la esperanza de ver a su amiga corriendo por la calle, pero no había ni rastro y el autobús acababa de arrancar, lo que extinguió sus esperanzas de irse a su casa. Estaba atrapada rumbo a Salamanca.

Por suerte, llevaba su *walkman* en el fondo de la mochila, dentro llevaba el último álbum de Queen, por lo que suspiró aliviada; en más de una ocasión, Pedrito se lo cogía prestado para escuchar a Teresa Rabal y, al dejarlo de nuevo en su sitio, se olvidaba de cambiar la cinta.

Ya que tenía que pasar el día sin Elisa, se concentró en aprender todo lo posible: se pegó a los profesores, que, junto a los responsables de la explotación porcina, les explicaban todo el proceso, especialmente lo concerniente al control veterinario. A mitad de mañana, se dio cuenta de que un chico de algún curso superior se quedaba mirándola fijamente; instintivamente, buscó un cuarto de baño para estudiar su aspecto en el espejo, seguro que llevaba un moco en la nariz o algo así. Después de preguntar y encontrarlo, se dio cuenta, para su propio alivio, de que solo estaba un poco despeinada; se arregló todo lo que pudo y salió en busca de sus compañeros.

El chico seguía mirándola, Macarena miró a su alrededor disimuladamente, para cerciorarse de que no estaba mirando a nadie que estuviese detrás de ella y, cuando le quedó claro que la miraba a ella, le dedicó una tímida sonrisa que fue recibida con una enorme cara de satisfacción; el estómago se le llenó de mariposas. Aquel chico era realmente guapo, tenía un aire a Lance, de *Falcon Crest*, la serie de televisión a la que era adicta y que veía con su tía.

A la hora de comer, los llevaron a un parque cercano para que pudieran disfrutar de sus bocadillos. Macarena se parapetó en un banco con su mochila y, antes de sacar su comida, repasó los apuntes

que había tomado para rellenar algunas cosas que no le había dado tiempo a escribir, por lo que no se dio cuenta de que el chico que la había estado mirando se había sentado a su lado.

—Hola, no he traído ni libreta ni boli para apuntar nada, ¿me dejarás fotocopiar tus apuntes cuando lleguemos a Madrid?

—Claro —logró articular, era la primera vez en su vida que un chico la abordaba de esa manera.

—Eduardo Hernández Rodríguez, pero me llaman Edu —se presentó extendiendo la mano para estrechársela.

Macarena se quedó unos segundos procesando la situación, sus habilidades sociales eran muy limitadas, lo cierto es que no estaba muy acostumbrada a hablar con chicos aparte de sus primos. En su barrio tenía algunos amigos, pero eran los que habían ido al colegio y al instituto con ella y los conocía de toda la vida. Había salido con alguno, pero sus relaciones no habían pasado de cuatro besos, envalentonada por algún cubata en las fiestas.

—Yo me llamo Macarena, pero me puedes llamar Maca —dijo dándole la mano.

—Está bien, pues Maca entonces.

Edu sacó de su mochila un bocadillo envuelto en papel de aluminio y comenzó a comérselo tranquilamente.

—¿Quieres? —le preguntó al ver que la muchacha se quedaba mirándolo.

—No, gracias, tengo uno en mi mochila.

—Allí hay un quiosco, voy a por unas cocacolas.

—Vale.

Macarena dio gracias al ver que Edu se levantaba y la dejaba sola, no estaba acostumbrada a que la gente se acercara a ella así y mucho menos un chico. Necesitaba recomponerse y tranquilizarse, era solo un compañero que iba a comer con ella en un banco, no lograba entender cómo podía estar tan nerviosa. Se acordó de Elisa, su amiga no se lo creería, estaba deseando llegar a Madrid y encontrar una cabina para contárselo (en casa de su tía no había ninguna intimidad, por lo que prefería hablar con ella desde la calle), su enfado con ella por no acudir a la excursión se había esfumado completamente.

Edu apareció con dos latas de Coca-Cola y varias bolsas de patatas

y chucherías, se sentó junto a ella y le tendió parte del botín; ella le dedicó una sonrisa radiante.

—Gracias.

—No hay de qué, ha merecido la pena por verte sonreír.

Macarena notó como un incendio le subía por el cuello y desembocaba en su cara, estaba segura de que estaba roja como un tomate. El muchacho notó su desasosiego y cambió de tema.

—No te veo mucho por la cantina de la facultad.

—Elisa y yo solemos desayunar fuera, normalmente tiradas en el césped. Nos gusta más —contestó. La verdadera razón era que casi nunca disponían de mucho dinero para gastar y llevaban su propio almuerzo de casa—. Elisa es la chica con la que voy siempre, se suponía que vendríamos juntas a la excursión, pero ha debido de quedarse dormida.

—Pues me alegro, cuando te he visto sola me he envalentonado y me he atrevido a acercarme. A partir de ahora, espero verte más a menudo por la cantina, yo me tiro allí casi todas las mañanas.

—¿En serio?, ¿no vas a clase?

—Pues casi siempre me pasan los apuntes, tengo una amiga que escribe fenomenal y entiendo mucho mejor los suyos, mi letra es un asco. Yo paso todo el tiempo jugando al mus, soy de los mejores —le explicó ufano, como si aquello fuese toda una hazaña.

Macarena no tenía ni idea de mus, pero sí que había visto las mesas en la cantina llenas de gente que se dedicaba a jugar a las cartas con granos de café con los que hacían montoncitos.

—Yo no sé jugar.

—Pues a eso hay que ponerle remedio, estaré encantado de enseñarte. Si quieres, podemos quedar un día.

—Vale.

Ella no tenía muy claro que aquello le fuera a gustar, pero se encontraba bien junto a Edu, no le había costado mucho vencer su timidez con él, ya que el muchacho llevaba la voz cantante en todo momento.

Pasaron el resto de la excursión juntos; de vez en cuando, alguno de los amigos de Edu se les acercaba a hacer alguna broma, pero Macarena se lo pasó bastante bien.

Al llegar a su barrio, se dirigió a la cabina y le echó veinticinco pesetas para poder hablar con Elisa. La pobre había llegado justo a tiempo para ver como el autobús desaparecía y la dejaba en tierra.

Al día siguiente, Macarena se esmeró más de lo que solía en arreglarse y se puso sus vaqueros favoritos, los que sabía que le sentaban bien. Cogió la laca de su tía y se levantó la parte delantera del pelo intentando imitar el peinado de Madonna que había visto en la *Súper Pop* de Elisa; aquella era la mejor inversión del mes de las amigas, ciento veinticinco pesetas que les daban horas de entretenimiento, pues ambas la leían de cabo a rabo. De ahí sacaban un montón de consejos para vestirse y maquillarse y los pósteres que ambas ponían por todas partes; Macarena tenía al lado de su cama el de Rob Lowe, al que obsequiaba todas las noches con un beso.

Al llegar a la facultad, se encontró donde siempre con Elisa y asistieron juntas a las dos primeras clases. Luego, Macarena tenía prácticas en el laboratorio y tenía que bajar al sótano, por lo que dio un rodeo y pasó por la cantina.

Una sensación extraña recorrió su estómago cundo vio a Edu recostado en una silla estudiando sus cartas; en ese momento, él levantó la vista y la vio, por lo que levantó la mano en señal de saludo y le señaló una silla vacía a su lado para que se sentara; ella negó con la cabeza y señaló el sótano con el dedo, indicando que tenía prácticas y todo el mundo sabía en la facultad que era obligatorio asistir, por lo que el muchacho asintió en señal de comprensión y le hizo un gesto con la mano señalando que fuese luego a verlo.

Macarena intentó concentrarse en los órganos de perro que había frente a ella y anotar en el papel todo lo que habían pedido que encontrara. Normalmente tardaba unos minutos en acostumbrarse al olor a formol, que le daba unas náuseas terribles de primeras, pero esa mañana nada parecía afectarla, estaba feliz. Terminó la primera y la profesora le recogió la ficha y la dejó marcharse, eso le daba unos preciosos veinte minutos antes su siguiente clase.

Edu no se había movido y seguía en la misma postura, miraba sus cartas y a su compañero de enfrente alternativamente. Parecía que era un momento tenso porque todos guardaban silencio y lo estaban mirando.

—Órdago a grandes —anunció al fin, haciendo que los jugadores ahogaran una exclamación.

—Lo vemos —contestó el chico de su derecha, al cabo de unos segundos de tensión palpable.

Macarena no tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero no hacía falta ser un lince para darse cuenta de que era algo importante.

—Barco —anunció Edu satisfecho.

Entonces el muchacho de enfrente enseñó sus cartas, dos reyes y dos treses, y los dos se levantaron gritando por la emoción. Cuando Edu se cruzó con Macarena, le cogió la cara con sus manos y le dio un beso rápido en los labios antes de coger todos los granos de café esparcidos por la mesa. Ella se quedó unos segundos incapaz de reaccionar, mirando a los demás, que bromeaban sobre el juego.

—Chicos, un descanso, voy a por agua —anunció Edu, intentando hacerse oír por encima del escándalo que se había formado a su alrededor, mientras empujaba a Macarena suavemente al exterior de la cantina.

—¿Es siempre así de emocionante? —preguntó Macarena una vez estuvieron en el pasillo, donde había mucho menos ruido.

—¡Qué va! Pero ganar un órdago significa que lo ganas todo.

—Ahhh.

—Tienes que aprender, Maca. Si quieres, me retiro y te enseño.

—No, ahora no puedo, tengo clase, pero mañana tengo una hora libre a última.

—Entonces, perfecto, mañana quedamos. Si quieres, te acompaño.

Ir por el pasillo con Edu la hacía sentir importante, él había apoyado su mano en su hombro como si lo hubiese hecho siempre y avanzaban como si en realidad estuviesen flotando o, al menos, así lo percibía ella.

La cara de Elisa cuando la vio era de total estupefacción, incluso le costaba cerrar la boca del asombro cuando se acercaron a ella.

—Eli, este es Edu —los presentó.

—Encantado —respondió Edu ante Elisa, que seguía atónita.

Aquel momento en el que Macarena no podía dejar de sonreír fue interrumpido bruscamente por el profesor de Embriología Animal, que las miró con una mirada asesina por no encontrarse ya aguardándolo en sus asientos.

—No me lo puedo creer —le susurró Elisa aprovechando que el profesor acababa de volverse para escribir en la pizarra.

—Ya, tía, yo tampoco, me gusta un montón.

—Es que está muy bueno. Joder, falto un día y mira lo que me pierdo.

Macarena asintió, pero sabía que, si Elisa hubiese ido a la excursión, no habría pasado nada con Edu.

—He quedado con él mañana, va a enseñarme a jugar al mus.

Elisa ahogó una carcajada.

—Ya, a jugar al mus… —dijo con toda la ironía que le permitía la situación.

A Macarena le gustaba todo de Edu: por más que se esforzara, no lograba encontrarle ningún defecto. Había pasado varias horas con él, aprendiendo a jugar al mus, y ahora era una experta envidando a grandes, chicas, pares y juego; se llevaba los amarracos con soltura. Ambos habían jugado como pareja varias partidas en la cantina de la facultad y habían ganado, lo que hacía que la complicidad entre ellos cada día fuera mayor, estaban formando un gran equipo.

Empezó a saltarse clases poco a poco, Elisa le dejaba los apuntes para que los fotocopiara. Cada día pasaba más horas en la cantina jugando al mus con Edu, nunca se había sentido tan feliz. Era como ver la vida desde otra perspectiva diferente, se daba cuenta de que siempre había hecho lo que los demás esperaban de ella y, por primera vez, se sentía con la confianza en sí misma para tomar sus propias decisiones.

El primer cuatrimestre terminaba y, con él, los exámenes; tuvo que hacer un esfuerzo titánico las últimas semanas para ponerse al día, pero, aunque sus notas bajaron, aprobó todo. Edu y ella cambiaron la cantina por la biblioteca y se metían auténticos atracones de estudio; ella comenzó a fumar para tener la excusa de hacer descansos con él, que, tenía la certeza, era el hombre de su vida.

El día del último examen, habían quedado todos de botellón en el parque del Oeste; Macarena convenció a Elisa para que fuera con ellos, había cientos de corros de estudiantes bebiendo esparcidos por el césped.

Después de toda la tarde bebiendo, fueron a un bar y ahí el grupo comenzó a dispersarse, Elisa había pasado todo el tiempo con ella, pero no se encontraba bien y se fue a casa antes de que cerrasen el metro. Macarena y Edu la acompañaron hasta la entrada subterránea, asegurándose de que se encontraba lo suficientemente bien.

De vuelta al bar, Edu se fijó en que una mujer regresaba con su perro a casa y había dejado entreabierta la puerta del portal.

—Ven, ahí estaremos tranquilos.

Macarena lo siguió obediente, estaba perdidamente enamorada, lo hubiese acompañado hasta al mismísimo infierno. Después de subir unas escaleras, encontraron una especie de rellano entre la entreplanta y el primer piso; allí se sentaron y comenzaron a liarse, el suelo estaba frío, pero a ninguno de los dos le importaba.

Edu le dijo que la primera vez que lo hacía no pasaba nada, que

era imposible que se quedara embarazada; de haberlo pensado, se hubiese dado cuenta de que eso era una gilipollez, pero no lo pensó, por el alcohol, porque estaba enamorada o por las dos cosas, pero el caso es que no lo pensó. Él fue tremendamente cariñoso y ella solo pensó en que su primera vez había sido maravillosa y en que, definitivamente, había perdido la cabeza por él.

Macarena se despertó con una sonrisa en la boca que no pudo borrar en todo el día. Era sábado, así que bajó a trabajar a la panadería sintiendo que flotaba y que todo a su alrededor era maravilloso. Había quedado con Elisa en Callao para ir al cine por la noche, las dos eran fans de Tom Cruise y se acababa de estrenar su última película: *Top Gun*; estaba deseando contarle a su amiga lo que había ocurrido la noche anterior.

Las dos salieron del cine con un chute de adrenalina corriendo por sus venas debido a la película, ambas estuvieron de acuerdo en que era la mejor película que habían visto en sus vidas. Cruzaron la calle y fueron a McDonald's a cenar algo, sin poder evitar parlotear sin cesar. Se sentaron en una de las últimas mesas del piso de arriba y entonces Macarena le contó que había perdido su virginidad la noche anterior después de dejarla en el metro.

Elisa ahogó un grito.

—¡Qué fuerte, tía! No me lo puedo creer.

—Ya, yo tampoco, la verdad es que no hubiese imaginado nunca que fuese así.

—¿Pero te gustó?

—Supongo que sí, pero lo cierto es que me hubiese gustado que fuese un poco menos cutre.

—Sí, lo del portal suena algo siniestro.

—Nunca pensé que pudiera sentir algo así, estoy en una nube.

—Normal, ya era hora de que te estrenaras.

Las dos amigas estallaron en carcajadas y siguieron hablando hasta que llegó la hora de marcharse y cada una cogió el metro en dirección contraria.

Es lo que pasa cuando te enamoras, tu cerebro sufre una serie de cambios temporales, hay una descarga de sustancias asociadas a la presencia de otra persona: serotonina, dopamina, endorfinas, adrenalina, oxitocina. Te sientes bien, indestructible, y piensas que nada malo puede ocurrir. En realidad, es cuando somos más vulnerables, aunque no tengamos conciencia de ello, porque estas sustancias atacan a la corteza prefrontal, que es la parte del cerebro con la que tomamos buenas decisiones, y, durante el enamoramiento, esta parte de nosotros desaparece.

Las cosas con Edu seguían aparentemente igual, aunque Macarena lo notaba algo distante. Después de ver las notas del cuatrimestre, se dio cuenta de que no podía seguir faltando a clase o perdería la beca para seguir estudiando y decidió que las partidas de mus debían desaparecer; Edu le dijo que lo comprendía, pero ella sabía que, en el fondo, no le había sentado bien.

Un día, Elisa y ella bajaron a la cantina, ya que tenían un rato libre, y lo vieron jugando con una chica rubia de pareja. Macarena se dio cuenta de que la complicidad que tenía con ella había sido rápidamente sustituida por aquella chica a la que Edu dedicaba múltiples sonrisas y se sintió terriblemente culpable.

Edu contestó evasivo a sus reproches, argumentando que eran imaginaciones suyas, que estaba loca si pensaba que tenía algo con su nueva pareja de mus, y, desde ese instante, su relación comenzó a hacer aguas por todas partes, hasta que una semana después, él rompió con ella.

Por ironías de la vida, precisamente fue en clase de Embriología, cuando estudiaban a un ternero de seis semanas de gestación, cuando aparecieron las primeras náuseas.

A Macarena no le dio tiempo a decir nada, se levantó de su mesa corriendo y se fue al baño a vomitar seguida por Elisa, que estaba visiblemente preocupada por su amiga.

—Por Dios, qué horror, no lo entiendo, he desayunado lo de siempre, pero me encuentro fatal —dijo incorporándose mientras se lavaba la boca.

La mente de Elisa siempre había sido mucho más pragmática que la de su amiga, pero no quería asustarla; se debatió unos instantes para formular la pregunta que acechaba su cabeza de la mejor manera posible, pero no la encontró.

—¿Hace cuánto que no te baja la regla?

No hizo falta que Macarena contestara, su ya de por sí pálido rostro se volvió blanco como el lavabo en el que se apoyaba y todo su cuerpo se estremeció, se tiró al suelo y rompió a llorar envuelta en los brazos de Elisa, que acudieron prestos a consolarla.

—¿Qué voy a hacer? Mi vida ha terminado —logró articular después de un buen rato lamentándose.

—Hay opciones…

—No sé si estoy preparada.

—No tienes que pensarlo ahora, pero sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Muchísimas gracias, Elisa, no sé qué haría sin ti.

No tuvieron fuerzas para regresar a clase, era primavera y hacía un día estupendo, las dos decidieron que irían al Retiro y pasarían el resto de la mañana allí.

—¿Vas a decírselo a Edu?

—No creo, ha dejado claro que no le intereso para nada.

—Pero también es su problema.

—Seamos sinceras, él no va a hacer absolutamente nada para ayudarme.

—Bueno, quizás sus padres sí lo hagan.

—No lo tengo tan claro, seguramente dirá que no quiere saber nada y es su palabra contra la mía, no creo que ahora pueda enfrentarme con algo así.

—Lo entiendo.

—Tengo mucho miedo. Voy a decepcionar a toda mi familia… No quiero ni pensar en lo que dirán cuando se enteren. Ellos siempre han estado muy orgullosos de mí y ahora… la lista de la familia ha resultado ser la más idiota.

—No digas eso, le podría haber pasado a cualquiera.

—Pero me ha pasado a mí por estúpida. Joder, estudio Veterinaria, sé perfectamente cómo funcionan las cosas, no entiendo como he podido ser tan tonta.

—Lo hecho hecho está, no va a cambiar por mucho que le des vueltas, tenemos un problema y tenemos que solucionarlo. Solo tú tienes que tomar las decisiones a partir de ahora, porque de ellas dependerá tu vida y tendrás que ser tú la que pague las consecuencias, pero tienes a mucha gente que te quiere a tu lado y te apoyaremos decidas lo que decidas.

Afortunadamente, Elisa tenía razón. Al llegar a casa, se puso a llorar desconsoladamente nada más ver a su tía, esta, la abrazó y escuchó pacientemente lo que su sobrina le contaba entre hipidos con la voz entrecortada.

Piluca había rezado por no vivir lo que estaba viviendo y se preguntaba por qué el Señor no la había escuchado, en ese momento su alma se removía. Ella había pasado por lo mismo en una época mucho más difícil y era más joven cuando le ocurrió, al menos Macarena pasaba de los veinte años y ya no era tan cría como cuando le pasó a ella. Además, era lista, mucho más que ella, y contaba con su apoyo. Saldrían adelante, siempre lo había hecho, aunque tuviese que seguir luchando contra el mundo lo que le quedaba de vida y trabajando de sol a sol. Era humilde, pero tenía muy claro que no dejaría a nadie de su sangre atrás, como hicieron con ella.

Empezaban los años cincuenta cuando María del Pilar conoció a Alfonso, fue en la calle José Antonio Primo de Rivera de Jerez de la Frontera, a la que todos llamaban la calle Larga. Ella venía del cine con sus amigas y andaban paseando por el centro en busca de algún sitio de sombra donde poder sentarse.

Alfonso vivía en El Torno, un pueblo cercano creado recientemente a través de colonizadores con gran espíritu de sacrificio y trabajo; sus padres se habían trasladado allí desde Extremadura buscando prosperar gracias al cultivo de algodón. Una vez al mes, iba con su amigo Pepe a Jerez de la Frontera, para gastarse unas monedas en alguna taberna.

Todo comenzó con una mirada, a María Pilar no le quedó otra que sonrojarse al recibirla, y la historia siguió con un lento pero eficaz cortejo, un escueto intercambio de palabras, una invitación a una gaseosa, después al cine y por fin un beso cuatro meses más tarde de la primera mirada.

Se querían, solo hacía falta mirarlos para darse cuenta, de la manera en que solo se puede querer con quince años. María Pilar solo tenía pensamientos para él y contaba los días del mes para ver a su amado. El mundo se paraba cuando Alfonso ponía un pie en Jerez de la Frontera y el corazón de María Pilar lo hacía cuando lo abandonaba. Alfonso ahorraba cada peseta que ganaba para María Pilar, quería casarse con ella, en su cabeza no había otra posibilidad de futuro.

Las cosas se torcieron cuando la madre de María Pilar descubrió el abultado vientre de su hija y no hubo palabras que mediasen, tan solo una brutal paliza. Su honra estaba perdida y el daño al buen nombre de su familia era irreparable.

Cuando su padre llegó del campo, no hubo gritos ni más golpes, tan solo sus pertenencias en la calle. María Pilar no tenía donde ir, tan solo contaba con Alfonso; afortunadamente, los padres de este se mostraron piadosos y la acogieron en su casa.

Estaba aterrada y sentía que toda su vida era una catástrofe, procuraba no pensar, se esforzaba por realizar todas las tareas de la casa y, cuando terminaba, se iba a ayudar a Alfonso al campo, estar ocupada la distraía de sus problemas.

—No quiero que mi hijo se críe aquí —le dijo un día Alfonso mientras recogía los aparejos de la labranza y los metía en la alforja

de una de las mulas.

—Aquí están tus padres, ellos se han portado muy bien con nosotros.

—No hay porvenir, tendrá que dedicarse al campo y el campo es muy duro.

—Pero pone un plato de comida todos los días en la mesa.

—Yo quiero algo más para él.

—O para ella.

—O para ella, tienes razón —le sonrió—. Tengo un amigo en la capital, tiene un bar y me ha ofrecido trabajo, dice que necesita a alguien de confianza.

—¿En Madrid? Pero no conocemos a nadie allí… No sé si quiero irme.

—Ahora formaremos una familia, nuestro hogar estará donde estemos los dos. He hablado con el cura para que nos case este fin de semana, en Madrid nadie nos conoce, podrás ir por la calle sin que nadie hable a tus espaldas y sin temer cruzarte con alguien de tu familia.

—Quizás tengas razón —suspiró María Pilar derrotada, pensar en su familia hacía que un lacerante dolor traspasara su alma; tal vez, si se alejaba, la distancia lo mitigaría.

Un mes después, el matrimonio viajaba en el tren con unas pocas pertenencias. Paco, el amigo de Alfonso, les había reservado habitación en una pensión cerca del bar y los esperaba en Atocha.

Paco era un buen hombre, honesto y trabajador. Se enamoró de María Pilar nada más verla, puede que porque era el amor de su vida, como se vería más tarde, o porque era una de las pocas mujeres, aparte de su madre, con la que tenía algún tipo de conversación; el caso es que se prometió a sí mismo que cuidaría de ella pasase lo que pasase. Ayudó a los recién casados a alquilar un piso modesto y convirtió a Alfonso en su socio en el bar, nunca habló de sus sentimientos con nadie, ni siquiera cuando se emborrachaba. Vivía su amor en un discreto segundo plano, observando atento como Alfonso tenía la vida que él anhelaba.

Fueron años de mucho trabajo, pero felices. El matrimonio tuvo tres hijos. A Alfonso le iba muy bien el bar, aunque trabajaba jornadas interminables, y María Pilar se encargaba de la casa y los niños. Hizo

nuevas amigas en su barrio que la empezaron a llamar Piluca para distinguirla de otra Pilar y, como le gustaba, decidió que todo el mundo la llamase así.

Cuando nació su tercer hijo, una niña preciosa llamada Rosa, decidió que era hora de limar asperezas con su familia y llevar a sus hijos a que conocieran Jerez de la Frontera. Viajó ella sola con los tres pequeños, Alfonso no sabía lo que era cogerse vacaciones.

Llamó a su casa con miedo, nada más hacerlo tuvo la tentación de salir corriendo. Abrió la puerta su hermana pequeña, llevaba diez años sin verla, pero la reconocía perfectamente, ahora era una joven muy guapa y Piluca sonrió al verla, la chicha se abrazó a ella gritando de júbilo. Los gritos alertaron a su madre, que salió a ver qué pasaba. Cuando vio a los tres niños bien vestidos y educados (estaban completamente quietos, mirando expectantes a su madre), pensó que, después de todo, su hija había sabido arreglárselas y parecía una buena madre, por lo que no le hizo ningún reproche y la acogió como si nada hubiese sucedido.

Piluca pensó en todo el dolor innecesario que había padecido, pero se calló y jamás sacó el tema a colación. Cuando estuvo delante de su padre, el hombre se acercó a ella y la besó con lágrimas en los ojos; unos minutos después, paseaba por la calle presumiendo de nietos entre sus vecinos.

Piluca pensaba pasar fuera de casa tan solo unas semanas, pero, al final, se quedó en su casa casi todo el verano: no fue hasta finales de agosto cuando se decidió a hacer las maletas para preparar la vuelta al colegio de su hijo mayor. Los lazos con su familia eran más fuertes que nunca y se iba con un gran peso menos en su corazón.

Al llegar a Madrid, Alfonso los estaba esperando en la estación, llevaba en la mano las cartas que Piluca le había enviado durante el verano con dibujos de sus hijos. Piluca estaba feliz de que su familia estuviese unida de nuevo, aunque encontró a su marido algo desmejorado: tenía la tez pálida y había perdido peso; ella lo achacó a su ausencia, «Los hombres no saben cuidarse», pensó.

Lamentablemente, se equivocaba, pasó un mes de su regreso y ella le insistía para que fuese al médico constantemente, algo no iba bien; pero la terquedad de su marido hizo que la cita se fuese posponiendo, siempre tenía mucho trabajo. Hasta que llegó el día en que no se pudo levantar de la cama y entonces hubo que correr. Esa mañana, Alfonso estaba completamente amarillo, hinchado. Piluca, al verlo, ahogó un grito, intentó mantener la calma para no asustarlo, pero todo su cuerpo se estremeció.

La ambulancia llegó y, de inmediato, fue ingresado en la UCI. Piluca no podía estar con él, tan solo le dejaban visitarlo dos veces al día, pero costaba arrancarla de la puerta de urgencias del hospital. Las vecinas se repartieron a sus hijos y los cuidaron como si fuesen propios, pero todo salió mal y, a los dos días, murió.

Los riñones de Alfonso habían dejado de funcionar. Si se hubiese detectado a tiempo con diálisis o un trasplante de riñón, se hubiese podido solventar, pero, cuando ingresó, ya era demasiado tarde.

Piluca tardó un tiempo en asimilarlo, una nebulosa se abrió paso a su alrededor. No pensaba con claridad y se dejaba llevar por la buena voluntad de las vecinas, que se compadecían de ella, por sus amistades y, sobre todo, por Paco, que se había convertido en un habitual de su casa. Él era el que se encargaba de la compra y de organizar a los niños para ir al colegio, llegaba muy temprano a la casa y se ocupaba de todo. Había contratado a un muchacho que parecía bastante responsable para trabajar en el bar y así estar más libre.

Piluca no podía levantarse de la cama, le pesaba el alma y las fuerzas la habían abandonado; ni siquiera era capaz de mostrarse agradecida con Paco, no podía verbalizar sus sentimientos de gratitud; ni siquiera era capaz de afrontar de manera racional la muerte de su marido, así que se escondió detrás de los Valium, que el médico le había recetado para superar el trance, triplicando el consumo que le había aconsejado.

Había pasado un mes desde la muerte de Alfonso cuando Paco decidió que el duelo de Piluca había durado suficiente, no le gustaba verla así, había menguado y ahora era la sombra de la mujer de la que se había enamorado. Decidió esconderle las pastillas y no darle más opciones, se tendría que reponer le gustara o no, tenía tres criaturas que necesitaban a su madre.

Piluca no reaccionó bien, pasó de un terrible letargo a un estado de alerta extrema que le provocaba crisis de ansiedad, rogaba a Paco que le devolviera sus pastillas, en ocasiones por las buenas y otras veces gritando, hasta que, después de unas semanas, consiguió remontar. Paco le compró un vestido nuevo y le dijo que fuese a la peluquería, ese día renació y comprendió que, por mucho dolor que albergara su corazón, la vida continuaba y ella debía continuar con ella.

Fue muy fácil dejarse llevar y enamorarse de él, trataba a sus hijos como si fuesen suyos y a ella como a una reina. Tardaron dos años en formalizarlo todo y casarse, pero, mucho antes, Paco ya vivía en su casa.

Pedrito fue un milagro, había cumplido cuarenta años y no se podía imaginar que fuese capaz de engendrar. Nunca antes había visto a Paco tan feliz: nada más nacer, el niño se convirtió en su debilidad.

Ahora, más de treinta años después de quedarse embarazada con quince años, su sobrina venía con el mismo dilema, con la diferencia de que ella jamás le daría la espalda. Cuando propuso a Paco que su sobrina viviera con ellos, no puso ninguna objeción, no les sobraba dinero, pero nunca les faltó de nada; pero no sabía cómo se tomaría que Macarena estuviese embarazada, el espacio era el que era y ya de por sí vivían bastante apretados.

Macarena estaba tumbada en su cama, intentando recordar el instante en que toda su vida se había venido abajo. Toda la vida, su ambición había sido estudiar una carrera para ser una mujer independiente, eso era lo que su madre le había inculcado desde pequeña y en lo que creía firmemente; y la certeza de que todo se había desvanecido de la noche a la mañana la sumergía en un profundo malestar, el futuro se le antojaba ahora como algo completamente oscuro y despiadado.

Cuando era pequeña, siempre oía hablar de su tía María del Pilar como una perdida que había deshonrado a la familia y siempre había pensado que quedarse embarazada sin estar casada era una de las peores cosas que te podían pasar en la vida.

Por más que pensaba y le daba vueltas una y otra vez, no entendía cómo había llegado ahí, había sido una estúpida; mientras estaba con Edu, no se había dado cuenta, pero, cuando supo que estaba embarazada, había sido como si alguien le hubiese puesto un foco encima y, por primera vez, se hubiese visto. Comprenderlo todo había sido un jarro de agua fría.

Procuraba no pensar, hacerlo la llevaba a un bucle infinito de pensamientos negativos que no conducían a nada: lo que fuera a pasar pasaría, se preocupara o no; ya era demasiado tarde para volver atrás. Daba gracias por tener a su tía Piluca de su parte, ella la había convencido de que saldrían adelante y de que ella estaría a su lado en todo el proceso.

Macarena no podía evitar que su rodilla se moviese arriba y abajo rápidamente mientras esperaba en la sala de espera del ginecólogo; su tía le cogió la mano para intentar tranquilizarla, lo que fue un alivio para ella, al menos no estaba sola. Una enfermera las llamó y entraron en la consulta del ginecólogo.

La enfermera le indicó a Piluca donde debía sentarse y condujo a Macarena al minúsculo vestidor donde debía despojarse de toda su ropa y ponerse una exigua bata con toda la espalda abierta. Cuando estuvo lista, le dijo que se tumbara en la camilla, el doctor Montero apareció entonces y, tras un breve saludo, comenzó a explorar a Macarena y se concentró en su trabajo sin mediar palabra. Cuando terminó de reconocerla, le pidió que se vistiera y que se sentara junto a su tía en el escritorio mientras él ocupaba su asiento frente a ellas.

—Veamos, Macarena, ¿cuántos años tienes?

—Acabo de cumplir diecinueve.

—Eres muy joven para ser madre, pero veo que cuentas con el

apoyo de tu madre —dijo el ginecólogo mirando a Piluca.

—Oh, no es mi madre, es mi tía, vivo con ella mientras termino la carrera.

Hubo unos segundos en los que el médico pareció reflexionar.

—Bien, ¿qué estás estudiando?

—Veterinaria.

—¿Estás casada?

—No.

—Espero que entiendas que te será muy complicado terminar tus estudios si tienes que ocuparte de un bebé.

El corazón de Macarena comenzó a latir con fuerza y sintió como su tía se enervaba a su lado.

—No se preocupe, lo sacaremos adelante —se adelantó Piluca.

—No se lo tome a mal, solo pretendo ayudar. De hecho, querría proponerles algo. Por las tardes, trabajo en el sanatorio Santa Elena. Si quieren, podría llevarle allí el embarazo, he visto algunas cosas en su análisis de sangre que requieren un seguimiento más minucioso de la gestación por mi parte.

—Lo siento, pero eso resultaría muy caro y no podemos permitírnoslo —replicó Piluca. El médico se estaba refiriendo a un centro privado y no estaban para ese tipo de gastos.

—Por eso no tiene que preocuparse, yo me ocuparé de que no tengan ningún gasto y el proceso les resultará mucho más cómodo, les haré el seguimiento del embarazo allí y, el día que venga la criatura, también podrá dar a luz más cómodamente, es algo que suele hacerse ocasionalmente. Todos queremos lo mejor para Macarena y su bebé. Si quieren, yo me encargo del traslado de expediente y ya las llamarán del sanatorio para que concierten una revisión conmigo.

—Bueno, si es así, yo no tengo nada en contra…, ¿y tú, Macarena?

—No, claro que no.

—Entonces todo arreglado —suspiró el doctor Montero con la primera sonrisa en el rostro que le habían visto.

Cuando Macarena y Piluca salieron de la consulta, el doctor Montero descolgó el teléfono y marcó un número que sabía de

memoria.

—Con sor Margarita, por favor.

Después de unos segundos, su interlocutora se puso al aparato.

—Buenos días, sor Margarita.

—Buenos días, doctor Montero.

—Tengo una candidata, la pobre se ha quedado embarazada en medio de sus estudios, el niño es fruto del pecado.

—Pobre criatura.

—Bueno, tiene suerte, nos ocuparemos de todo, esta tarde le llevo los datos para que usted se encargue.

—Descuide, así lo haré.

—Por cierto, acabo de ingresar a la señora Castell para dar a luz, está dilatando bien. Conforme va todo, esta tarde dará a luz.

—Está bien, prepare todo, salgo para allá. La libraremos de cargar con su séptimo hijo, pobre mujer, llamaré a los Cavestany para que sepan que su bebé viene en camino, para doña Purificación será un alivio prescindir ya del cojín, se ve que le provoca sarpullido.

—Como usted diga, aquí espero.

Sor Margarita colgó el auricular con el pecho rebosante de orgullo, su lealtad era incondicional. Para ella, el doctor era la personificación del bien y la bondad. Gracias a él, aquellas criaturas que se enfrentaban a un futuro incierto y trágico tendrían numerosas oportunidades en la vida y se criarían con familias de bien que, a todas luces, los colmarían de amor y atenciones.

Margarita se consideraba a sí misma como una guerrera de Jesucristo que impartía justicia, se le encogía el alma cuando las mujeres de la alta sociedad acudían a ella desesperadas por no haber podido concebir en años, y ella, junto al doctor Montero, les devolvía la fe en la vida y las colmaba de alegría. Era muy bonito y reconfortante.

Aunque jamás lo admitiría, ni ante sí misma, sor Margarita estaba enamorada del médico desde el mismo día en que entró como su ayudante en la clínica Santa Elena y lo más preciado que tenía en esta vida era la complicidad que ambos habían construido con el paso de los años, muchas veces no les hacía falta hablar para saber lo que pensaba el otro o lo que necesitaba. Él estaba casado y tenía familia,

pero poco le importaba, pasaba mucho más tiempo con ella al día y bastaba con verlo junto a su mujer para darse cuenta de que la apreciaba mucho más a ella.



Despertó con la boca seca, tenía un regusto amargo en su interior que jamás podría quitarse de encima; miró a su tía, que agarró su mano con fuerza cuando vio que despertaba.

—No han podido hacer nada por ella —anunció conmovida, intentando no sucumbir al llanto.

Macarena se dio cuenta de lo vacía que se sentía y no lograba asimilar lo que Piluca intentaba trasmitirle.

—No, no puede ser.

—Yo dije lo mismo, estaba fuera y la oí llorar como un león, pero algo pasó, me han dicho que es bastante habitual… Muerte súbita del lactante lo llaman… Nuestra pequeña…

—Quiero verla.

—Solo hay una cajita blanca en el sótano, dicen que no se puede abrir, hace un rato me han acompañado a verla, pero solo he visto esa caja… Ay, Macarena, lo siento tanto —estalló al fin la pobre mujer, que ya quería a esa niña como una más de la familia.

Al día siguiente, por la tarde, las dos abandonaron el sanatorio Santa Elena en metro, su tío Paco tenía que quedarse en el bar y no podía llevarlas a casa. Macarena pasó los dos días siguientes dormitando en su litera, ni siquiera las visitas de Pedrito la animaban, hasta que Elisa fue un día a visitarla.

Las amigas se fundieron en un largo abrazo y, milagrosamente, se sintió reconfortada.

—Te vas a poner bien y todo volverá a ser como antes.

—No tengo ganas de nada.

—Lo sé, pero tienes que reponerte y continuar, nadie lo va a hacer por ti, así que tendrás que ser fuerte, yo estoy a tu lado. Te dejaré mis apuntes y recuperarás las asignaturas a las que no te has presentado, estoy segura de que pronto me alcanzarás y podremos licenciarnos juntas.

—Elisa, muchas gracias… Te debo tanto, has sido una gran amiga.

—No te preocupes por eso, ahora tan solo céntrate en continuar con tu vida.

—Es que no puedo creer que esté muerta.

—Lo sé, pero eres muy joven, podrás rehacer tu vida y tendrás más hijos…

—¡No! No podría volver a pasar por esto —la interrumpió estallando en llanto.

Elisa la abrazó de nuevo y la acunó en sus brazos hasta que se hizo de noche y tuvo que marcharse a casa.



Macarena guardó su dolor evitando pensar en su hija y pasó el siguiente año yendo de su casa a la biblioteca y de la biblioteca al trabajo. La culpa había brotado en su alma y había invadido todos sus pensamientos. Cuando estaba a punto de desfallecer por el cansancio, se obligaba a sentarse y seguir estudiando, era su castigo autoimpuesto, la única manera de conseguir una tregua de sí misma.

No se permitió ni un día de descanso, ni siquiera cuando, en verano, regresaba a Jerez de la Frontera con su familia. Al levantarse todas las mañanas y antes de que el sueño la venciera, sus pensamientos eran para su bebé, que había muerto por sus pecados.

Se licenció en Veterinaria con una media de sobresaliente y le ofrecieron quedarse en la facultad como profesora interina, su dedicación exclusiva al trabajo le permitió doctorarse y conseguir una plaza como profesora adjunta y, posteriormente, como titular. Se compró un apartamento pequeño en el distrito de Moncloa para no estar muy lejos de la universidad y consagró su vida a su trabajo, pocas licencias para disfrutar se concedía fuera de su ámbito laboral.

Diez años después de licenciarse junto con Elisa, se puso su mejor vestido para asistir al bautizo de su ahijada Guadalupe, la hija de su mejor e inseparable amiga; se lo había comprado para asistir a un congreso de parasitología en Barcelona y sabía que no tendría muchas ocasiones para lucirlo de nuevo, su vida social era prácticamente inexistente: los eventos familiares y poco más.

Nunca había perdido el trato con Elisa, ella se había casado con un muchacho que trabajaba en banca y ambos se habían mudado a las afueras para formar una familia. A los dos les entusiasmaban los niños y el tercero tenía unos pocos meses de vida. Elisa había montado una

clínica veterinaria y le iba bastante bien, las familias que empezaban a invadir el nuevo barrio solían tener mascotas y acudían a ella.

Hacía un calor sofocante, Macarena tuvo que hacer grandes esfuerzos para sostener a su ahijada dentro de la iglesia, ya que no paraba de berrear incomoda y quería zafarse de sus brazos. Cuando la ceremonia terminó, todos se dieron prisa para refugiarse en el restaurante y disfrutar al fin del aire acondicionado.

Macarena estaba sentada al lado de una prima de Elisa con la que había coincidido alguna vez y que no le caía especialmente bien, era una de esas mujeres que no paran de hablar de sí mismas y eso la agotaba; por suerte, a su lado también se sentaba una mujer mayor que tenía una conversación mucho más interesante, ambas descubrieron que les encantaba leer y estuvieron casi toda la comida hablando sobre las últimas novelas de las que habían disfrutado. Comprobaron que les entusiasmaba la novela negra o cualquier historia interesante que estuviese bien contada, se hicieron recomendaciones mutuamente durante más de una hora.

—A mí también me gusta Isabel Allende, *La casa de los espíritus* es una de mis novelas favoritas. La semana pasada, mi librera me recomendó *Donde el corazón te lleve*, de Susanna Tamaro, que acaba de salir, y estoy totalmente enganchada.

—Pues no dejaré de leerlo, parece que tenemos gustos literarios afines —le contestó Macarena a Nieves, su interlocutora, que mostraba su mismo entusiasmo por la lectura—. Yo ahora estoy leyendo *El nombre de la rosa*, no puedo creerme que no lo haya leído antes.

—Una maravilla, lo leí hace tiempo, pero es uno de esos libros que hay que leer varias veces en la vida. A mí me pasa con *Cumbres borrascosas*: cada vez que lo leo, encuentro algo nuevo, es increíble.

—¡Oh! Yo adoro a las hermanas Brönte —exclamó con un entusiasmo poco habitual en ella, los efectos del vino estaban haciendo efecto en las mujeres—, *Jane Eyre* es una de mis novelas favoritas.

—¡Y de las mías! ¡Brindemos por eso! —propuso Nieves chocando su copa con la de Macarena—. Con tanto hablar de libros, no te he preguntado por tu trabajo.

—No es nada interesante, soy profesora en la facultad de Veterinaria.

—Vaya, pues a mí me encantan los animales, tengo un carlino que muchas veces tiene dificultades para respirar.

—Es muy habitual en esa raza la disnea, son perros con la nariz acortada y la tráquea estrecha, debes vigilar que no sufra golpes de calor y las infecciones respiratorias.

—Eso haré, si le pasa algo a mi Lulú, me da algo.

—¿Y tú a qué te dedicas?

—Soy enfermera, ahora estoy en La Paz, pero he pasado por la mayoría de los hospitales de Madrid: he trabajado en el 12 de Octubre, en el Gregorio Marañón, en el Clínico San Carlos, en el sanatorio Santa Elena, aunque me falta apenas una semana para jubilarme…

Algo en la cara de Macarena tuvo que cambiar cuando mencionó el sanatorio Santa Elena que no pasó desapercibido para Nieves.

—¿Conoces el sanatorio Santa Elena?

—Una amiga dio a luz allí —respondió Macarena con lo primero que le vino a la cabeza, los recuerdos golpearon su cabeza como si le acabasen de dar una bofetada, tenía que esforzarse por recomponerse.

—¿Y fue todo bien? —inquirió Nieves—. Ya te digo yo que aquel sitio no es trigo limpio, allí pasan cosas…

—¡Nieves, por Dios, no empieces! —la interrumpió su marido, que había permanecido callado toda la comida escuchando el parloteo de las dos mujeres.

—¡Ay, Juan, déjame tranquila, sabes que es verdad! Yo me fui de allí porque no quería entrar en chanchullos, pero era evidente lo que pasaba.

—Ya estamos, estarías mejor calladita, yo creo que ya has bebido suficiente.

—Si no te importa, eso lo decidiré yo —argumentó la mujer apurando su copa.

—Si quieres hacer el ridículo…, tú misma.

Macarena no daba crédito a lo que estaba oyendo, pero ahora era demasiado tarde para no sentir una terrible curiosidad.

—¿A qué te refieres con «chanchullos»?

—Verás —le susurró Nieves para que su marido no la oyera—, allí se vendían bebés.

Macarena tuvo que tapar su boca con las manos para poder

ahogar un grito.

—¿Estás segura? —preguntó entre sorprendida y aterrada, aquella revelación abría en su corazón una herida que nunca había sanado.

—Completamente, lo hacían con poco disimulo, menuda mafia tenían allí montada el doctor Montero y su compinche, sor Margarita. Sí, era el diablo en persona. La recuerdo muy bien, era una tirana, no sé si seguirán haciéndolo o no, pero sí sé que las enfermeras huíamos de allí en cuanto se nos presentaba la ocasión. Macarena, ¿estás bien? Hija, estás completamente pálida.

—No, creo que voy a ir al cuarto de baño un momento.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, no será necesario —logró articular a duras penas.

Mientras recorría la distancia que la separaba del baño, su cabeza iba a toda velocidad. Su corazón no albergaba ninguna duda, todas las piezas encajaban perfectamente: ella era una pobre desgraciada embarazada y aquel hombre se había ofrecido a llevar su embarazo desinteresadamente… ¡Dios santo! Su hija debía de tener diez años, a punto de cumplir once… Tenía que pensar, tenía que respirar, ya que notaba como le faltaba el aire. Salió a la calle y anduvo unos metros por la acera.

—¡Macarena! —le gritó Elisa desde la puerta del restaurante—. ¿Te encuentras bien?

Cuando ambas mujeres estuvieron a la misma altura, Macarena se echó a los brazos de Elisa y comenzó a llorar.

—Lo siento, lo siento muchísimo, este no es el día.

—Tranquila, no te preocupes, cuéntame. Mira, vamos a sentarnos en aquel banco de allí.

Macarena le contó la conversación con Nieves.

—Está bien, hay que averiguar la verdad, Nieves es amiga de mi madre de toda la vida y puedes confiar en ella, está a punto de jubilarse y ya está de vuelta de todo, estoy convencida de que nos ayudará.

—Pero no quiero fastidiarte el bautizo.

—No seas tonta, eso no importa, ya he pasado por otros dos, no es nada nuevo —bromeó intentando relajar a su amiga.

—Elisa, muchas gracias, no sé qué haría sin ti.

Una vez en el restaurante, Elisa explicó a Nieves la historia de su amiga; esta se ofreció a investigar después de superar la sorpresa inicial: seguramente, conocería a alguien en el sanatorio que les pudiese echar una mano.

Al llegar a casa, a Macarena la recibió como siempre su perra. Se quitó los tacones y el vestido y se puso ropa cómoda para sacarla a pasear; lo hizo todo automáticamente, ya que su mente estaba abotargada con un millar de pensamientos que pugnaban por su atención.

—¡Ay, Kora, me ha pasado algo terrible… o maravilloso, aún no lo sé! —le susurró a la perra mientras bajaban en el ascensor.

Estuvo cerca de una hora vagando por su barrio sin rumbo fijo, dejando que Kora la guiara mientras ella lloraba en silencio. Hacía mucho tiempo que su corazón no albergaba ningún tipo de sentimiento, no se lo permitía, hacía muchos años que se lo había prohibido a modo de castigo y ya lo hacía por una especie de desoladora inercia.

Al día siguiente, se reunió por la tarde con Nieves y Elisa en una cafetería del centro, las tres escogieron una mesa apartada para poder hablar tranquilamente.

—He estado investigando y tengo una conocida dentro del sanatorio, es la hija de una compañera con la que estuve trabajando unos años y tenemos muy buena relación. Básicamente, el problema es que todo lo anterior a 1990 no está digitalizado y hay que mirarlo en los libros almacenados en el archivo. Tú diste a luz el 29 de octubre de 1987, así que tendremos que buscar en esas fechas, lo que no sé es cómo podremos tener acceso a esos archivos.

—Podemos ir y exponer el caso —aventuró Elisa sin pensar.

—¿Y qué decimos, que tuvo una niña en el sanatorio y le dijeron que había muerto, pero sospechamos que no es así? Para poder acercarnos hasta esos archivos de manera legal, tendríamos que poner una denuncia, y a saber cuánto tardaría y si nos harían caso —resolvió Nieves.

—¿Y de manera no tan legal? —preguntó inquieta Macarena, a la que le dolía revolver el asunto.

—Bueno, yo sé dónde están los archivos, aunque están cerrados con llave, claro, pero es una puerta normal. Seguro que hay mucha gente que es capaz de abrir ese tipo de cerraduras…

Macarena y Elisa se miraron de soslayo sorprendidas por lo que acababa de decir Nieves y la miraron con terror.

—No me miréis así, no he podido dormir ni he parado un segundo de darle vueltas a la cabeza desde que te conocí, Macarena —se

lamentó la mujer, cogiéndole la mano—. No puedo asegurártelo completamente, pero estoy casi segura de que tu hija sigue viva y vive con alguna familia rica. Vi varias historias como la tuya: joven, sin muchos recursos y soltera… Hay gente que se cree capaz de juzgar a las personas por sus circunstancias, se piensan que tienen una especie de superioridad moral. Cuando estuve trabajando en ese sanatorio, vi muchas irregularidades; si decía algo al respecto, normalmente me caía una reprimenda; y pronto me di cuenta de que todo el mundo miraba para otro lado… Debí haber hecho algo, ahora lo sé, pero no era la mujer que soy ahora. No sé si por miedo a las represarías, pero me callé, supongo que así ha sido durante años y ese silencio los hace impunes, creo que ha llegado el momento de enmendar mi error. Tal vez, si lo hubiese denunciado en su momento, tu hija estaría a tu lado…

—Tú no tienes la culpa —le contestó Macarena con los ojos anegados en lágrimas—, pero tampoco sería justo que hagas algo ilegal para ayudarme.

—Bueno, eso déjamelo a mí —sonrió la mujer.

Nieves iba de un lado a otro de su casa retorciéndose las manos. Jamás en su vida había cometido un delito, no sabía las consecuencias que tendría, pero se sentía más viva que nunca.

Su vida giraba en torno a una confortable rutina que había construido junto a su marido y sus hijos, que ya no vivían con ellos, y lo cierto es que se aburría muchísimo; no se había dado cuenta de lo soporífera que era su existencia hasta ese instante, en el que todos sus recursos mentales estaban al servicio de esbozar un plan magistral.

Ella trabajaba como voluntaria en el comedor de la parroquia, ayudando a preparar comidas los fines de semana para los más desfavorecidos. Conocía a los parroquianos habituales y varios rostros acudían a su mente para el tema de forzar una cerradura. No podía abordarlos en la parroquia: si alguien se enteraba de sus pretensiones, sería un escándalo; pero sabía que muchos solían pulular por un parque cercano después de las comidas.

El sábado siguiente, acudió al comedor como de costumbre, pero fue incapaz de concentrarse en su trabajo. Se le caían la mayoría de los utensilios que utilizaba y estaba distraída, muchos de sus compañeros le preguntaron si se encontraba bien, así que se esforzó por concentrarse y entonces apareció: delante de ella estaba Pepe el del Súper, lo llamaban así porque siempre estaba en la puerta del supermercado de la plaza pidiendo, todos conocían su historia y a ella, particularmente, le brotaba una gran ternura del corazón cada vez que se lo encontraba.

—Buenos días, Pepe, ¿cómo va?

—Pues tirando, doña Nieves, la vida es que es muy puta.

—Tiene toda la razón, pero hay que seguir luchando con ella sin desanimarse.

—Ahora unos yonquis me quieren quitar mi sitio en la puerta del súper, el otro día me querían pegar una paliza. Hágame caso, doña Nieves, el mundo está fatal, los jóvenes ahora se meten muchísima mierda, no habrá futuro.

A Nieves se le encogió el corazón, la vida de la gente que acudía al comedor social no era nada fácil, vivían en un mundo complicado, ella nunca había tenido que preocuparse por cubrir sus necesidades básicas como ellos y muchas veces se preguntaba a sí misma si sería capaz de hacerlo.

Pepe era un hombre hosco pero educado. Hacía una década era uno de los mejores abogados de todo Madrid, un triunfador, era sagaz y siempre conseguía poner a la fiscalía contra las cuerdas, era muy observador y le bastaban unas palabras con sus adversarios para hacerse una idea de sus puntos flacos. Pero su vida dio un vuelco una noche en que acompañó a un amigo a una timba de póker, ese fue su punto de inflexión, su caída a los infiernos.

Al principio, Pepe jugaba para relajarse y olvidarse de los quebraderos de cabeza que le suponían los numerosos casos que llevaba. Apostaba lo justo para que fuese un vicio bien visto y solo jugaba los viernes por la noche. Le gustaba la sensación que le producía la adrenalina corriendo por sus venas. En verano, la cosa cambió, su mujer se llevó a los niños a la playa y él se quedó solo en Madrid trabajando; pensaba que él también se merecía un descanso, así que acudía todas las noches a un chalé de la sierra donde se organizaban partidas ilegales; entonces empezó a perder mucho dinero. Pasaba la mayor parte de la noche jugando, así que, para s vivo por las mañanas para ir a trabajar, comenzó a consumir cocaína, que, por aquel entonces, era la droga de la gente triunfadora, pero eso le llevó a perder más casos de los que ganaba. Bastó un año para que se quedara sin casa, sin familia y sin trabajo, lo único que ganó fueron sus adicciones: al juego, al alcohol para huir de su vida y a la farlopa. Sobrevivía en la calle robando y gracias a la caridad; en invierno se refugiaba en albergues y en verano solía merodear por los parques.

—Pepe, me gustaría hablar con usted en privado, tengo un asunto importante que quisiera consultarle.

El hombre puso cara de sorpresa, pero sus ojos se iluminaron al instante.

—A la salida la espero en el parque, en la zona infantil, a estas horas no hay nadie por allí.

—Muchas gracias, allí estaré.

Nieves procuró no pensar en sí misma yendo al parque para encontrarse con un mendigo, se concentró en que su objetivo era superior para no sentirse ridícula: tenía que ayudar a Macarena a saber lo que le había pasado realmente a su hija.

Pepe la esperaba pacientemente en un banco. Al verla acercarse, se levantó cortésmente y la invitó a sentarse a su lado con un gesto.

—Usted dirá, doña Nieves.

—Verá, Pepe, es un asunto bastante delicado. De hecho, me da

bastante vergüenza pedirle ayuda, ya que implica hacer algo… digamos no muy legal, pero es que me encuentro en uno de esos dilemas morales de difícil solución y no sé qué hacer.

—No se preocupe —le contestó Pepe para intentar reconfortarla —, puede contar conmigo para lo que necesite. —Admiraba a esa mujer que siempre tenía una sonrisa en el rostro.

Nieves relató toda la historia que le había contado Macarena y su experiencia trabajando en el sanatorio Santa Elena, Pepe escuchó pacientemente asintiendo constantemente a las explicaciones de la mujer.

—Entiendo, no creo que sea muy difícil que nos colemos en los archivos del sanatorio.

Nieves enrojeció como toda respuesta. Pepe le estaba poniendo las cosas muy fáciles, ella ni siquiera le había contado su plan y el hombre se había implicado totalmente con la historia.

—Fingiremos que somos un matrimonio que tiene cita con algún especialista. Si alguien nos descubre, podemos fingir que somos unos viejos chochos que se han despistado —continuó el hombre.

—No sabe cuánto se lo agradezco. Si quiere, puede venir a mi casa el martes por la mañana y lo preparamos todo.

—Para mí será un placer, aunque debería hacer algo para cambiar mi aspecto, no quiero avergonzarla delante de sus vecinos.

—¡Oh, no se preocupe por eso! En casa tengo algunos trajes de mi marido que estoy segura de que le quedarán bien.

Los martes por la mañana, el marido de Nieves salía muy temprano y no regresaba hasta el anochecer, pertenecía a un grupo de senderismo compuesto por jubilados a los que les encantaba perderse por la sierra en cuanto tenían ocasión. En la pragmática cabeza de Nieves, todo estaba encajando a la perfección.

Cuando Pepe llegó el martes siguiente, Nieves tenía todo preparado en su casa, le había preparado un baño con sales y había dejado ropa y todo lo necesario para que se afeitara. A Pepe lo conmovió el gesto, llevaba muchos años sin que nadie se preocupara por él.

Salió del cuarto de baño como una persona nueva, más bien como el Pepe que había sido en el pasado, en una vida que se le había escapado de las manos y que apenas recordaba, pero, al mirarse al espejo, se reconoció; fue un instante pequeño pero vital, en el que tomó una decisión: ya no tenía nada que perder y lo tenía todo en contra, pero acababa de encontrar su propósito, encontrarse de nuevo.

Nieves se quedó muda cuando lo vio enfilar el pasillo hacia ella, era como ver a otra persona, incluso creyó percibir como había cambiado su forma de andar y moverse. Desde luego, su aspecto había mejorado ostensiblemente: la ropa de su marido le quedaba perfecta, ya que era más alto pero más delgado que él, y, por primera vez, podía ver los armoniosos rasgos que componían su rostro, ahora carente de la descuidada barba que lo había acompañado hasta ese momento.

—Vaya, Pepe, parece usted un dandi.

—No se burle de mí, doña Nieves.

—De verdad que no, si mis amigas le vieran, más de una le tiraría los tejos.

Pepe esbozó una tímida sonrisa por respuesta, pero Nieves comprobó cómo al hombre le brillaban los ojos de orgullo.

—Está bien, no perdamos el tiempo, he traído unas ganzúas que nos ayudarán en nuestra misión. ¿Está preparada?

—No creo que vaya a estar nunca preparada para esto, pero vamos.

La pareja salió de casa de Nieves y se dirigió al metro, que los llevó a unas manzanas del sanatorio.

—Cójame del brazo —le pidió Pepe, que notaba como la mujer temblaba a su lado, cuando faltaban unos metros para llegar.

Nieves agradeció el ofrecimiento, aliviada de tener a su lado a aquel hombre que le inspiraba total confianza. La pareja entró en el sanatorio pasando totalmente desapercibida entre la gente que se dirigía a las consultas o iba a visitar a pacientes ingresados en las

plantas superiores.

—No se preocupe, esto será pan comido —le susurró el hombre a una Nieves que estaba pálida como un folio en blanco, apretándole cariñosamente el brazo para intentar calmarla.

El falso matrimonio avanzó por el pasillo sin llamar la atención de nadie y bajó las escaleras que los llevaban al sótano; allí no había nadie y Nieves encontró pronto la puerta del archivo.

En menos de dos minutos, Pepe había abierto la cerradura con una habilidad pasmosa que hizo que Nieves sonriera por vez primera desde que salieran de su casa.

Una vez dentro, Nieves recorrió las estanterías en busca del año que necesitaban: 1987. Había estanterías por todas partes y carpetas y folios apilados de cualquier manera. Pasó con los dedos de la mano por numerosos años y por fin encontró el archivador que buscaban, el de la maternidad, pero, al ir al 29 de octubre, no vieron ninguna anotación sobre el parto de Macarena.

—No es posible —se quejó Nieves—, debería estar aquí.

—Puede que tengamos que buscar en otro lugar.

—Eso nos pondría las cosas más difíciles, esto es un desastre —se quejó mirando el caos reinante a su alrededor.

—No se preocupe, no creo que nadie baje por aquí. Lo importante es tranquilizarse e intentar pensar con calma. En mi trabajo, aprendí que muchas veces los datos ocultos son los más importantes, la gente que quiere tapar algo intenta dejar el menor rastro posible. Sabemos que Macarena dio a luz en este hospital, ahora debemos encontrar algo que lo corrobore y que nos ayude a saber qué paso con su bebé, y estoy seguro de que la respuesta está aquí. ¿Cómo me dijo que se llamaba el ginecólogo que la atendió?

—Doctor José Manuel Montero.

—Veamos, sabemos que el doctor Montero hacía «chanchullos» —entrecomilló con las manos—, por lo que entiendo que no le gustaba que sus asuntos quedaran reflejados en los archivos oficiales, pero estoy seguro de que le gusta tenerlo todo controlado… —En ese momento, Pepe se concentró y Nieves observó cómo se transformaba y comenzaba a elucubrar para sí mismo—. Tiene que haber algún registro de ginecología o algún libro en el que registrara sus casos. Debemos encontrar los días que no se ven… Los días… Una agenda. Nieves, busquemos agendas —ordenó como si acabara de despertar de

un trance.

Les costó varias horas, pero, apartadas en unas cajas de un rincón, aparecieron varias cajas apiladas que contenían anticuadas agendas de varios facultativos, entre ellas, por suerte, unas decenas del doctor Montero, escritas con una letra impecable.

Nieves casi se cae cuando fuera oyeron unos ruidos, se le iba a salir el corazón del pecho.

—Cojamos 1987 y larguémonos de aquí —suplicó.

Pepe cogió la agenda y la agarró del brazo para intentar que no se tropezara, ambos salieron casi corriendo del sótano. Una vez en la calle, Nieves comenzó a reír descontroladamente, una risa nerviosa que no podía controlar.

—Creo que lo mejor es que se tome una tila, ¿le parece?

—Sí, por favor, creo que no he estado más nerviosa en toda mi vida —suspiró temblando.

Pepe vio una cafetería y condujo hasta allí a Nieves, la sentó y pidió una tila y una manzanilla. Una vez sentados, intentó reconfortarla.

—Es normal que esté alterada, pero lo ha hecho muy bien.

—Es la primera vez que hago esto en toda mi vida y dudo mucho que lo fuese a volver a hacer, menos mal que ha salido bien, espero que encontremos algo ahí —dijo señalando la agenda y comenzando a beberse su infusión.

—Lo averiguaremos muy pronto.

Pepe cogió diligente la agenda y comenzó a buscar en las fechas en las que Macarena había dado a luz. Efectivamente, ese día constaba que el doctor Montero había asistido al parto de Macarena y a otros cuatro más.

En la agenda, al lado del nombre de Macarena, había dos nombres de pila: Lola y Federico. Cuando Nieves los vio, abrió los ojos como platos:

—Lola era una compañera mía enfermera y Federico creo que era el anestesista que cubría algunos partos. Tengo que hacer memoria, pero el apellido de Lola era Cuesta, tenemos que buscar a María Dolores Cuesta. Era un poco mayor que yo, así que debe de estar jubilada, podemos ir al Colegio Oficial de Enfermería y, con un poco

de suerte, allí nos darán su dirección.

Pepe se quedó por un momento embobado viendo como brillaban los ojos de Nieves de pura emoción, era la primera vez en mucho tiempo que se sentía como un ser humano.

—Hoy ya es un poco tarde para seguir con las averiguaciones, pero ¿qué le parece si la recojo mañana por la mañana y seguimos con nuestras pesquisas?

Nieves sintió una punzada de remordimiento, no sabía muy bien cómo le explicaría a su marido sus andanzas con Pepe, lo más fácil era decir que se iba de compras con sus amigas y luego comerían algo por el centro… Después de todo, la ignorancia es la felicidad y ella no estaba haciendo nada malo.

—Si lo ve usted bien, lo mejor es que quedemos directamente en el metro, no quiero que mis vecinos piensen que tengo una aventura —bromeó.

—Descuide, no hay mayor problema.

Las palabras de Nieves pillaron a Pepe por sorpresa, ni en un millón de años hubiese pensado en aquella posibilidad. Él era un despojo de una sociedad cruel que no le había dado la más mínima oportunidad de redimir sus pecados, que había llegado a los infiernos hacía ya tanto tiempo que no recordaba dónde estaba la salida; y ella era toda una señora, de esas mujeres a las que se les ven la bondad a través de los ojos. Tan solo respirar el mismo aire que ella era ya todo un regalo que lo hacía mejor.

No era justo que ella durmiese en su cama caliente y arropada, con un techo sobre su cabeza, y que el pobre Pepe tuviese que ir a un albergue a pasar la noche, si no decidía acurrucarse en unos cartones en cualquier esquina… Esos pensamientos no dejaron a Nieves pegar ojo en toda la noche. Justo cuando parecía que el sueño la alcanzaba, tenía que ponerse en marcha.

Se dirigió a la cocina, donde su marido escuchaba las noticias de la radio mientras se bebía su primer café del día. Una voz anónima anunciaba la victoria de Bill Clinton como presidente de EE. UU. por segunda vez, la reforma del Código Penal para perseguir los delitos de apología del terrorismo del gobierno de Aznar y la derrota sufrida por el Atlético contra el Real Madrid gracias a Raúl; esto último pondría de buen humor a su marido, por lo que Nieves se aventuró a decir:

—Hoy no me esperes para comer, he quedado con unas amigas en el centro.

—Vale —musitó el hombre como toda respuesta y volvió a centrarse en su café y en sus pensamientos sobre la tabla de primera división, ese año tenía muchas esperanzas de que el Real Madrid le volviese a ganar la liga al Barça y estaba haciendo sus cuentas.

Nieves suspiró aliviada, aunque le dolía la indiferencia de su marido, se habían convertido en dos extraños compartiendo piso. Cada uno tenía sus intereses, que nunca compartían con su cónyuge, y se habían perdido en una rutinaria vida; solo sus hijos eran un tema que interesaba a ambos por igual, pero estos hacían su vida y no los veían muy a menudo, en Navidades y poco más.

Eligió un vestido verde botella que sabía que le sentaba bien, aunque, cuando fue a ponérselo, comprobó que no le cerraba bien; aquello la hundió totalmente, su cuerpo ganaba kilos incontrolablemente y no sabía cómo pararlo, intentaba controlarse en las comidas, pero le costaba horrores, le gustaba cocinar y comer como a su madre… La figura oronda de su progenitora le vino a la mente, la mujer había muerto hacía algunos años por un infarto; ella no quería sufrir la misma suerte, así que se reprendió a sí misma por haber vuelto a engordar, aunque de sobra sabía que no serviría de nada, tan solo acrecentaría su sentimiento de culpa. Frustrada, se decidió por unos pantalones negros anchos y una blusa blanca… No había más remedio.

Al acercarse a la parada de metro, se tomó unos segundos para observar a Pepe con la ventaja que le daba la distancia: le parecía que, con la ropa de su marido, incluso había crecido, tal vez fuese que él andaba ahora más estirado, como orgulloso, y ya no lo hacía encorvado como antes. Se sorprendió a sí misma pensando que estaba incluso guapo; ese pensamiento la avergonzaba y le gustaba al mismo tiempo, pero lo desechó enseguida, tenía que concentrarse en otro asunto que requería toda su atención.

—Buenos días, Pepe.

—Buenos días tenga usted, doña Nieves. Si me lo permite, le diré que está usted radiante esta mañana.

Pepe se arrepintió de su osadía en el mismo momento de pronunciar sus palabras, pero no puedo evitarlo, el corazón le había dado un vuelco al ver a Nieves y esta se había sonrojado de pura vergüenza al oírlo. Ambos se quedaron en silencio hasta llegar al punto donde tenían que coger una línea u otra.

Nieves conocía el Colegio Oficial de Enfermería, en la plaza Mariano de Cavia; había asistido allí a algunos cursos y alguna vez había necesitado que le sellasen algunos documentos. Nada más entrar, se dirigió a una de las tres mesas de las administrativas con decisión, la única mesa que, en ese momento, no atendía a otros usuarios, pero Pepe la cogió del brazo y le susurró:

—No se precipite, doña Nieves, es importante estudiar con quién nos jugamos los cuartos.

Nieves lo miró con extrañeza y Pepe la apartó a un rincón del vestíbulo para poder explicarse discretamente.

—Mire, es importante que salgamos de aquí con la información que necesitamos: saber el paradero de María Dolores Cuesta. Si damos con una vaga —explicó señalando a las tres administrativas que hacían su trabajo ajenas a todo—, no moverá un dedo por ayudarnos; en cambio, si damos con una trabajadora diligente, esta no nos dará la información, ya que son unos datos que a nosotros no nos competen. Tenemos que encontrar a alguien a quien podamos manipular sutilmente a nuestro favor, por lo que lo mejor es que nos quedemos aquí un rato observando, haga como que me cuenta algo sumamente interesante y yo me dedicaré a observarlas.

—Entiendo —se limitó a contestar Nieves, asintiendo mientras comenzaba a contarle a Pepe cómo se hacía el mejor cocido del

mundo, receta de su madre.

Después de unos minutos observando, Pepe la condujo suavemente al mostrador de la derecha. Allí, los recibió una mujer de unos cincuenta años con los labios pintados de rojo a juego con un pañuelo atado al cuello.

—Díganme, ¿en qué puedo ayudarles?

—Buenos días, verá, necesitamos saber el domicilio de una enfermera ya jubilada. Ya que ustedes mandan revistas y cosas así a sus afiliados, seguro que disponen de dicha información —se explicó Pepe con una arrebatadora sonrisa que incluso sorprendió a Nieves.

—Sí, seguramente disponemos de dicha información, pero no puedo facilitarle esos datos a un desconocido, entiéndalo.

—Claro, se nota que es usted una mujer muy competente —la agasajó Pepe, lo que provocó una sonrisa en el rostro de la mujer—, pero verá, a mi secretaria y a mí —dijo señalando a Nieves —, nos trae un asunto bastante delicado —explicó bajando la voz y acercándose a la mujer, a la que le había picado la curiosidad—. Es sobre una herencia, la persona que estamos buscando es muy rica y todavía no lo sabe —le susurró a la mujer, que abrió sus ojos como platos y ahogó una exclamación.

La administrativa miró a su alrededor por si los había podido escuchar alguien y luego les pidió que le apuntaran en un papel el nombre de la persona a quien buscaban. Después de que Nieves se lo escribiera, se levantó y volvió a los diez minutos con el mismo papel. En él, estaba la dirección de María Dolores Cuesta y su número de teléfono. Se acercó a Pepe y se lo dio disimuladamente.

—Yo no les he dado nada —se despidió de ellos mientras les guiñaba un ojo.

Nieves estaba eufórica, la adrenalina corría por sus venas y la llenaba de energía.

—¡Allí hay una cabina de teléfono! Tenemos el teléfono de Lola, vamos a llamarla inmediatamente —casi gritó.

Pepe la miró sonriente. Sin duda, todo había salido mucho mejor de lo esperado.

—Cálmese, Nieves, mire, ahí enfrente está el Retiro, ¿qué le parece si paseamos un rato y nos sentamos en un banco para pensar qué vamos a decirle?

—Tiene usted razón, como siempre, hagámoslo así, es que no puedo creerme que estemos tan cerca.

—No quiero ser agorero, pero puede que la tal Lola no recuerde nada y no nos pueda dar ninguna información, tenemos que estar preparados para cualquier cosa.

—Puede… Pero tengo la esperanza de que no. Recuerdo a Lola, por aquel entonces era muy activa en el sindicato y consiguió algunas mejoras para nosotras, es una de esas mujeres que no se dejan amedrentar…, no como yo, que suelo huir de los conflictos.

—Esa es una buena opción de vida, míreme a mi si no, toda la vida pleiteando y mire cómo he terminado…

—No diga usted eso, no puede tirar la toalla.

—Tiene usted razón, pero estoy cansado… Bueno, ahora estoy emocionado con todo este asunto —dijo cambiando radicalmente su rostro de un semblante sombrío a una cara de completa felicidad —. Cuando llame usted a Lola, deberían quedar a solas, llévela a algún parque para hablar tranquilamente y yo las observaré de cerca por si en algún momento usted me necesita, creo que lo mejor será que sea usted lo más franca posible con ella.

—Estoy deseando hacerlo.

Lola aceptó la invitación de Nieves de inmediato y quedaron directamente en el parque del Retiro una hora después de la llamada, el tiempo justo para que Lola se arreglase y pudiese coger el metro. Gracias a Nieves, la mujer tenía la excusa perfecta para saltarse la clase de gimnasia para jubiladas del centro cultural de su barrio, a la que le daba muchísima pereza asistir.

En cuanto se vieron las dos compañeras, se abrazaron efusivamente, Lola se detuvo a observar a Nieves detenidamente y esbozó una franca sonrisa, se alegraba de verla tan bien.

—¡Cuánto tiempo! Me ha sorprendido mucho que me llamaras, pero me ha venido muy bien, aprovecho cualquier excusa para venir al centro.

—Me alegro mucho de verte, Lola, estás igual que cuando trabajábamos juntas en el sanatorio.

Lola se echó a reír, de sobra sabía ella que se había echado encima algunos kilos y su cara lucía numerosas arrugas.

—Sí, estamos estupendas…, unas jovenzuelas —rio—. Pero ven,

vamos a sentarnos en ese banco de ahí y me cuentas, hace una mañana estupenda —dijo Lola mientras cogía a su amiga del brazo y la llevaba a un banco cercano en el que daba el sol—. Me has dejado con la mosca detrás de la oreja, por teléfono me has dicho que tenías que hacerme algunas preguntas.

—¡Ay, Lola! Cuando te cuente, no te lo vas a creer, no sé ni cómo empezar. Verás, hace poco conocí a una mujer que había dado a luz en el sanatorio Santa Elena y le dijeron que su hija había muerto.

Lola se puso en pie en ese momento, alterada por las palabras de Nieves, pero esta la agarró suavemente intentando tranquilizarla y haciendo que se sentara de nuevo.

—No me digas más, menudos cabrones. Mira, de verdad…, qué asco de gente… Ay, señor, el día que eso salga a la luz… A ver si alguien tiene cojones y empieza a investigar —se quejó mientras se revolvía en su asiento.

—Esta chica se quedó embarazada mientras era estudiante y fue atendida por el doctor Montero.

—Y seguro sor Margarita —la interrumpió Lola.

—Eso me temo.

—Pobre chica, nadie hablaba del tema, pero todos sabíamos lo que estaba pasando y no hicimos nada.

—Muchas veces eso me ha atormentado, de algún modo fuimos cómplices de todo aquello y eso siempre me ha generado culpa. Sé que ha pasado mucho tiempo, pero tú ayudaste en su parto.

Lola se quedó unos segundos mirando a Nieves, su cabeza era un hervidero de emociones y recuerdos; al fin suspiró y cogió con ternura la mano de su amiga.

—Creo que puedo ayudarte.



LOLA

Lola pertenecía a una familia creativa, de eso no cabía duda. La cultura te penetraba nada más pasar el umbral de su casa, era como entrar en una biblioteca-museo: su padre era director de obras de teatro y su madre había sido, durante mucho tiempo, pianista, pero ahora lo compaginaba con la pintura y sus cuadros habían adquirido el caché suficiente en los últimos tiempos como para que hiciera de la pintura su principal ocupación.

Su casa estaba atestada de arte y de libros, en los que solía sumergirse desde que tuvo edad suficiente como para sostenerlos. Fue toda una conmoción que, después de terminar el bachillerato, Lola anunciara que quería ser médico. A Lola se le daban bien la danza y la poesía, por eso, todo el mundo había supuesto que consagraría su vida a una de esas actividades; pero ella tenía una mente pragmática, que las consideraba tan solo un entretenimiento, y se inclinaba por tener una vida más estable que la que podían ofrecerte las artes, con sus altos y bajos: era consciente de lo difícil que es vivir de tu creatividad si no triunfas. En su casa había un trasiego constante de ese tipo de gente, que eran dignos de admiración por su tesón pero que Lola siempre miraba ocultamente con cierta lástima.

Entró en la Facultad de Medicina sin conocer a nadie, en su clase solo había otras dos chicas entre los ochenta alumnos matriculados, por lo que, inevitablemente, se tuvo que acercar a ellas para trabar amistad con alguien y no sentirse todavía más sola. Estaba claro que aquella era una profesión con predominio de hombres y a menudo eran ninguneadas sutilmente por los profesores y el resto de los alumnos.

La debacle sucedió en segundo. Lola iba aprobando a duras penas,

le gustaba la carrera pero le daba la impresión de que se le exigía más que a muchos de sus compañeros para sacar buenas notas; aun así, se esforzaba lo que podía, hasta que suspendió Anatomía Humana.

Por más vueltas que le daba, no lograba comprender cómo había sido posible que suspendiera el examen. A ver, la anatomía era anatomía, había estudiado y se había aprendido cada uno de ligamentos del cuerpo, que era la parte de la que se había examinado, la sindesmología; no había que comprender ningún concepto, tan solo memorizar y saber localizar… Era inexplicable, le había dedicado muchísimo tiempo y se lo sabía.

Habían publicado las notas en el tablón de anuncios de la clase y, para su consternación, comprobó que tan solo ella había suspendido. Se armó de valor y subió las escaleras hacia la parte de arriba de la facultad, donde se encontraban los despachos de los profesores.

Suspiró antes de llamar a la puerta del despacho del profesor.

—Adelante.

—Buenos días, don Benito.

—Señorita Cuesta, la esperaba, siéntese —dijo señalando una de las dos sillas que había frente a él en su escritorio—. Supongo que vendrá por su examen.

—Sí, verá, me gustaría ver mis errores.

—Naturalmente, espere un segundo, que enseguida se lo muestro.

El hombre la estudiaba por encima de sus gafas mientras revolvía en una carpeta los folios hasta que al fin dio con el que buscaba.

—Aquí está, veamos —dijo levantándose y sentándose a su lado, acercando la silla tanto a ella que Lola pudo percibir el olor a tabaco y café de su aliento—. Como verá, ha tenido algunos errores garrafales.

Lola intentó coger el folio para estudiar detenidamente los fallos, pero el hombre no se lo permitió, agarraba el papel con fuerza, lo que hacía imposible que lo cogiera.

—Mira, está claro que esto está fatal —resolvió el hombre poniendo una mano en la rodilla de Lola, cubierta por unos pantis; ese día hacía buen tiempo y había optado por ponerse una falda—. Pero no te preocupes, guapa, si quieres, la semana que viene te doy otra oportunidad, vienes a mi despacho y lo repites.

Lola no supo replicar: por un momento, se quedó totalmente

paralizada sin saber reaccionar, tan solo pudo asentir tímidamente y levantarse como un resorte para salir cuanto antes de allí.

—Pues nada, te espero a la misma hora que hoy. Por suerte para ti, tengo esta hora libre.

Lola se sentía incómoda sin saber muy bien el motivo. Por un lado, estaba aliviada de tener una oportunidad de repetir el examen; y, por otro, se sentía avergonzada, como si hubiese hecho algo indebido. Se sentía algo estúpida por no haber insistido en ver sus errores, pero le había podido la necesidad imperiosa de escapar, aunque, reflexionando un poco, no encontraba el motivo. Intentó concentrarse en las siguientes clases y por la tarde fue a la biblioteca durante el resto de la semana a repasar Anatomía.

El día de la recuperación, se presentó puntual al examen. Se había puesto unos gruesos pantalones de pana y el jersey más holgado que tenía. Se sabía el examen al dedillo y confiaba en hacerlo bien.

El hombre le entregó el examen. Lola notaba como no le quitaba ojo de encima; intentó abstraerse y concentrarse en las preguntas, se lo sabía bien y, además, era el mismo que había suspendido, podía hacerlo con los ojos cerrados. El profesor se sentó entonces a su lado, demasiado cerca.

—Vamos a comprobar que no mete usted la pata de nuevo —dijo mientras le ponía una mano en el hombro y se abalanzaba hacia ella.

Lola sintió de repente que en aquel despacho hacía muchísimo calor, la culpa era suya por ir tan abrigada, tenía al profesor encima de ella revisando el examen y sentía que se asfixiaba. Se esforzó en concentrarse de nuevo… y entonces todo se precipitó muy deprisa: el hombre le agarró un pecho y comenzó a estrujárselo. Lola se levantó por puro instinto, su cuerpo había tomado las riendas porque ella no podía pensar, se quedó mirando a su profesor horrorizada.

—Señorita Cuesta, si no termina usted el examen, no me quedará más remedio que suspenderla.

Lola no podía moverse, no había suspendido ni un examen en toda su vida.

—No me encuentro bien —atinó a decir, solo pensaba en salir de aquella habitación, donde le faltaba el aire por todas partes.

—Tiene usted que terminar el examen.

Lola se sentó temblando, a duras penas consiguió coger el bolígrafo, tan solo rogó por que aquel hombre no se le volviera a

acercar. Le costó un rato continuar. Al principio, las letras le bailaban y ni siquiera podía leer lo que ponía. Logró recomponerse, logró continuar. Estaba en la última pregunta cuando el profesor volvió a sentarse junto a ella para observar lo que había hecho.

—Parece que esta vez se ha aplicado.

Justo cuando el hombre se asomaba para leer la última pregunta, su mano se posó en el muslo de Lola, esta cerró los ojos intentando contenerse y no salir corriendo de allí, hasta que la mano comenzó a subir y Lola ya no pudo más. Se levantó y, cuando estaba cogiendo el picaporte de la puerta, se quedó paralizada por las palabras de aquel hombre:

—Señorita Cuesta, si sale usted por esa puerta, no aprobará nunca mi asignatura.

Lola salió de aquel despacho y de la Facultad de Medicina para no volver jamás. Vergüenza, impotencia y dolor: solo sintió eso los días siguientes, en los que fingió una gastroenteritis para no tener que salir de la cama (no quería preocupar a sus padres), hasta que logró sobreponerse y comenzó a escribir poesía de forma descontrolada; esa fue su terapia, lo único que la ayudó a seguir adelante. Habló con sus padres y les contó que la carrera de Medicina era demasiado complicada para ella, por lo que se matricularía en Enfermería al año siguiente.

Era una mujer guapa, con un cuerpo de proporciones exquisitas cinceladas por la danza, y ahora, aquellas cualidades la hacían sentir culpable. Tardó años en sepultar los recuerdos de aquel infame despacho bajo nuevas experiencias, aunque, a veces, la seguían atormentando; tardó mucho tiempo en sacudirse la culpa del alma y en forjar una Lola menos ambiciosa.

Terminó Enfermería con unas notas excepcionales y enseguida comenzó a trabajar. Pasó por hospitales públicos y privados hasta que llegó al sanatorio Santa Elena, fue una época de su vida donde había alcanzado una gran estabilidad personal y profesional. Preparaba su boda con Eduardo, un profesor de Filosofía al que sus padres adoraban, y se sentía bastante satisfecha.

No llevaba mucho tiempo trabajando en el sanatorio cuando empezó a ver que algo extraño pasaba con una de las monjas; cada vez que sacaba el tema con alguna compañera, cambiaban radicalmente la conversación. Allí, todo el mundo temía a sor Margarita, que parecía la dueña y señora del lugar, y nadie se atrevía a hablar de ella.

Aparte de los cientos de irregularidades, Lola sufría por algunas cosas que se producían invariablemente en todos los partos, como no dejar al recién nacido en brazos de la madre nada más salir de su vientre: estaban demostrados sobradamente los beneficios de esta práctica para el bebé y su madre, afianzaba la relación de apego y ambos se sentían más seguros. En el sanatorio Santa Elena, sor Margarita arrancaba al niño, lo envolvía en una gasa y se lo llevaba para lavarlo nada más salía al mundo.

Lola pasó las tardes que tenía libres de las últimas semanas en la biblioteca de Medicina fotocopiando artículos de las últimas publicaciones sobre este tema, quería convencer a sor Margarita de los beneficios del contacto piel con piel; si lograba hacerlo, ayudaría a numerosas familias.

Se paró frente al despacho de la monja intentando reunir el valor para llamar a la puerta, aquella mujer le imponía.

—¿Se puede? —preguntó nada más cruzar el umbral.

—Adelante, pase.

El despacho era una habitación pequeña con un escritorio demasiado grande para el espacio, había muy pocos elementos de decoración, pero sí un enorme crucifijo que presidía la estancia encima de la cabeza de la mujer.

—Usted dirá —la apremió sor Margarita mientras con la mano la invitaba a tomar asiento.

Lola agarró la carpeta donde llevaba toda la información con fuerza y se sentó en el borde del asiento.

—Bien, he estado recopilando información para mejorar el protocolo que seguimos en los partos…

—Perdone —la interrumpió bruscamente la mujer—, ¿quién le ha pedido semejante sandez?

—Yo… Bueno, en realidad…, nadie, he tomado la iniciativa para intentar ayudar.

—Entiendo. Verá, debe entender que este es un centro dirigido por profesionales y usted es una subordinada y, como tal, debe comportarse —replicó tajante la monja clavando sus ojos de sapo en Lola.

—Yo solo quería mejorar el servicio que se da. Si me quisiera escuchar cinco minutos, podría demostrárselo —contestó Lola alzando

la carpeta con la documentación.

—Mire, bonita, no tengo tiempo para esas estupideces. Si no le importa, vuelva a su puesto.

Lola se levantó sintiendo como una ola de calor manaba de sus entrañas, fruto de la frustración que sentía en esos momentos. Logró llegar a la puerta y salir con la mayor dignidad que fue capaz de aparentar. Se dirigió al cuarto de baño más cercano y allí se encerró unos minutos a llorar en silencio. Cuando se hubo recompuesto, salió para enfrentarse con el mundo de la manera más serena que pudo e intentó olvidar el asunto.

Regresó a su rutina e intentó comprometerse con su trabajo lo más lejos posible de sor Margarita, lo que no resultaba fácil, ya que la sombra de la mujer llegaba hasta el último rincón de la planta de Maternidad del sanatorio.

Enseguida le resultó sospechosa la alta tasa de mortalidad en recién nacidos: ella conocía el síndrome de muerte súbita del lactante, la muerte abrupta e impredecible de un bebé a la que no se encuentra explicación y que suele ocurrir mientras el niño duerme, pero sor Margarita lo esgrimía siempre como excusa, cuando los bebés que aparentemente nacían sin problemas y superaban el parto morían minutos después sin causa alguna y a sus madres y familiares no se les permitía volver a verlos; cualquiera que tuviera dos dedos de frente tenía que darse cuenta de que algo pasaba allí.

Lola preguntó a compañeras de la carrera que trabajaban en otras maternidades por la tasa de fallecimientos en semejantes circunstancias y corroboró que en el sanatorio Santa Elena las muertes triplicaban la media, lo que le resultó algo escandaloso.

Evidentemente, las bondades del poner al recién nacido piel con piel con su madre eran muchas, pero el no hacerlo no era la causa de que los niños muriesen, tenía que haber algo más que se le escapaba. Ella asistía regularmente a los partos, de hecho, quería especializarse y convertirse en matrona, pero, por más que observaba a los ginecólogos, no encontraba nada que llamase su atención.

No pasó mucho tiempo hasta que cayó en la cuenta de que casi todas las muertes de recién nacidos ocurrían con pacientes del doctor Montero, cambió turnos con otras compañeras para estar siempre presente en los partos del hombre y así poder observarlo más de cerca. Aparentemente, todo estaba bien, pero entonces cayó en la cuenta de que siempre había un patrón que no cambiaba: las mujeres que eran «obras de caridad» del doctor Montero eran las víctimas de las muertes

infantiles, en un porcentaje demasiado alto como para ser fruto de la casualidad.

El doctor Montero era uno de los ginecólogos más admirados del sanatorio, no solo por su profesionalidad, las mujeres de clase alta lo buscaban porque era uno de los mejores de su campo. Trabajaba más que ningún otro, siempre estaba ahí cuando una de sus pacientes estaba de parto, daba igual que fuese a altas horas de la madrugada, y rara vez cogía vacaciones, su vida estaba consagrada a su trabajo y a la Iglesia. Todo el mundo hablaba de su gran calidad humana y cristiana, siempre dedicaba una parte de su trabajo a atender a pacientes que no podían costearse sus servicios.

Lola prestó atención a estos casos y pronto comenzó a hacerse una composición de lo que ocurría, estaba claro que el doctor y sor Margarita eran cómplices de algo turbio y empezaba a sospechar de qué. El problema es que había subestimado a sor Margarita y esta empezó a cambiarle los turnos y a alejarla de las pacientes del ginecólogo, estaba claro que era una mujer astuta a la que no se le escapaba nada.

De un día para otro, a Lola le empezaron a tocar las guardias que nadie quería y las tareas más duras, estaba claro que a alguien le estaban molestando las preguntas que hacía. Empezó a encontrarse bastante sola, había hablado del tema con su prometido y con amigos, pero ninguno daba mucho crédito a sus indagaciones y normalmente le aconsejaban que no se metiera en líos porque al final acabaría perdiendo su empleo.

Todo explotó una mañana en la que ya no pudo más. Las embarazadas se habían puesto de acuerdo para dar a luz aquella noche y el paritorio y la sala de dilatación eran una auténtica locura, no había suficientes manos para atender tanta demanda y a Lola le tocó colaborar con sor Margarita y el doctor Montero.

Era un parto complicado, ya que el bebé venía de nalgas y había que practicar una cesárea; todo el mundo estaba muy nervioso, la tensión se sentía palpitar y el personal guardaba silencio. Sor Margarita fue la que metió sus pequeñas manos en las entrañas de la madre para sacar a la criatura y, acto seguido, se la llevó del quirófano sin mediar palabra con nadie. Lola se dispuso a seguirla a tan solo unos pasos.

Sor Margarita puso al niño boca abajo y le dio una palmada hasta que este comenzó a gritar; después, se dispuso a lavarlo cuidadosamente. Una vez que el niño estuvo calmado y aseado, salió de la sala y se fue en dirección contraria, a donde se encontraba su

madre. Pasó fugazmente por Pediatría, donde uno de los médicos examinó brevemente a la criatura; mientras este lo hacía, Lola observó como la monja sacaba una pequeña libreta de su bata y apuntaba algo con el bolígrafo que guardaba en el canutillo.

Después, la mujer salió presurosa con el pequeño hasta la puerta de atrás del sanatorio, donde solían descargar el material médico; Lola sabía que, si en ese momento se daba la vuelta, la descubriría, pero no podía dejar de espiarla. La monja se acercó a un lujoso coche que había aparcado discretamente cerca de la puerta y regresó al interior del sanatorio con las manos vacías. Lola pudo esconderse en una consulta vacía justo antes de que la monja pasase por su lado, no podía creer lo que acababa de ver.

Tan solo habían pasado unos minutos cuando los gritos de la madre a la que informaban de que su bebé había fallecido irrumpieron por todo el sanatorio.

Lola estaba tan alterada que nunca fue capaz de recordar cómo llegó al despacho de sor Margarita. Abrió tan fuerte que casi arranca la puerta de las bisagras y, llena de furia, señaló a la mujer con dedo acusador.

—Sé lo que acaba de hacer —le gritó.

La monja ni se inmutó, cerró la puerta detrás de ella y le ordenó que se sentara.

—No voy a tolerar que me grite.

—Es usted un monstruo.

—No, se equivoca, no sé qué cree que sabe, pero le va a dar igual.

Lola se agarró con fuerza a la silla intentando controlar su ira.

—Están robando bebés.

La monja emitió una risa escalofriante y la retó con la mirada.

—Creo que no está usted muy bien de la cabeza, lo mejor será que se tome unas vacaciones… No, mejor será que se tome usted un descanso perpetuo, está usted despedida.

Lola no daba crédito al giro de los acontecimientos.

—Voy a denunciarla.

—Adelante, le va a costar mucho probar sus acusaciones, no creo que nadie quiera escucharla, yo me encargaré de dejar su reputación a

la altura del betún… No estamos nada satisfechos con su trabajo aquí.

—¿Me está amenazando?

—Tómeselo como quiera, pero una palabra fuera de aquí y le juro que me encargaré personalmente de que no vuelva a trabajar en todo Madrid.

Lola se levantó y empujó a la mujer, que se dio en la cabeza con la pared; acto seguido se arrepintió de lo que había hecho y la ayudó a levantarse; vio como la libreta asomaba por el bolsillo de su bata y, sin pensarlo, la cogió y salió corriendo. Ni siquiera se cambió ni cogió su bolso, salió a la calle vestida de enfermera con la pequeña libreta en la mano y corrió. Corrió como nunca antes, con los ojos anegados en lágrimas y el corazón desbocado.

Estuvo días sin poder salir de la cama, con esa sensación de impotencia que ya le era conocida, tardó un tiempo en atreverse a abrir la libreta para mirar su contenido. La había dejado en la entrada, encima del aparador; cada vez que recorría el pasillo, la veía amenazante de lejos; no había vuelto a salir de casa, entre otras cosas, por no tener que pasar frente a ella.

Un día, se reprendió así misma su actitud desde el momento en que abrió los ojos, no podía huir del mundo y esconderse para siempre; decidió que debía buscar un trabajo y olvidarse del tema, no tenía fuerzas para seguir luchando. Se esforzó en arreglarse y se dispuso a salir a la calle, cogió la libreta y la dejó en el último cajón del mueble.

—Verás, Nieves, no puedo explicarte cómo lo conseguí, pero cuando me fui del Santa Elena, lo hice con un cuaderno de sor Margarita. Esta mañana, cuando me has llamado, he recordado lo que me sucedió allí y me he atrevido a buscarlo después de tantos años. Mira —explicó Lola mientras sacaba la libreta—, no hay mucho escrito, debía de ser una libreta nueva, ya que tan solo están rellenadas unas pocas páginas y en todas se sigue un patrón: una fecha, debajo si el bebé era niño o niña y, al final, unos apellidos. Habrá que investigarlo, pero apuesto a que se trata del nombre de la familia a quien se entrega el bebé.

Nieves cogió la libreta que le tendía Lola con manos temblorosas. Por unos instantes, las letras le bailaron y fue incapaz de entender nada de lo que estaba escrito. Cogió una gran bocanada de aire e intentó tranquilizarse. Después de unas páginas, allí estaba: 29 de Octubre de 1987, NIÑA, familia Campos Arzuaga.



María subía la cuesta que llevaba a la casa de los Campos Arzuaga contenta, le encantaba su trabajo allí. Cuidar de Carmen había sido todo un regalo del cielo después de tanta tragedia: sus padres habían fallecido en un accidente que la había dejado completamente sola en el mundo, con su hermano pequeño como única familia.

Llevaba más de diez años cuidando de su pequeñina, que ya era toda una mujercita. Pasaba en la mansión mucho más tiempo que en su casa: su hermano, al que había intentado sacar adelante de la mejor manera posible, se había convertido en un joven problemático que había escapado completamente de su control; tal vez había volcado mucho más amor en Carmen que en él y eso la hacía sentir culpable, pero, gracias a ese trabajo, habían podido tener un hogar, aunque humilde, y se repetía una y otra vez que no había tenido más opción.

Carmen la necesitaba, ella era una madre para ella. Veía como, cada día, sus padres la ignoraban y no se implicaban en su educación, tan solo le habían dado unas directrices desde que era un bebé y ya está, la trataban más como a uno de sus animales domésticos que como a una hija. Iba a los mejores colegios y hacía las extraescolares más caras: *ballet* en una prestigiosa escuela de danza, equitación, música con los mejores profesores… Pero la única fuente de cariño incondicional venía de ella. María la quería como a una hija y así la trataría siempre.

Cuando Carmen era un bebé, en la casa había muchas habladurías sobre su procedencia, la cocinera le contó una vez que la señora nunca había estado embarazada: había intentado disimular un embarazo ficticio con un cojín que había ido rellenando, pero, a veces, en casa alguna vez se le había olvidado. Evidentemente, era un tema tabú que

nadie abordaba abiertamente, pero a nadie se le escapaba que la señora no había tenido ningún síntoma de los propios del embarazo ni del posparto. Un día apareció con el bebé en brazos fresca como una rosa, igual que se había ido.

Eso explicaba el desapego de Felisa y Arturo por su hija, que María siempre había intentado compensar implicándose de manera muy personal en aquel trabajo: todos los días llegaba antes de su hora y se iba del lado de Carmen cuando ya estaba acostada, solo descansaba por obligación los domingos, que eran un auténtico suplicio para ambas, lo que Carmen no llegaba a comprender.

Esa niña había sido una bendición en su vida, en eso andaba pensando cuando se encontró a una mujer joven, de unos treinta años, mirando la enorme verja de hierro que acotaba los jardines de la mansión. María la observó unos instantes y luego sacó las llaves de la pequeña puerta que había al lado de la grande, por donde salían los coches.

—Disculpe —la interrumpió la joven—, ¿vive usted aquí?

—No, claro que no, pertenezco al servicio de la casa —contestó María algo azorada con la confusión de la muchacha, desde luego que ella no tenía el aspecto de poder permitirse vivir en un lugar semejante.

—Entonces quizá pueda ayudarme —suspiró la chica, rompiendo a llorar.

María sintió una punzada de lástima por la joven; sacó de su bolso un paquete de pañuelos y se los tendió, seguramente sería alguna de las numerosas novias del conductor del señor Arturo, a las que este engañaba sin compasión.

—Ven, a unas manzanas de aquí hay una cafetería donde podrá tomarse una infusión y tranquilizarse, yo la acompaño, no se preocupe.

—Es usted muy amable —musitó la chica, dejándose guiar dócilmente por María.

Una vez sentadas con unas infusiones delante, María le preguntó a la mujer:

—¿Cómo te llamas?

—Macarena.

—Bien Macarena y ¿en qué puedo ayudarte?

—Verá, estoy buscando a mi hija, di a luz en el sanatorio Santa Elena hace diez años y creo que la gente que vive en esa casa la tiene —logró decir Macarena de corrido, intentando no emocionarse y rompiendo de nuevo a llorar sin remedio al terminar la frase.

María sintió como el suelo desaparecía bajo sus pies: si no hubiese estado sentada, a buen seguro se hubiese caído redonda. Logró recomponerse con gran esfuerzo para no mover ni un solo musculo de su cara y no dar a conocer el espanto que habían provocado en ella las palabras de Macarena. Su cabeza, en esos momentos, era un aluvión de pensamientos, bajo ningún concepto podía permitir que esa mujer se llevara a su niñita.

—Pero cielo, eso no es posible —contestó intentando relajarse—, los Campos Arzuaga, los señores que viven en la casa en la que estabas, no tienen hijos. Llevo con ellos trabajando más de diez años y en esa casa nunca ha habido niños.

La cara de Macarena era todo un poema, había pasado de la desolación al escepticismo en segundos.

—¿Está usted segura?

—Pues claro, cielo —aseguró María con una sonrisa que no sentía y cogiéndole la mano a Macarena para dar más fuerza a sus palabras —, en esa casa no hay niños, créeme, puedes venir conmigo y verlo si quieres para comprobarlo por ti misma. A los señores no les importará y el resto del servicio puede corroborarlo.

Macarena se sintió tremendamente ridícula, menudo espectáculo había montado con aquella mujer sin motivo. En esos momentos, solo quería volver a su casa y meterse debajo del edredón para no volver a salir jamás.

—No es necesario, la creo, discúlpeme —se lamentó Macarena, intentando retener sus lágrimas—, creo que voy a marcharme.

—Nada, no te preocupes, yo me encargo de la cuenta, puedes marcharte cuando lo desees.

María esperó pacientemente a que Macarena cogiera su abrigo y se despidiera de ella. Cuando la vio desaparecer de su vista, se tomó su manzanilla de un sorbo y sus manos comenzaron a temblar. Nunca antes había mentido de aquella manera, esa escena que acababa de vivir la atormentaría hasta el día de su muerte.



Hay dos mujeres muy distintas dentro de mí; nada más levantarme, sé la que va a coger el mando ese día. Me gusta la Carmen a la que no le asusta nada y se pone el mundo por montera, esa es la que quiere dejar a Fernando y tomar el control del legado de su padre. Pero hoy se ha levantado la otra, la que está llena de inseguridades y a la que el miedo la atenaza porque no se ve capaz de nada, la que deja que Fernando se ocupe y se dedica a subsistir.

Estoy sentada en la isla de la cocina, desayunando; la tele está puesta, pero no he conseguido procesar ni una sola de las noticias que secuencialmente pasan frente a mí: todo relacionado con el coronavirus, el mundo se va a la mierda, mi mundo se va a la mierda y no soy capaz de afrontarlo. Mi cabeza no para de pensar en la carpeta azul que descansa en mi bolso.

—Buenos días, ¿qué tal has dormido? —me saluda Fernando cordialmente, pretende ser mi refugio y a la Carmen que se ha levantado hoy la reconforta, aunque, a la otra, la luchadora, su sola presencia hace que se le revuelvan las tripas. No me entiendo, ¿cómo voy a seguir adelante si no sé quién soy, si no sé lo que quiero?

—Bien, el Orfidal hizo su efecto.

—Me alegro mucho.

—Tengo que ir a ver a los abogados de mi padre, hay que solucionar muchas cosas, pero no sé si tengo fuerzas.

—Normal, cariño —dice besándome la frente—, yo tengo que ir al estudio a solucionar unos temas, pero, si quieres, yo me ocupo —se ofrece solícito. A él le encantan esas cosas, le ayudan a controlarlo todo y, aunque yo me haga la tonta, así es mucho más cómodo para

mí, todo esto me pone nerviosa.

—Me harías un gran favor.

—Pues entonces considéralo hecho, esta noche te comento.

—Todo lo que te ha pasado es muy duro: primero, María; y ahora, tu padre. Quédate en casa y descansa.

—Gracias.

Es un alivio verlo marcharse, estará ocupado todo el día. Es el momento de la carpeta azul, lo sé, pero me entretengo más de la cuenta con el desayuno: en vez de poner el lavavajillas, lo friego todo a mano; y entonces caigo en la cuenta de que tengo que lavarme el pelo, así que lo mejor es que me dé un baño relajante y me aplique una mascarilla hidratante, de esas que tardan media hora en hacer efecto, he venido de Navarra con el pelo encrespado, lo necesito.

Tardo más de una hora en arreglarme y por fin voy a buscar la carpeta. Me siento en mi despacho y me quedo un rato contemplando las vistas de los tejados de Madrid a mis pies. Me encanta un ático que hay en la acera de enfrente, se nota que a su dueño le encanta la jardinería y es un manitas: en el confinamiento, él ha puesto el suelo de madera y, con la que le ha sobrado, ha hecho unos maceteros enormes. Ahora está podando los rosales, ha transformado una terraza insulsa en todo un vergel y yo estoy siendo testigo, me relaja mucho observarlo. Puedo quedarme sentada aquí mirando cómo trabaja horas.

«Ya basta, Carmen —me digo—, concéntrate». Abro la carpeta y estudio su interior, no hay que ser un lince para llegar a la conclusión de que mis padres me compraron. Mi padre (bueno, Arturo, acabo de descubrir que en realidad no era mi padre) era una persona tremendamente meticulosa que guardaba todo y toda esta documentación así lo atestigua. No sé qué me causa más estupor: la revelación en sí o que no me cause la sorpresa que me debería causar. Nunca había pensado en ello, pero, en realidad, no me sorprende lo que debería, es como si, en algún recóndito lugar de mi ser, hubiese existido la certeza siempre de que yo no pertenecía a mi familia; aunque, si he de ser sincera, nunca lo he pensado conscientemente, también puede ser una invención mía, no estoy segura.

Sin saber muy bien por qué, me levanto enérgicamente y guardo los papeles minuciosamente en la carpeta, no quiero que se pierda nada. El vecino manitas se ha quitado la camiseta, la verdad es que está en forma, puede que esté un poco enamorada de él, nunca lo

admitiría, ni siquiera a mí misma, pero creo que sí.

Cojo mi abrigo y mi bolso y me voy al garaje. Muchas veces, hago las cosas sin pensar, como ahora, pero es una necesidad, la de pedir explicaciones: necesito tener a mi madre delante para que me las dé. La Carmen competente acaba de coger el mando.

Al llegar la mansión, que se supone que es mi hogar de toda la vida, noto como algo ha cambiado dentro de mí y toma distancia, intenta disociarse, me reconforta pensar que la Carmen pragmática sigue conmigo, me alegra que haya aparecido.

Me informan de que mi madre, Felisa, está duchándose, acaba de dar su clase de yoga. Me pasma ver que no ha alterado su rutina, ni siquiera por las apariencias, acabamos de enterrar a su marido. Como el gimnasio está cerrado, ha venido su profesor a casa; en teoría, esto no se puede hacer, pero a ella le da igual.

—¡Hija, qué alegría que hayas venido a verme! —me suelta con el tono que utiliza con las amigas que no le caen bien; la conozco, la he pillado en una falta y eso no le gusta—. He tenido que hacer yoga, es lo único que me alivia el dolor de espalda y, como te imaginarás, estoy fatal.

—Ya —saludo—, tenemos que hablar —ordeno con un deliberado tono hostil.

—Claro, hija, vamos a la salita, nos llevaran un té —propone mientras sus ojos me estudian detenidamente, en ocasiones percibo como esta mujer puede ver dentro de mí.

En cuanto nos sirven el té, la miro fijamente.

—Sé toda la verdad —la reto, lo más desafiante que puedo, casi escupo las palabras.

Mi madre se pone la mano en el pecho y ahoga un sollozo.

—Carmen, tranquila, no es para tanto, saldremos adelante… Tenemos mucho patrimonio, se pueden vender muchas cosas. La verdad es que yo estoy harta de vivir en esta casa tan grande, sola, con tu abuela —expone alzando los brazos para abarcar cuanto la rodea—. Creo que estaríamos mejor en algo más pequeño, por separado. Naturalmente, algo coqueto en el centro, en el barrio de Salamanca sería perfecto… Tu padre no lo hizo con malas intenciones, estaba seguro de que remontaría… No son buenos tiempos. Supongo que vendrás de ver al abogado y estarás enfada.

—No —pienso horrorizada—, a eso he mandado a Fernando,

mierda.

Y ahí es cuando toco fondo, noto como algo se desquebraja dentro de mí y el aire comienza a faltarme. Me quedo perpleja, no sé de qué está hablando mi madre, pero en mi interior suenan todas las alarmas.

—¿De qué estás hablando? —grito sin poder evitar levantarme de la silla.

Es curioso como las prioridades cambian en cuestión de segundos, que no sea mi madre acaba de dejar de importar drásticamente.

—Los créditos, de verdad que no tienes de qué preocuparte, lo superaremos juntas, la familia está para esas cosas —me contesta como si estuviese en un anuncio de televisión explicando las bondades de una crema.

—Mamá, ¿qué créditos? Todavía no he ido al abogado.

La cara de mi madre es de profundo desconcierto, ahora estamos las dos completamente perdidas.

—Hija… —duda—, las cosas últimamente no han ido muy bien. Tu padre necesitaba urgentemente capital y pidió una serie de créditos a tu nombre. Los iba a amortizar enseguida y no tenías por qué enterarte.

—¡Joder, joder, joder!… ¿En serio? ¿A nadie se le ocurrió preguntarme?

—Hija, de verdad, otras veces no ha pasado nada y esta vez no tenía por qué ser diferente, pero…

—¡No lo puedo creer! ¿Desde cuándo ocurre esto?

—Es algo habitual. Cuando ha hecho falta, tu padre ha pedido créditos a mi nombre, al tuyo o al de tu abuela y los ha devuelto en un pispás. A veces es necesario invertir rápidamente para ganar.

Me derrumbo atónita en una silla, tengo la manía de no leer ni uno solo de los documentos que firmo… Confianza ciega que se llama.

—¿Cuánto?

—No lo sé realmente, no mucho… Algunos millones.

Mi lado pragmático, el que no suele habitarme, empieza a hacer cuentas: mi casa todavía tiene una enorme hipoteca, la compramos mucho más cara de su precio actual, no valdría de nada venderla, lo cierto es que no tengo ni idea de cómo ha dejado las cosas Arturo, está

claro que tengo que espabilar, me guste o no. Cojo aire y salgo al jardín, tendremos que vender, tengo que ver el estado de las empresas y, sobre todo, lo que debo, se me ha formado un nudo en la garganta y en el estómago que no creo que pueda deshacer jamás.

—Voy a hablar con los abogados de papá —me digo a mí misma mientras saco un ansiolítico del bolso.

—Claro, hija, pero no te preocupes, solucionaremos todo —me dice mi «madre» en un tono indolente—. Si me disculpas, tengo que cambiarme.

Es como un jarro de agua fría tras otro, a esta señora le importa bien poco lo que pueda pasarme, pero ahora, mientras una parte de mi cerebro se dedica a atormentarse y angustiarse por la información que le acaba de llegar para procesar, otra parte empieza a encajar las piezas del puzle de mi vida y a asignar un significado nuevo a cientos de recuerdos: la actitud de esta mujer toda su vida conmigo ahora tiene una explicación completamente plausible.

Recojo mis cosas y salgo, ya no tengo ganas de hablar sobre su maternidad ni de dónde vengo, solo puedo pensar en cómo voy a pagar mis deudas… Podría dejar que Fernando se encargara, pero mi lado practico y resolutivo ha aflorado con fuerza, gracias a Dios, y ha tomado el control por completo, ha salido como un monstruo dispuesto a comerse a cualquiera. Solo espero que no me abandone.



Es maravilloso sentir la euforia cuando las cosas salen bien. Hace unos días estaba completamente hundido, asustado, la incertidumbre se abría paso ante mí como un abismo tremendamente amenazador, pero la muerte de Arturo lo ha cambiado todo. Pobre hombre.

Carmen va a ser ahora muy rica y eso arreglará todos mis problemas. Lo primero que haré será reflotar el estudio, seguro que después de esta crisis de mierda hay muchos más proyectos. Voy a contratar a un buen asesor de imagen y a convertirme en un arquitecto puntero, ya me estoy viendo en las portadas de las publicaciones de referencia del sector. Sí, de manera definitiva, este es mi momento, voy a triunfar con una de las más ricas herederas de España cogida del brazo… Tengo que convencerla de que salgamos más y nos dejemos ver en las fiestas de postín a las que le da pereza asistir, tenemos que empezar a relacionarnos con la élite… La vida es maravillosa, me siento fenomenal.

Me merezco un homenaje, acabo de llamar a los abogados de Arturo y me recibirán a última hora de la tarde. En el estudio ya he dicho que, debido a las circunstancias, mi mujer y yo no iremos, así que tengo todo el día para relajarme, me lo he ganado.

Empiezo dándome unos caprichos en Serrano, adoro como me tratan en Loewe, y allí elijo una camisa informal en *patchwork* de algodón que cuesta unos seiscientos euros; paso a Prada y, después de una hora dando vueltas y enamorado de todo, escojo unas gafas de sol de la línea Rossa Impavid, añado el cargo de doscientos cincuenta euros a la tarjeta de crédito. Menos mal que Carmen nunca mira los extractos de la cuenta corriente, a buen seguro, pondría el grito en el cielo.

Estoy exhausto, por lo que decido regalarme un almuerzo en Santceloni, uno de mis restaurantes favoritos. Me tomo mi tiempo en disfrutar de lo más caro que encuentro en la carta, Carmen siempre me recrimina esto, argumentando que es una actitud bastante hortera, pero a mí me encanta. Empiezo por unos raviolis de ricota ahumada, hechos con caviar Petrossian, Alverta Imperial; continúo con un rodaballo con praliné de avellana, caramelo de limón y trufa negra; y termino con una *mousse* de horchata de cacahuete con brandi, chocolate negro y aceite de oliva. Cuando termino, estoy completamente satisfecho conmigo mismo y en paz con el mundo, pero aún dispongo de unas horas.

Llamo a mi «contacto», ese al que acudo cuando me lo quiero pasar especialmente bien, para que me dé una dirección. Estoy a punto de colgarle y mandarlo a la mierda cuando me dice que la entrada serán cinco mil euros… Tardo un poco en procesar la información, mi primer impulso es olvidarme… Pero qué coño, voy a ser un hombre obscenamente rico. En el fondo no me extraña que los precios se hayan salido de madre, antes estas cosas estaban mal vistas, pero ahora son tremendamente ilegales y supongo que se tendrán que gastar una pasta en seguridad y en comprar discreción: acuerdos de confidencialidad y todas esas chorradas tan necesarias hoy en día.

Me manda la ubicación de un piso del centro de Madrid. Perfecto, puedo ir andando y asegurarme de no tener que pasar ningún control policial. En el portal, me dirijo al portero, le digo mi nombre y me acompaña a una puerta al final de un estrecho pasillo; me siento como debían de sentirse en los años veinte con la ley seca de Estados Unidos.

Me abre la puerta una jovencita totalmente desnuda; bueno, realmente lleva un mono de encaje transparente sin ningún tipo de ropa interior que la cubre entera, también el rostro, a excepción de los ojos; irónicamente, pienso que dudo mucho que semejante cosa este homologada contra el COVID y río para mis adentros, ufano por mi ocurrencia. Me acompaña a una sala contigua y allí me realiza un test de antígenos, en el que, afortunadamente, doy negativo. Me da una caja para que guarde mi móvil y mi mascarilla. Mi anfitriona me lleva entonces a otra puerta y me desea un buen día.

Es como atravesar una puerta hacia otra dimensión: la música y la gente me envuelven, mi cuerpo inmediatamente se relaja y mi mano coge automáticamente una copa de champán de una de las numerosas bandejas que llevan unos esbeltos camareros por toda la estancia, todo el mundo sonríe. Es un alivio tomarse un descanso de la pandemia.

Avanzo entre la gente para explorar. El piso es una sucesión de amplias estancias unidas por puertas, no hay pasillos. Me recuerda a un palacio en miniatura, cada cuarto tiene una gama cromática completamente diferente a su predecesora, me encanta.

Voy apurando mi copa mientras sigo avanzado. Ya he recorrido cuatro habitaciones, estoy tan absorto en la decoración y los acabados que no me fijo en que el ambiente ha cambiado radicalmente. Hay gente desnuda practicando sexo a mi alrededor, es algo normal en este tipo de sitios, sé que podría unirme a cualquiera que me gustase, pero prefiero retroceder, necesito un *whisky* para entonarme y tengo tiempo suficiente, hoy será un gran día.

Junto a mí, pasa un camarero con una bandeja que parece vacía, pero, cuando pasa por mi lado, compruebo que lo que porta son rayas de cocaína en perfectas hileras; me asombra que alguien haya cuidado semejante detalle, adoro esa precisión milimétrica y la aprecio. Meto la mano en mi bolsillo para sacar un billete y lo enrollo hasta hacer un canuto perfecto, el muchacho mira al frente y espera pacientemente a que yo esnife. Cuando termino, le doy el canuto de propina; sé que no es necesario, todo va incluido con la entrada, pero me ha conmovido su ofrecimiento y me siento generoso.

Justo cuando voy a pasar de estancia, me agarran por detrás y una mano tremendamente hábil me sujeta el pene con firmeza. Sé que solo hay una persona en el mundo capaz de semejante proeza, no hace falta que hablemos, estamos acostumbrados a encontrarnos en este tipo de lugares, nunca mediamos palabra. Solo follamos y después cada uno por su lado. Este acuerdo tácito del cual nunca hemos hablado me ponía de los nervios al principio, pero ahora me encanta. Mi suegra me coge de la mano y me lleva a otra habitación vacía y allí se desata, se nota que le pone muchísimo haberme encontrado.

La primera vez que me acosté con Felisa fue algo torpe, apresurado, yo iba muy borracho y, al día siguiente, me quería morir pensando en las consecuencias. Lo pasé realmente mal, recuerdo como casi me vuelvo loco en los días posteriores, pero no pasó absolutamente nada. Teníamos una cena con mis suegros y unos familiares en un restaurante y Felisa ni siquiera cruzó conmigo una mirada cómplice. La siguiente vez, ella se abalanzó sobre mí en una de estas fiestas clandestinas y yo no me opuse, pero no disfruté, me preocupaba que me chantajeara o algo parecido; pero no, Felisa y yo nunca hemos hablado del tema, simplemente disfrutamos y luego nos olvidamos. Poco a poco, me empezó a gustar de verdad, no solo por el sexo, que estaba muy bien; Carmen cada vez era más reticente a acostarse conmigo y Felisa siempre estaba dispuesta cuando nos

veíamos en estas circunstancias, y, con el tiempo, disfrutaba del secreto, ya que me daba cierta superioridad sobre Arturo. Me gustaba hablar con él en los encuentros familiares y pensar: «Sí, mírate, cabrón arrogante, podrás mirarme por encima del hombro todo lo que quieras, pero yo me acuesto con tu mujer», esos pensamientos me reconfortaban.

Esta vez es algo diferente. No es que no me apetezca follarme a Felisa…, es que tengo algunos remordimientos que aún no he podido superar. No sé a cuantos *whiskies* estoy de hacerlo, tal vez dentro de unos minutos, cuando haga efecto la coca, se me olvide, pero ahora mismo, cada vez que me toca, me acuerdo de Arturo. Lo peor es que no quiero ofenderla y me dejo llevar, la pobre mujer está de duelo y ahora mismo hay demasiadas cosas en juego. Me convenzo de que tengo que ser complaciente, no quiero problemas con mi suegra y la dejo hacer.

Termino la tarde sobre una copia de la silla dragón, diseñada por Yves Saint Laurent, intentando controlar el colocón que llevo. Tengo que ir a ver a los abogados de Arturo y debo relajarme, estoy de puro subidón, eufórico total.



Mi primer impulso al coger el coche es dirigirme a Donamaría. Mi cerebro calcula que puedo estar allí antes de que anochezca, pero enseguida me recuerda que María está muerta y me derrumbo. Además, tengo que ir a ver a los abogados, ese tema es bastante urgente.

Me pongo a llorar, necesito un refugio donde tomarme un respiro, estoy abrumada. Mi casa no me vale, hace mucho tiempo que dejó de ser un remanso de paz, tan solo ver las cosas de Fernando me enerva. Podría encerrarme en mi cuarto en casa de mis padres, pero ahora me siento más extraña que nunca allí… No sé por qué, pero pienso en la terraza del ático que hay frente a mi despacho y eso me hace sonreír… Es un alivio lograr sentirse un poco mejor, aunque sea superficialmente.

Tengo que aparcar en la Castellana y he de concentrarme en encontrar un *parking*; eso me da un respiro de mí misma. El despacho de abogados está cerca del Bernabéu, así que decido darme una vuelta para despejarme un poco, siento mi alma congestionada y tengo que sacudirme todo lo que arrastro.

Como era de esperar, el bufete de abogados está en un edificio moderno pero sobrio y la recepción grita: «Somos buenos, pero muy caros, así que piensa dos veces si puedes permitirte contratarnos». Un joven impecablemente vestido me sonríe y toma mi nombre; educadamente, me acompaña a uno de los despachos del fondo de un pasillo inexplicablemente ancho.

—Señora Campos, bienvenida —me saluda la abogada, que parece salida del escaparate de Hugo Boss.

—Gracias.

—Por favor, tome asiento.

Yo obedezco como un corderito, me siento como una niña a la que han mandado al despacho del jefe de estudios por alguna trastada.

—Veamos… —comienza, ajustándose las gafas mientras lee los documentos—, es usted la heredera universal de don Arturo Campos Jimeno, aunque el usufructo de la mayoría de las propiedades lo tiene su madre, junto a una gran cantidad de dinero, va usted a ser dueña de un gran patrimonio. El problema es que viene acompañado de numerosas deudas y ahora vivimos un momento de gran incertidumbre.

Me alegra que esta mujer vaya al grano, noto como el cansancio hace mella en mí y no soportaría que se anduviera por las ramas.

—¿Mi madre no tiene que pagar nada?

—Es una forma de verlo, los créditos están a nombre de las empresas de su padre, que ahora son suyas, y también hay un crédito de una cuantiosa suma a su nombre.

—Entiendo —suspiro mientras me revuelvo en mi silla—. ¿Cómo están las empresas?

—Pues ahora mismo, paradas, hace un mes tramitamos ERTES masivos, sobre todo, para los negocios de hostelería. Parece que la constructora va recuperando actividad, pero, si he de serle sincera, nadie sabe cómo va a terminar esto.

—¿Qué puedo vender para solucionarlo?

—Como le he dicho, su madre es la usufructuaria de casi todos los bienes inmobiliarios, por lo que tiene que contar con ella primero si quiere vender algo.

—¿Estoy en la ruina?

La mujer me mira y, por primera vez, me dedica una sonrisa.

—No, hay muchas cosas que puede hacer, incluso renunciar a la herencia, pero no se lo aconsejo. Es cierto que no vivimos un gran momento, pero, sinceramente, no es de los peores casos que he visto. Su padre era un hombre muy inteligente; en la última década diversificó mucho sus negocios, ya sabe el dicho de no poner todos los huevos en la misma cesta, y creo que eso la va a beneficiar. No la voy a engañar, habrá que trabajar mucho, pero creo que saldrá de esta y…

—Disculpen —interrumpió el joven de la recepción asomándose a la puerta—, el marido de la señora Campos está aquí.

—¿Quiere que pase? —me pregunta la abogada.

Mi primer impulso es contestar afirmativamente, pero, en realidad, no me apetece verlo y tener que empezar de nuevo con toda la explicación.

—Preferiría que esperara fuera.

El muchacho asiente y desaparece sin hacer ruido.

La siguiente hora la paso con la abogada haciéndome una idea más precisa de mi situación, no voy a tener más remedio que tomar las riendas de todo y no va a ser nada fácil.

Al salir, me encuentro con Fernando moviéndose en la sala de espera como un león enjaulado.

—Carmen, ¿qué ocurre? —casi grita.

—Lo mejor será que hablemos en casa.

Parece contrariado, no le ha gustado nada que lo excluya de la reunión con la abogada, pero se nota que hace un esfuerzo de contención para no replicar. No me apetece nada tener que explicarle todo, ha sido un día agotador y estoy exhausta, me da una pereza terrible regresar con él a casa, pero no hay más remedio.

Una vez en casa, Fernando se dirige a su vinoteca y saca una botella de vino.

—Bueno, vamos a celebrarlo, ahora eres una mujer muy rica.

Supongo que, si me importara algo de lo que dice, me sentarían terriblemente mal sus palabras, creo que estoy pasando el peor momento de mi vida: María ha muerto, Arturo ha muerto y acabo de descubrir que soy adoptada (bueno, realmente, el término «comprada» se acerca más), por no mencionar mi posible ruina económica.

—La verdad es que no estoy de humor, Arturo me ha dejado más deudas que otra cosa, pero estoy demasiado cansada para ponerme a pensar en eso ahora —le digo cansinamente mientras cojo la copa de vino que me tiende, pero evito brindar con él.

Noto como Frenando se descompone. Normalmente, es bastante bueno ocultando su estado emocional, pero en este momento no puede. Lo veo inclinarse sobre la isla y agachar la cabeza como si acabaran de derrotarlo, tan solo la levanta unos segundo para sostenerme la mirada.

—Eso no puede ser —dice al rato, después de asimilar mis palabras.

Me parece patético, aunque me recrimino a mí misma por pensar así, e intento no hacer ningún gesto que me delate para no hundirlo más, así que intento explicarle la situación de la manera más concisa posible.

—¡Joder, vaya mierda! —grita dando un enorme golpe en el mármol que me asusta, nunca he visto a mi marido así, está fuera de sí.

Me acerco para ponerle una mano sobre el hombro, pero él sale hecho una furia golpeando todo a su paso y se va de casa dando un portazo. Supongo que debería preocuparme, pero, en realidad, es un alivio… Entonces me doy cuenta de que tengo que divorciarme ya, de que es absurdo seguir sosteniendo esta situación por más tiempo, y, por primera vez en todo el día, me siento en calma.

Cojo los documentos que me ha dado la abogada para estudiar y los dejo sobre la mesa de mi despacho, me siento a terminarme la copa de vino mientras veo cómo se van encendiendo las luces de toda la ciudad para ahuyentar la oscuridad que se va extendiendo; y entonces me percato de que mi vecino de enfrente está sentado en su

jardín con una copa de vino mirándome y brinda conmigo en la distancia, señala a su lado un sillón vacío y me hace señales para que me una a él.

No puedo creerlo, en otras circunstancias ni lo hubiese mirado, estoy muerta de la vergüenza, pero hoy me siento tan derrotada que me tomo unos segundos en considerar su invitación. Si voy a aceptar, no tengo mucho tiempo que perder, el toque de queda comenzará en un par de horas y ya no se podrá salir a la calle.

Cojo la bolsa del plástico para reciclar, para tener una coartada si me pregunta la policía; es asombroso como la bolsa siempre está llena, aunque no hemos estado en casa en todo el día. Me peino corriendo y dudo un segundo si pintarme los labios, seguramente se me correrá con la mascarilla y pareceré el Joker. Decido actuar rápido para no pensar lo que estoy haciendo: si lo hago, mis miedos, inseguridades y demás mierdas acabarán frenándome y lo cierto es que me apetece una barbaridad cruzar la calle.

Me siento como si fuese a robar un banco mientras cruzo los pocos metros que separan mi portal del suyo. Al llegar, hay tres áticos en el portero automático, me quedo unos segundos paralizada, llamo a los tres y, en menos de diez segundos, el portal se abre; respiro hondo y cojo el ascensor. Al llegar al último piso, la puerta del ascensor se abre y me está esperando con una enorme sonrisa, yo también sonrío, pero no me ve porque prefiero no quitarme la mascarilla hasta llegar al aire libre.

—Buenas noches, bienvenida, no sabe la ilusión que me hace que un ser humano venga a mi casa.

—No podía rechazar su invitación, siento muchísima curiosidad por su terraza, ha hecho un trabajo estupendo.

—Llevo trabajando en ella desde que nos confinaron, pero, por favor, tutéeme, me llamo Óscar.

—Carmen, encantada.

—Igualmente, si eres tan amable, acompáñame a mi oasis particular.

Lo sigo por un pequeño apartamento; no es muy grande, pero, al ser un único espacio abierto, da la sensación de amplitud. La cocina se conecta al salón por una península con una gran encimera de madera a juego con casi todos los muebles y el resto es predominantemente blanco. No hay mucha decoración, pero sí lo último en tecnología: un ordenador con dos pantallas finísimas descansa en un escritorio en un rincón y, desde casi toda la estancia, se puede ver una enorme televisión. De camino a la terraza, veo de refilón el dormitorio, encima de la cama se acumulan bastante cosas, me río para mis adentros, apuesto que acaba de dejar ahí todo lo que tenía esparcido por toda la casa.

Al salir, me quedo sorprendida: desde mi casa solo se puede ver una pequeña parte de toda la terraza, es impresionante, percibo el olor

a lavanda, que hace que automáticamente me relaje, y doy un pequeño paseo para estudiar las flores, los arbustos y las plantas, que me reciben en perfecta armonía.

—Cuando estaba buscando piso, estuve a punto de descartar este porque es muy pequeño, y, sinceramente, por aquel entonces, trabajaba mucho y no tenía tiempo de ocuparme de una terraza tan grande, se ha tirado varios años con una mesa y cuatro sillas de plástico. Pero ahora no puedo estar más contento, se ha convertido en mi pasatiempo favorito.

—¿Ahora no trabajas tanto?

—Sí, también trabajo mucho, pero de otra forma. Ahora me esfuerzo mucho más en encontrar el equilibrio entre el trabajo y encontrarme bien conmigo mismo: dedicarme tiempo para comer mejor, hacer deporte, salir con mis amigos. No me había dado cuenta de que me había convertido en una persona horrible intoxicada por el estrés…

—¿Qué pasó?

—Me tuvieron que abandonar por salud mental. Por aquel entonces, fue la gota que colmó el vaso y me vine abajo, tuve un infarto y supongo que toqué fondo en todos los aspectos de mi vida. Aun así, me costó bastante tiempo y terapia darme cuenta de que el problema éramos mi estilo de vida y yo.

—Pues me alegro de que hayas remontado —digo con una sonrisa franca, me sorprende ver lo cómoda que me encuentro con él, lo acabo de conocer pero es como reencontrarme con un viejo amigo.

—Yo también, pasa y siéntate. Tengo una botella de vino que guardaba para una ocasión especial y esta, desde luego, lo es. Llevo casi un mes hablando solo con la cajera del supermercado y comienzo a sospechar que piensa que soy un pesado: todos los días le cuento cómo me salen las recetas de cocina de un libro que ella misma se encargó de venderme hace un mes.

—¡Ah, también cocinas! Qué maravilla.

—Bueno, no te creas, es un aburrimiento cocinar para uno solo. Si hubiese sabido que venías, hubiese hecho una cena increíble.

—Ya, no te creas que voy por ahí subiendo a las casas de la gente al menor gesto, pero estaba muy intrigada con tu terraza, me ha gustado mucho observar como la ibas transformando.

—Si te digo la verdad, yo tampoco voy por ahí invitando a mi

terraza a desconocidos, pero a veces me siento aquí a disfrutar del atardecer y no puedo evitar observar a mis vecinos. A ti suelo verte trabajar, pero, cuando te he visto hoy, parecías especialmente triste.

—Sí —suspiro—, hoy no ha sido un buen día.

Me da un segundo por si quiero desahogarme, pero, como ve que no digo nada, me invita a sentarme con un gesto y me tiende una de las copas de vino. Veo que en la mesa hay queso y jamón serrano y me doy cuenta del hambre que tengo, me comería el plato entero en dos segundos, pero me controlo para no parecer maleducada y cojo tímidamente un trozo.

Me recuesto un poco en mi asiento y me quedo un segundo disfrutando de las vistas; desde donde estoy, se ve completamente mi casa, mi edificio apenas tiene fachada, solo cristaleras del techo al suelo. Óscar puede ver mi despacho y la cocina en su totalidad, la parte de arriba, donde está el dormitorio, tiene unos estores; en estos momentos, me alegro de haber insistido en colocarlos, pese a las reticencias de Fernando. Los vecinos de arriba tienen cortinas, por lo que me doy cuenta de que soy el espectáculo principal, para ver a los vecinos de abajo tienes que asomarte por la barandilla.

—¿Vives solo? —me atrevo a preguntar, más por romper el silencio que por curiosidad, es algo que se deduce rápidamente echándole un vistazo a la casa.

—Sí, hace dos años, mi pareja se hartó de mí y me dejó.

—Vaya, lo siento, no sería para tanto.

—Bueno, puede que sí, es algo que me ha costado mucho interiorizar, pero ahora lo comprendo. Antes era una persona distinta, estaba obsesionado con mi carrera profesional. Para mí, lo más importante era el trabajo, vivía pendiente del móvil y con el ordenador a cuestas, llegaba a casa y estaba de mal humor, cuando yo, en realidad, soy una persona bastante afable. Un día, Marcela me dio un ultimátum: o cambiaba o se iba. Yo intenté mejorar las cosas e hice un esfuerzo titánico, pero enseguida volvieron a torcerse. No me daba cuenta, pero utilizaba mi casa como si fuese un hotel. Marcela se encargaba de organizarlo todo: la comida, la ropa, la limpieza… Yo llegaba cansado y no me daba cuenta, cada vez interactuaba menos con ella y no me extraña que se cansara. Ella es profesora de inglés y le encantaba organizar viajes que a mí nunca me venían bien, porque siempre había algún proyecto urgente que requería mi atención. Alguna vez la dejé tirada a última hora.

—Ahora te veo muy consciente de la situación, podrías intentar reconciliarte.

—No es posible, se ha casado y se ha ido con un tipo fantástico a vivir a Australia, seguimos hablando y sé que es muy feliz. Ella intentó ayudarme a recuperarme todo lo que pudo; seguramente, si no fuese por ella, aún seguiría dándole prioridad en mi vida a cosas que no deberían tenerla. Verás, siempre he sido muy inconformista. Vengo de una familia de clase media, mis padres siempre me inculcaron la cultura del esfuerzo para conseguir mis metas y se lo agradezco, pero yo me pasé de rosca. Soy ingeniero informático y, en cuanto terminé la carrera, me puse a trabajar en una gran multinacional, de esas que te chupan toda tu energía y encima te comen la cabeza para que pienses que tienes que estar agradecido de trabajar para ellas. Yo daba el perfil para eso: responsable, trabajador y un chico con habilidades sociales que lo hacen ideal para trabajar en equipo.

—Veo que te conoces muy bien —reí.

—No te haces una idea, he tenido que trabajar muy duro para comprenderme. Pero creo que estoy monopolizando la conversación, deberíamos hablar de otra cosa.

—No, por favor, me parece muy interesante, continúa.

—Tú lo has querido… Pasé unos años viajando por el mundo y formándome, hasta que la compañía me mandó aquí. Entonces conocí a Marcela y enseguida hubo conexión, hasta el punto de que llegamos incluso a pensar en casarnos. No te voy a engañar, entonces ya trabajaba mucho, pero aún tenía algo de tiempo libre para ella: viajar por placer y hacer deporte… En ese momento, me surgió la oportunidad de montar mi propia empresa y asociarme con unos compañeros. Marcela estuvo a mi lado y me animó a emprender el nuevo proyecto en todo momento, era mi sueño, así que, en un par de años, estaba ya trabajando por mi cuenta. Fue muy duro, pero enseguida conseguí que las cosas fueran bien y comenzamos a crecer y a facturar mucho más de lo que habíamos pronosticado en un principio, y ese fue mi error: pensar que yo solo podía con todo. Para mí, era muy complicado delegar responsabilidades, porque tenía claro que, si quería que las cosas saliesen bien, yo me tenía que ocupar de todo: error.

No me había dado cuenta, pero estaba tan absorta escuchando a Óscar que me había terminado toda la comida y había apurado la copa de vino mientras él hablaba y apenas había tocado la suya. Asentí para que continuara y me serví otra.

—El resto, puedes hacerte una idea, pero ahora estoy mucho mejor. Marcela es seguidora de la psiquiatra Marian Rojas, una mujer increíble de la que he aprendido muchísimo. Gracias a ella, comprendí que vivía intoxicado por el cortisol, una hormona que generamos cuando estamos estresados, y como dice ella: comprender es aliviar.

Estoy extasiada oyéndolo hablar, me trasmite muchísima serenidad, que se ve interrumpida abruptamente cuando miro de reojo el móvil y veo que faltan cinco minutos para las doce.

—¡Dios mío! El toque de queda, perdona, pero tengo que irme —digo levantándome a toda prisa.

—No puede creerme que ya sean las doce, me ha gustado mucho conocerte.

—A mí también.

—¿Crees que podrías venir otro día?

No estoy muy segura de qué quiere decir con eso. Evidentemente, a mí este hombre me gusta, pero, en estos momentos, no creo que pueda meter nada más en mi vida.

—Estoy casada.

—Lo sé, recuerda que tu casa es un escaparate para mí.

No sé por qué, eso me hace mucha gracia y me río con ganas, él me abraza de una forma que me hace sentir completamente bien.

—Claro, ¿qué te parece si mañana me preparas la cena?

—Será un placer.



Si la gente supiera cómo funcionan realmente las cosas, fliparían, para qué te voy a mentir. Esta enfermedad lo ha alterado todo de una manera inimaginable y ahora tenemos que improvisar, día a día, para que la cosa no se salga de madre. La gente hace lo que puede con lo que tiene, desde arriba hasta abajo. Muchas veces, no tomamos las decisiones adecuadas, pero es que no existe ningún manual sobre qué hacer porque nadie sabe qué va a pasar mañana y la Policía no va a ser menos: nosotros seguimos las directrices de los de arriba, que tampoco tienen ni idea de cómo terminará todo esto.

En estos momentos, no me dan ninguna envidia mis compañeros que tienen que vigilar que la gente cumpla las normas; por lo menos, en mi ámbito, las cosas se han tranquilizado. Eso de tener a la gente sin salir de su casa ha hecho que los homicidios bajen considerablemente, o en eso estoy pensando yo cuando Ricardo se asoma por la puerta.

—Blanca, nos ha llegado un correo del equipo forense del caso de un tal Arturo Campos, un pez gordo. Parecía que se había precipitado desde su ático del barrio Salamanca.

—Y resulta que no es un suicidio, si no, no se te ocurre interrumpir una mañana absolutamente soporífera de papeleo. Esto sí que es una muerte —digo señalando los formularios que estoy rellenando, ante su sonrisa por mi irónica obviedad.

—Siento estropearte la diversión, pero parece que tenemos un caso.

Ricardo se pone las gafas que lleva colgadas y enseguida se le empañan debido a la mascarilla, profiere un improperio, pero logra

ajustárselas de tal modo que logra comenzar a leer la hoja que lleva en las manos:

—«Ante los indicios hallados en el lugar donde fue localizado el cadáver objeto de estudio, junto a las pruebas presentes en dicho cuerpo, se dictamina que la causa de la muerte no se corresponde con un suicidio, sino que se trata de una muerte de origen violento, como así lo indican. Cabe prestar más atención a la información que nos aporta el examen óseo, ya que la intensidad de las lesiones encontradas tanto en el cráneo como en el dorso del tronco respaldan el anterior veredicto, junto a la múltiple rotura de vísceras debido a la caída…».

—Vamos, que lo empujaron.

—Eso parece.

—Pues vamos a descubrir quién ha sido.

Soy jefa del grupo VI de homicidios de la Jefatura Superior de la Policía Nacional en Madrid, tenemos una tasa de resolución del 96 % de los crímenes, adoro mi trabajo. Me gusta llegar a la escena de un crimen y comprender cómo ha ocurrido todo, soy consciente de que, detrás de cada persona, normalmente hay una familia que se ve afectada y mi cometido es reconfortarla, para que sepan que el culpable está en la cárcel y puedan pasar página.

Ricardo y yo llegamos al domicilio del tal Arturo. Desde la calle, ya se huele a clase y dinero. Las tiendas, los restaurantes son de esos a los que puedes entrar, pero, cuando eres de clase media, tienes que hacerlo con cautela, sin parar de mirar de refilón los precios y hacer cuentas.

Miro hacia arriba, donde se adivinan áticos que seguramente estarán decorados impecablemente y me entra la curiosidad… No sé por qué, pero me encanta la decoración, es uno de esos vicios culpables que tiene una: puedo pasar horas y horas embobada viendo *realities* de decoración y reformas, sobre todo, norteamericanos; me fascina ver la cantidad de metros que necesita esa gente para vivir, tan solo porque tienen una capacidad enorme de acumular cosas y son terriblemente desordenados. La familia Smith, de cuatro miembros, vive en una vivienda de doscientos cincuenta metros y se les ha quedado pequeña, deben mudarse… ¿En serio? A poco que veas el antes de la casa, te das cuenta de que son incapaces de meter las cosas en los armarios y lo tienen todo tirado por los suelos, como si fuesen adolescentes incapaces de madurar. Ahora estoy de servicio y no debería pensar en estas cosas, pero, como ya te he contado, es un vicio

y soy incapaz de controlarlo, me muero por entrar y ver la casa.

—Jefa, no hay cámaras en la comunidad, el portero dice que los propietarios han antepuesto siempre su privacidad…

—A su seguridad —interrumpo a Ricardo—, lo entiendo, pero me jode porque eso nos va a fastidiar mucho nuestro trabajo. Habla con los comercios cercanos y recopila las grabaciones del día en que murió el señor Campos. Allí hay un cajero, el asesino tuvo que pasar por delante. Te espero arriba.

Me encanta, el ático de Arturo es una pasada, como la mayoría de las estancias que hacen los decoradores con un presupuesto ilimitado; ir por la vida sin miedo a la factura siempre es un plus, en todos los ámbitos de la vida. Eso no lo voy a poner en el informe, pero me tomo un tiempo en estudiar el espacio, el equilibrio de los tonos con la luz, el aprovechamiento del espacio con la distribución… No me costaría ni un segundo mudarme aquí y considerarlo mi hogar.

Me sacudo mis anhelos y me concentro en lo importante, lo bueno que tengo es que se me da fenomenal disociar asuntos y, cuando me pongo en modo inspectora, soy un hacha; está mal que yo lo diga, en público me esfuerzo por ser humilde, pero yo sé que soy buena, lo mío se me da bien, llevo preparándome toda la vida.

—Aquí han limpiado —le comento a Ricardo cuando lo oigo entrar detrás de mí—. Eso también nos va a joder. Seguramente, todo el mundo ha dado por sentado lo del suicidio y nadie le ha dicho al servicio que se estuviese quieto… Pero en fin, esperemos que alguna huella haya quedado, dile a los de la científica que quiero que peinen los muebles de la terraza y que miren en el lavavajillas, a ver si, con un poco de suerte, nadie lo ha puesto en marcha, eso sería cojonudo.

—Descuida. Tengo los archivos de las grabaciones, me voy ahora al centro con Serrano a cotejarlas.

—Perfecto, pero tenemos un problema: no creo que la prensa tarde mucho en enterarse de esto y montar un escándalo.

—Sí, me lo imagino, va a haber mucha presión de arriba, seguro que la familia del hombre conoce a toda clase de políticos y mandos.

—Ya nos podemos ir preparando, pero ya sabes mi política: me da absolutamente igual. Con estas cosas, si se quiere hacer todo bien, no se puede ir con prisas y yo tengo una paciencia infinita. Si alguien tiene algún problema con eso, que me eche, estoy deseando reconvertirme en decoradora y mandar a unos cuantos a tomar por culo.

Ricardo ríe con ganas, sé que le cuesta verme haciendo otra cosa que no sea hurgando entre cadáveres y pruebas y, en el fondo, a mí también: adoro mi trabajo, ya lo he dicho.

—Pues mira, a mi casa no le iría nada mal un toque de decoración, mi madre, cada vez que viene, dice que no entiende cómo se puede vivir así: sin cuadros ni plantas ni ningún objeto de decoración.

Lo miro horrorizada, estoy completamente de acuerdo con su progenitora.

—No me mires así, es mucho más práctico a la hora de limpiar.

—Y mucho más triste, dónde va a parar.

Nos dirigimos a la terraza y cada uno hace su trabajo diligentemente. Estamos más de media hora concentrados en nuestras pesquisas, que luego pondremos en común. Me gusta trabajar con Ricardo, es muy concienzudo en todo lo que hace y no deja cabos sueltos, es callado y muy observador; a veces parece que no se entera de nada, pero lo cierto es que no se le escapa una, es capaz de ver mucho más allá de las palabras y los gestos, tiene una intuición impecable.

—Creo que la caída se produjo en este punto —digo apoyándome en la barandilla, que está frente a una mesa y unos sofás de exterior preciosos—. Seguramente, Arturo estaba tomando algo con su asesino, por lo que podemos suponer que lo conocía. El informe de la autopsia dice que había vino e ibéricos en su estómago y que no le dio tiempo a hacer la digestión, aunque en el del levantamiento del cadáver no aparecen la comida ni el vino por ningún lado. Seguramente, el asesino se lo llevó todo para hacer más plausible la hipótesis del suicidio.

—Coincido. Además, yo creo que fue un impulso. Si vas a matar a alguien premeditadamente, es muy complicado que lo tires por la barandilla, hay muchas formas mejores.

—Sí, aunque el impacto del golpe, según la autopsia, fue fuerte, por lo que estamos hablando de alguien de gran envergadura, seguramente un varón.

—Bien, tenemos a un conocido de Arturo con el que estaba tomando algo en la terraza de su ático en pleno confinamiento. Puede que el asesino no pensara matarlo, pero algo sucedió para que nuestro hombre se cabreara y, en un arrebato, lo empujara.

—Si paso así, seguramente el asesino cometiera algún error, la gente se pone muy nerviosa cuando mata a alguien —ironicé—; y si no lo cometió en ese momento, no tardará en hacerlo…

—Tenemos que buscar a gente de su entorno, era un hombre de negocios muy conocido, haré que investiguen a sus trabajadores más cercanos, socios… A ver si tenía deudas o le iban bien las cosas… Amigos, familia… Estaba casado y vivía con su madre y su mujer en una mansión de la Moraleja, aunque, sinceramente, después de echar un vistazo a la vivienda, yo creo que pasaba mucho más tiempo aquí que en su domicilio.

—Lo entiendo, si yo tuviese la opción, también me confinaría aquí, esto es una pasada —dije con un tono de anhelo en mi voz al acordarme de los cincuenta metros de mi apartamento, muy coqueto, sí, pero entero cabría en la cocina de este hombre.

—Tenía una hija, Carmen Campos, casada, que tiene un estudio de arquitectos con su marido.

—Hay que investigarlos a todos. Seguramente, el móvil sean los celos o el dinero y, en este caso, pondría la mano en el fuego por lo segundo.



Pepe acababa de cruzarse Santa Pola para comprar las magdalenas que le gustaban a Nieves, toda su vida giraba en torno a hacerla feliz, porque, cuando ella sonreía, se sentía el hombre más afortunado sobre la faz de la Tierra. Todavía seguía sin entender como la fortuna le había sonreído de aquella manera, poniendo a esa bendita mujer en su camino.

Había sido complicado, pero su unión había supuesto un nuevo comienzo para ambos. Jamás habría podido imaginar que una mujer como Nieves pudiera enamorarse de una persona como él, que había llegado a lo más bajo por méritos propios. Cuando Nieves se divorció, fue muy duro para ella, porque nadie entendía lo que estaba haciendo… Dejar a su marido por un mendigo… era algo que nadie de su entorno estaba dispuesto a asumir. Después de un tiempo, la cosa se había calmado y ella había retomado la relación con sus hijos, pero, en los peores momentos, tuvieron que poner tierra de por medio porque la mayoría de la gente les dio la espalda.

Nieves y su exmarido vendieron el piso en el que vivían y, con lo que le quedó a ella, se fueron a vivir a la costa como otros jubilados, donde nadie los conocía y estaban muy tranquilos disfrutando el uno del otro. Nieves salía todos los días a dar grandes paseos a la orilla del mar y, por las tardes, se dedicaba a leer, formaba parte de un club de lectura que la tenía bastante ocupada. Pepe era voluntario en Cáritas, se pasaba el día organizando el banco de alimentos, haciendo gestiones para inmigrantes y prestando sus servicios como abogado a los más desfavorecidos, lo que le había supuesto un gran esfuerzo, ya que no le había sido fácil ponerse al día con el derecho y reciclarse a su edad, las cosas habían cambiado mucho desde que él ejerciera.

Con el confinamiento, se habían acurrucado juntos en la terraza horas y horas contemplando el mar y, ahora que parecía que todo estaba terminando, volvían a acomodarse a sus antiguas rutinas.

Como todos los días, se levantó temprano para ir a la panadería favorita de Nieves a comprarle el desayuno. Se asomó a la orilla del mar a contemplar el Mediterráneo al menos cinco minutos; durante ese tiempo, daba las gracias al infinito por haberle dado una segunda oportunidad en la vida.

Subió hasta el tercero por las escaleras para obligarse a hacer algo de ejercicio y decidió que ese día su princesa desayunaría en el balcón, ya que hacía un día estupendo. Puso la cafetera en marcha y preparó con esmero la mesa en la terraza. De paso a la cocina, encendió la televisión del salón para oír las noticias del informativo de la mañana; justo en ese momento, Nieves entraba llenando la habitación de una luz radiante y acudía a sus brazos para darle un tierno beso.

—Me ha despertado un delicioso olor a mis magdalenas favoritas, me consientes demasiado y por tu culpa estoy engordando —le recriminó cariñosamente.

—Tú te mereces eso y millones de cosas más, cariño, ya lo sabes.

Había pocas cosas en este mundo que reconfortaran a Pepe más que un abrazo de Nieves, pero este, en concreto, sería recordado por ambos por algo que les heló la sangre en las venas:

> *Según fuentes policiales, los últimos indicios apuntan a que la muerte de Arturo Campos, uno de los empresarios más poderosos de este país, fue en realidad un homicidio: el hombre, de sesenta y un años, habría sido asesinado en su domicilio del barrio de Salamanca. Este suceso, que está siendo investigado por el grupo VI de Homicidios de la Jefatura Superior de la Policía Nacional en Madrid, ha causado gran expectación entre la clase política y empresarial. La hija del empresario, Carmen Campos, ha salido esta mañana de su domicilio, pero ha evitado hacer declaraciones.*

Los dos seguían abrazos pero sin poder quitar la vista de la pantalla, aquella mujer coincidía con la niña a la que habían estado buscando hacía más de veinte años. Era ella la que los había unido y había cambiado su vida para siempre.

—Cariño, hay que llamar a Macarena —logró susurrar Nieves.



Me he levantado con unas ganas irrefrenables de gritar, y eso que no sabía lo que me esperaba hoy. Cojo la almohada y la aprieto fuertemente sobre mi cara, grito para desahogarme, para intentar aliviar la tensión que me llena de nudos el cuerpo y el alma. En mi pecho hay abierta una herida de la que brota un dolor lacerante. A pesar de la férula del bruxismo, me he levantado con un terrible dolor de cabeza, me extraña que no la haya partido en dos, supongo que me he pasado la noche apretando la mandíbula sin descanso.

Es un alivio comprobar que Fernando no está, eso hace que se alivie un poco la tensión que me acompaña. La mujer que viene a ayudarnos con las tareas de la casa hace mucho que no viene por el confinamiento, voy a dedicar la mañana a limpiar y, luego, a hacer la compra, eso me mantendrá distraída. No puedo más y esta mañana se ha levantado la Carmen miedosa, a la que se le hace bola la vida.

Cuando era joven, era un desastre, me gustaban el caos y el desorden; ahora no es que sea Marie Kondo, pero soy mucho más organizada, supongo que se lo debo a Fernando. Paso la mañana limpiando los cuartos de baño, la cocina, el polvo… He puesto música y me he olvidado de todo… Bueno, para ser sincera, de todo no, he pensado mucho en Óscar, me gusta y ha sido como un pequeño oasis en medio del caos. Supongo que, en algún momento del día, Fernando aparecerá y tendré que inventarme algo para desaparecer esta noche. Seguramente estará en algún hotel de lujo lamiéndose sus heridas, aunque, la verdad, con el panorama que hay, no sé si uno puede ir a algún hotel. Sinceramente, me importa muy poco dónde esté.

Cojo mi móvil y comienzo a hacer una lista de las cosas que tengo que comprar, no quiero tener que bajar luego otra vez. Tengo el móvil

en silencio y veo que un número alarmante de llamadas perdidas de mi madre, de gente del trabajo y de mis amigas se han ido acumulando durante la mañana, pero no tengo fuerzas para contestar a nadie.

Llevo mi abrigo, el bolso, la mascarilla y me voy a la calle; pero, al abrir la puerta del portal, mi cuerpo es engullido por una marabunta de periodistas. No sé qué hacen ahí ni que quieren, me gritan preguntas, pero soy incapaz de entender nada. Salgo corriendo y ellos detrás, es horrible, creo que, si me persiguiese una jauría hambrienta, tendría la misma sensación. Mi cerebro está concentrado en escapar, pero mis oídos logran que mi cerebro procese una de las preguntas que esa gente vocifera: «Señora Campos, ¿sabe usted quién mató a su padre?». Mi primer impulso es parame, darme la vuelta y pedir explicaciones, pero, si lo hago, la jauría me alcanzará y me devorará.

Miro la calle buscando una salida, cerca hay una tienda gourmet en la que compro habitualmente cosas para Fernando y me conocen, me dirijo a ella con la esperanza de que los perros no puedan entrar. Al pasar, el alivio me invade, es un lugar conocido y al fondo está la dependienta a la que siempre acudo; cuando me ve la mujer, deja de colocar latas primorosamente y se acerca a mí, creo que me sonríe, pero por la mascarilla no estoy segura.

—Perdone, me están persiguiendo, ¿puede ayudarme?

La dependienta tarda unos instantes en reaccionar, creo que me ha reconocido y mira por encima de mi hombro con cara de sorpresa. Cuando ve a los periodistas agolpados frente a uno de los escaparates, asiente y me hace un gesto para que la siga.

—Acompáñeme.

La sigo hasta la trastienda, que hace las veces de almacén. Hay un pequeño escritorio con un ordenador empotrado en una de las paredes, rodeado de todo tipo de género.

—Puede quedarse aquí el tiempo que quiera, ahí está el cuarto de baño —explica señalando una puerta adyacente— y, si quiere, le puedo llamar a un taxi para que pueda salir por la puerta de atrás. Aunque da a la misma calle, los periodistas están a unos metros y, si solo miran al interior, no la verán salir.

—Muchísimas gracias.

—No se preocupe. Por cierto, siento mucho lo de su padre.

—Gracias, si no le importa, voy a sentarme un momento y a pensar, no entiendo muy bien por qué me persiguen.

La mujer frunce el ceño extrañada, me señala la única silla que hay y se disculpa.

—Tómese el tiempo que necesite, cualquier cosa, avíseme, yo tengo que ir fuera.

—Me iré enseguida, no quiero que los periodistas le espanten la clientela —le digo apurada.

Enciendo el móvil y ahí está por todas partes la cara de mi padre con titulares demoledores. El aire de la habitación desaparece al instante y mi corazón va a mil… No es posible.



«Joder, Fernando, concéntrate», me repito por enésima vez. No recuerdo cómo llegué aquí, se me fue la cabeza totalmente. Me acabo de despertar ovillado en un sofá, me he quedado boquiabierto cuando me he incorporado y he visto una montaña nevada enfrente de mí: estoy en la sierra, vete tú a saber dónde, y hace un frío de cojones.

Logro incorporarme y mi cuerpo me urge a encontrar un cuarto de baño, doy un par de vuelta sobre mí mismo sin decidir qué dirección tomar. Estoy en un salón abierto rodeado de ventanales con techos altos, decorado como una casa de los Alpes suizos, mezclado con un toque industrial. Las vistas son de infarto, la casa debe de estar construida en alto, tiene una panorámica de un valle espectacular. Una enorme chimenea de piedra preside toda la estancia, hay una enorme mesa de madera maciza que limita el espacio de la cocina, de esas que son el sueño de cualquier chef: doble horno, grifo industrial, fuegos de gas…, todo en acero inoxidable y negro, incluso los electrodomésticos que son de cristal. «Fernando, céntrate —me digo una vez más—, tienes que regresar a Madrid cuanto antes».

Me esfuerzo en hacer memoria, me acuerdo de que anoche estaba muy cabreado, seguramente me pasé bebiendo, tengo un terrible dolor de cabeza y la boca seca, pero no tengo ni idea de qué cojones hago aquí.

Encuentro un cuarto de baño en una esquina, justo debajo de unas escaleras; entonces me percato de que no estoy solo, hay al menos otras dos personas en la casa, que parece que estén durmiendo la mona: un hombre en el suelo y una chica acurrucada en un sillón. Me vienen, de repente, flases de la noche anterior… Tuvo que ser una fiesta épica, pero ni siquiera recuerdo qué es lo que tomé para no

acordarme de nada. Justo cuando pienso eso, una arcada con sabor a Jägermeister me sobreviene y me odio a mí mismo.

Salgo de la casa y me topo con un jardín impecablemente cuidado; un porche de madera da al valle, rodeado de abetos y hierba flanqueada por algunos parterres con piedra gris; la parcela está delimitada por una valla de algún tipo de arbusto que no identifico y una enorme puerta de hierro cerrada.

Me agobio, tengo que salir de ahí. Además, tengo un frío horrible y no puedo pensar con claridad, por lo que me acerco a la puerta en busca de algún dispositivo de apertura; pero, al no encontrarlo, me encaramo y me deslizo por encima, no calculo bien, estoy todavía abotargado y me caigo por el otro lado. Me quedo unos segundos tirado en el suelo, me duele muchísimo el brazo sobre el que he caído y no me puedo levantar, desde el suelo miro a mi alrededor buscando algo de civilización sin éxito, así que hago un esfuerzo titánico para levantarme. Cojo mi móvil y compruebo que tengo muy poca batería, tengo que guardarla, es un tesoro si quiero llamar a un taxi que me saque de aquí. El problema es que no sé dónde estoy y el Google Maps me dibuja cerca de un pueblecito, tengo que llegar ahí como sea.

Comienzo a andar por una estrecha carretera y ruego por ser capaz de orientarme, pero camino y camino y, hasta después de una hora aproximadamente, no encuentro un cartel que es mi salvación; reza: «Cercedilla 5 km». Por fin. Aprieto el paso pese a lo mal que me encuentro, pero ya falta menos para llegar a casa y meterme en la cama con un par de ibuprofenos en el cuerpo… Mi casa. Pensar en mi casa me hace acordarme de Carmen, pensar en ella hace que crezca mi desasosiego. No tengo ni una sola llamada perdida suya en el teléfono.

Llego a Cercedilla completamente exhausto, tengo que reconocer que es un sitio precioso, ideal para hacer una escapada, pero mi necesidad de encontrar un transporte me acucia e intento no entretenerme.

Me encuentro una señora paseando a su perro.

—Disculpe, ¿hay alguna parada de taxis por aquí?

La mujer me mira de arriba abajo con cara de expectación, como si se hubiese topado con un extraterrestre.

—No, hijo, para eso tienes que llamar a Juan. Espérate un momento, que yo te lo marco. ¿Qué quieres, bajar a Madrid?

—Sí, muchas gracias, no sabe cómo se lo agradezco, me queda poca batería.

—Nada, tranquilo.

Gracias a mi ángel de la guarda, una hora después estoy de camino a Madrid en el taxi de Juan. Me acurruco en el asiento trasero y saco el móvil más tranquilo, pero, al abrir las noticias, mi cuerpo está a punto de cortocircuitar. Hay una foto de Carmen saliendo de casa y un titular: «El empresario Arturo Campos fue asesinado. La Policía estrecha el círculo en su entorno». Me quiero morir.

Mi mente viaja rauda al día en que salí de casa de Arturo atropelladamente. Me deshice de todas las evidencias que me situaban allí, cogí una bolsa y metí todo lo que había tocado, incluso tiré las cosas que estábamos utilizando: la comida, el vino…



El teléfono está sonando, pero yo no puedo moverme. Me he quedado petrificada frente al televisor. Esta mañana he desayunado y he bajado pasear a Kora. Tenía que preparar un montón de clases *online* y contestar a decenas de *e-mails* de los alumnos: los pobres estás desconcertados, como todo el mundo, y no saben si habrá exámenes o cómo diantres lograrán aprobar mi asignatura.

He remoloneado un poco y he encendido el televisor para poner de fondo uno de esos magacines matutinos. Nunca he tenido tiempo de verlos: de lunes a viernes, normalmente, paso toda la mañana en la facultad, pero, como ahora no hay clases y paso encerrada todo el día, tengo que buscar alternativas para entretenerme… No puedo estar todo el día pensando que una demencia va devorando mi cerebro poco a poco.

La presentadora se ha puesto las gafas muy seria y ha comenzado a leer unos papeles, en concreto, un comunicado de la Policía, en el que se manifiesta que Homicidios está trabajando en el caso del asesinato de Arturo Campos. Ese nombre ha hecho que mi corazón se pare unas milésimas de segundo, o eso me ha parecido a mí. De repente, un montón de tertulianos se han puesto a opinar y no he sido capaz de seguir sus conversaciones, el programa ha puesto en pantalla varias fotografías del empresario y su familia. La foto de boda de la hija del empresario me ha dado el toque de gracia y he tenido que buscar el sofá para sentarme, el suelo ha desaparecido bajo mis pies.

En la foto hay una mujer sonriente, vestida de novia, que es igual que mi tía Piluca en la época en que fui a vivir con ella. Mi cerebro es un revoltijo, retrocedo en el tiempo más de veinte años y me veo sentada en una cafetería con aquella mujer… María, trabajaba en la

casa donde yo había ido a buscar a mi hija. Tengo que asimilar que me engañó. Entonces la furia brota, aniquila cualquier cosa que quedara en mi estómago del desayuno y hace que me ponga a temblar.

El teléfono vuelve a sonar insistente, lo cojo como acto reflejo, no puedo pensar ni siquiera para hacerlo.

—Macarena, gracias a Dios, pensábamos que te había pasado algo… —oigo a Nieves al otro lado de la línea.

Siempre que hablamos, me la imagino en el salón de su apartamento de la playa con vistas al mar, ella hablando y Pepe mirándola de reojo con un amor infinito, como todos deberíamos ser amados al menos una vez en la vida. Voy a pasar una semana con ellos todos los años en verano, me han ayudado mucho y los considero como de mi familia. Son de esa gente que, si se cruza en tu vida, debes esforzarte en amarrar fuerte para que no se te escapen. Ahora mismo, doy gracias por haber sido capaz de hacerlo, los tengo bien sujetos a mi lado. Pero hoy no me puedo imaginar a Nieves, en mi mente está esa foto de boda que se ha quedado en mi cabeza y de la que no me puedo desprender, tampoco quiero.

—Macarena, cielo, ¿estás ahí?

—Sí —susurro. No parezco yo, me cuesta coger el control de mi cuerpo.

—Macarena…, tu hija…

—Lo estoy viendo… —contesto al mismo tiempo que cojo una bocanada de aire. Es como si hubiese estado sumergida en el océano durante todo un día y por fin hubiese llegado a la superficie.

Oigo como tapa el auricular y dice algo, seguramente estará hablando con Pepe.

—No te preocupes, cariño, no sé cómo lo haremos, pero vamos para Madrid.



Es domingo, mi día favorito de la semana si no estuviésemos en plena pandemia y pudiera hacer cosas normales de domingo. En vez de eso, tengo que mirar el reloj para comprobar con el BOE a qué hora puedo salir a correr según mi edad; mira tú por dónde, aún me queda una hora para poder hacerlo, así que intentaré aprovechar un poco el tiempo. Me gusta levantarme temprano, soy un animal madrugador, me pasa desde pequeña: en cuanto abro un ojo, soy incapaz de quedarme en la cama remoloneando y me da mucha envidia la gente que lo hace, yo, en cambio, me levanto con muchísima energía, pero, a partir de las ocho de la tarde, ya no soy nadie.

Voy a mi escritorio y me sumerjo en la autopsia del caso, las fotos de los familiares y amigos del asesinado, los informes de mis compañeros… Si trabajo en un caso, me cuesta desconectar y más si tengo a la prensa dando el coñazo a cada momento, pero es lo que hay e intento llevarlo lo mejor posible; mi compromiso es con las familias, con nadie más, pero ya se sabe: por mucho que quieras abstraerte, los que mandan se ponen nerviosos por la opinión pública y empiezan a hacer llamadas. Entiendo que la gente necesite un descanso del virus y esta es una historia ideal para eso, un asesinato en las altas esferas de poder, en pleno confinamiento, una circunstancia que nunca antes habíamos vivido.

Estudio y me concentro en cada detalle; dentro de un rato, mi cerebro hará su magia, es algo muy poco ortodoxo, pero funciona, es mi método. Tengo que liberar la mente para que ella trabaje sin que yo me dé cuenta, a ella le gusta eso: saldré a correr unos kilómetros y luego me enchufaré tres capítulos de *La reina del flow* para vaciar el cerebro de cosas sin importancia, no hay nada como esa esa serie para hacerlo. Esto no lo admitiría nunca en público, tan solo lo sabe mi

hermana y solo porque comparte cuenta de Netflix conmigo. Mientras yo oigo a los protagonistas cantar, sé que mi cerebro busca detalles que he pasado por alto y, más tarde, en el momento menos esperado, me dará la clave, solo tengo que tener paciencia. Las grandes ideas nunca surgen si te esfuerzas mucho por encontrarlas, la mente no va así, tienes que dejar que vaya a su aire, que se relaje, ella hará el trabajo sucio por ti; si no mira, a Newton y su manzana: el hombre descansaba en su jardín cuando se le ocurrió la teoría de la gravedad, él también estaba confinado huyendo de la Gran Peste. Soy una gran defensora de los «momentos eureka».

Los informes de las cámaras de seguridad no son nada concluyentes; a la hora en que el asesino llegó a casa de Arturo, había cientos de personas que salían de sus casas hacia el Retiro para hacer ejercicio, por lo que no podemos tener una imagen clara de nadie en concreto. Durante el intervalo en que la gente podía ir a hacer ejercicio, la puerta del portal se abre numerosas veces, pero la calle parece una feria y es imposible ver a nadie con claridad. Esto es una mierda, pero, por otro lado, nos deja claro el intervalo de tiempo en que sucedió todo.

Tengo una lista bastante extensa de sospechosos, lo siguiente es comprobar sus coartadas y pedir a las compañías telefónicas que me los ubiquen. Si el asesino tenía encima su móvil a la hora de matar a Arturo está bien jodido, para qué nos vamos a engañar, a ver cómo explicas eso; y si, como me imagino, el empujón que le dieron fue un arrebato, lo más probable es que fuese así.

Mañana Ricardo y yo nos reuniremos con la viuda y la hija, las llamaré personalmente por la mañana para que vengan al despacho con el susto en el cuerpo; la gente, cuando está nerviosa, comete estupideces: se contradicen y no son capaces de pensar con claridad, suelen mentir, mucho, aunque no sean culpables de nada, pero todos quieren quedar bien. También tenemos entrevistas con algunos empleados, a ver por dónde respiran, la gente suele ponerse bastante nerviosa cuando la policía los interroga y siempre hay alguien que comete algún error.



Es el segundo artículo que logro leer entero; es complicado hacerlo, ya que, aunque tengo el móvil en silencio, no paro de recibir llamadas. Sentada aquí, en la trastienda, parece que he logrado apagar el mundo por unos segundos, tengo que obligar a mi mente a descansar o acabaré teniendo un ataque de ansiedad, lo que me recuerda que llevo un Lexatin en el bolso; no tardo ni diez segundos en encontrarlo y tragármelo. Arturo fue asesinado, no fue un suicidio… Intento procesarlo, pero cuesta, se me atraganta.

Un número inmenso aparece en la pantalla y, sin saber por qué, descuelgo.

—Señora Campos, soy la inspectora Hernández, investigo el homicidio de su padre. Me gustaría que se acercara por aquí esta mañana.

Me pongo a temblar, es algo que me pasa siempre que veo a los cuerpos de seguridad, aunque sea un control de tráfico y yo lo lleve todo en orden, veo los uniformes y me altero.

—Claro, dígame la dirección y voy para allá.

En quince minutos, estoy subida en un taxi para ir a ver a la inspectora Hernández, rogando que el efecto del Lexatin me invada de una vez. Durante los minutos en los que el taxi hace su recorrido, no hago más que darle vueltas a la cabeza, no entiendo quién ha sido capaz de cometer una atrocidad semejante; mi padre tenía muchos defectos…, pero tampoco como para matarlo.

Es inútil intentar calmarme, las piernas me tiemblan cuando salgo del taxi, que me deja en un edificio bastante feo, de esos que se construían en los ochenta sin ton ni son. Le pregunto a un policía por

el despacho de la inspectora y, para mi sorpresa, me acompaña personalmente. Él es quien abre la puerta y me presenta, en el despacho están la inspectora y un hombre sentado frente a ella que me mira con detenimiento. Me invitan a sentarme junto a él.

—Buenos días, señora Campos, siéntese —saluda la mujer.

—Buenos días.

—Supongo que ya sabe por qué está usted aquí.

—Sí, todavía no puedo creerme que fuese asesinado. Me he enterado esta mañana por la prensa. Aunque yo no me encontraba en Madrid cuando mi padre murió —me apresuro a decir, acabo de caer en la cuenta de que puede que sospechen de mí. Me ha temblado la voz cuando he dicho «padre», no sé si debo contarle a la policía que acabo de descubrir que soy… adoptada. Bueno, más bien, comprada.

—Lo sabemos, esta mañana hemos interrogado a su madre. Estaba usted en una aldea de Navarra, ¿no es así?

—Sí, en el convento de Donamaría, una de las monjas me cuidaba de niña y me llamaron para que me despidiera de ella, estaba muy enferma, tristemente murió durante el confinamiento.

—Lo siento mucho.

—Gracias.

—¿Qué relación tenía usted con su padre?

—Bueno… —vacilo a la vez que pienso que mi indecisión me hace ascender vertiginosamente en la escala de sospechosos. No soy una gran lectora, pero, en verano, cuando voy de vacaciones, me gusta tumbarme al sol a devorar novelas y mis favoritas son las policiacas, me maravilla la sangre fría de los asesinos al enfrentarse a la policía. Evidentemente, esto es la vida real y yo carezco de esa actitud completamente, me estoy poniendo tan nerviosa que hasta yo empiezo a dudar de mi inocencia, me dan ganas de llorar y confesar algo que no he hecho y eso que están siendo bastante amables conmigo—. La relación con mi padre era buena. A ver…, había cosas en las que no estábamos de acuerdo, pero era cordial. De hecho, hablé con él unas horas antes de que muriese, por eso me chocó muchísimo lo del suicidio…

—¿Por qué le chocó? —insiste la inspectora clavándome sus ojos.

—Verá, mi padre no era una persona derrotista, al contrario, aceptaba los retos de la vida y rara vez se venía abajo. Tenía planes de

futuro para la empresa, quería que regresara a Madrid cuanto antes para que empezara a trabajar con él, de eso precisamente hablamos el día en que murió. Fue una conversación que no encaja con alguien que va a quitarse la vida ese mismo día.

—Entiendo, ¿y por qué no habló con la Policía entonces sobre sus dudas?

Me vengo abajo, no puedo más, ni siquiera una caja de Lexatin remontaría esto.

—Es que me han ocurrido muchas cosas en muy poco tiempo —comienzo a decir, sin poder evitar que mi voz se quiebre por la emoción hasta acabar en llanto—: la muerte de mi tata María, la de mi padre, que resulta que no es mi padre…, he encontrado unos papeles que apuntan a que me compró cuando nací; y, por si fuera poco, he descubierto que soy la heredera de una gran fortuna, pero también de numerosas deudas que no sé cómo voy a ser capaz de gestionar. De verdad que lo siento…, pero no puedo más.

La inspectora cruza una mirada cómplice con su compañero, mientras me acerca una caja de pañuelos de papel que agradezco enormemente. Soy un desecho de lágrimas y mocos, pero lo cierto es que, después de soltarlo todo, me siento un poco mejor. Desahogarse es un alivio, aunque sea con la policía.

—Y ahora lo del asesinato de su padre…

—Exacto, es demasiado en muy poco tiempo.

—Y supongo que tener como telón de fondo de todo una pandemia no ayudará —me responde la mujer intentando ser conciliadora.

—No.

—Verá, Carmen, no voy a andarme por las ramas, esta mañana nos han llegado las triangulaciones de los teléfonos móviles de las personas más cercanas a Arturo y sabemos quién estuvo con él el día de su asesinato. Ahora mismo es el principal sospechoso.

Mi cuerpo reacciona expectante, ya no hay lágrimas ni mocos, creo que incluso ha dejado de latirme el corazón.

—Usted dirá. Conforme va mi vida últimamente, creo que he perdido la capacidad de sorprenderme.

—No esté usted tan segura, se trata de una persona muy cercana a usted: su marido.

Espero la reacción de mi cuerpo, que me suba la sangre a la cabeza o que una bomba de angustia caiga en mi estómago, pero no, no hay nada de eso, lo cierto es que lo que me sorprende es que no me sorprenda en absoluto, creo que algo dentro de mí lo sabía antes de oír a la inspectora. Los dos me miran esperando mi reacción y yo me veo en la necesidad de justificarme rápidamente.

—¿Fernando?

—El mismo.

—Bueno, Fernando puede ser muchas cosas, pero no creo que sea un asesino —lo digo más por convencerme a mí misma que a ellos, se supone que debo defender a mi marido.

—Puede ser, pero su móvil lo sitúa en el escenario de crimen a la hora en que se produjeron los hechos —me contesta el hombre, hablando por primera vez—. ¿Habló Fernando con usted para comentarle que había estado en casa de su padre ese día?

—No, lo cierto es que no. Durante mi estancia en Navarra, hablamos bastante poco y luego, cuando ocurrió todo, no me dijo nada, lo recordaría.

—Señora Campos —me dice el hombre, haciendo una pausa que se me antoja demasiado dramática mientras me mira fijamente—. ¿Sabe usted dónde se encuentra su marido ahora mismo?

—No —me devano los sesos para añadir algo más, algún tipo de comentario que justifique mi desconocimiento, no sé si decirle a esta gente que Fernando hace muchísimo tiempo que dejó de importarme, que mi pasividad me ha impedido alejarme de él, que no soy capaz de tomar las riendas de mi vida y que me he dejado llevar por una cómoda rutina que me ha anestesiado la existencia y la ha llenado de pura pereza y conformismo.

—Hemos tramitado una orden de búsqueda y captura —me aclara la inspectora—. No se encuentra ni en su domicilio ni en su trabajo. Como usted comprenderá, tenemos que interrogarlo, quiero que entienda que este es un magnífico momento para contarnos todo lo que sabe.

Me hundo, pensaba que ya no podía hacerlo más, pero sí, las palabras de la inspectora me confirman que piensan que soy cómplice de Fernando.

—Le juro que estoy diciendo la verdad, no sé qué hacía Fernando durante el confinamiento. Yo estaba en Donamaría, regresé por la

muerte de mi padre.

Intento ser lo más convincente posible, creo que lo único que me falta es que me metieran en la cárcel.

—Está bien, puede marcharse, pero, si descubre dónde se encuentra su marido, debe comunicárnoslo inmediatamente —me dice mientras me tiende una tarjeta con un número de teléfono.

Siento un alivio enorme que me da fuerzas para despedirme y marcharme de allí, llamo a un taxi y, mientras espero a que venga, pienso en ir a visitar a mi madre. Me abruman todos los frentes que tengo abiertos, pero cada cosa a su tiempo, hoy ya no tengo energías, quiero ir a casa a descansar, aunque no sé cómo haré para librarme de los periodistas apostados en mi casa.

Mientras el taxista conduce por unas calles inundadas de tráfico y avanzamos muy lentamente, se me ocurre que debería probar a pasar por el garaje, resulta que allí no hay nadie aguardándome, así que puedo entrar y salir tranquila.

Nada más entrar en casa, noto que hay algo raro, hay cajones abiertos y, en el piso de arriba, el vestidor de Fernando está revuelto. Llamo a la inspectora para contarle que Fernando ha estado en casa y se ha llevado parte de sus cosas, la mujer intenta que especifique lo que se ha llevado, pero es inútil, no lo sé, me han dado siempre lo mismo las pertenecías de Fernando. Su vestidor es más grande que el mío; de hecho, muchas de mis cosas son regalo suyo, siempre insiste en que debo usar las cosas que él me regala, sobre todo, los bolsos: le gusta cogerme del brazo, especialmente cuando llevo cosas carísimas de pies a cabeza, algo que a mí me incomoda en ocasiones. Sí que he notado que se ha llevado su colección de relojes, estaban en una repisa iluminada como si fueran una obra de arte y había bastantes, es lo único que puedo decir.



Ricardo no se ha movido de su asiento desde que Carmen entró en el despacho, se le da bien calar a la gente y no se ha perdido ni un segundo de sus gestos.

—¿Qué te parece?, ¿lo está encubriendo? —le pregunto acuciante—. Puede que ambos lo planearan. Según los informes, los dos tienen numerosas deudas, tanto personales como en el estudio de arquitectura que tienen. Parece que gastan mucho más de lo que facturan, desde luego, el bolso que lleva ella debe de costar como el sueldo de un mes nuestro.

Mi compañero se ríe ante mi ocurrencia.

—Puede ser, pero parece sincera, yo creo que esta mujer está desbordada por la situación.

—Opino igual, no la veo con la sangre fría de hacerlo o actúa de maravilla, pero no podemos descartar nada todavía, y tenemos que investigar los papales de los que habla: si fue una niña robada, hay que dar parte al juzgado, me consta que existen investigaciones del tema en proceso.

—Conozco a un poli que llevó uno de esos casos, el problema con esa gente es que la mayoría de los implicados son gente muy mayor y los delitos ya han prescrito, es pasmoso como esa gente actuó con total impunidad durante muchísimos años. Además, hay casos por toda España, había auténticas redes organizadas que se dedicaban a traficar con bebés. Imagínate la gente que piensa que sus padres son los biológicos y no lo son, y las miles de mujeres a las que les dijeron que su bebé había muerto sin mayor explicación. Para llevar a cabo una cosa así, tenía que haber mucha gente implicada y mucha,

también, que mirase hacia otro lado.

—Me pasma la catadura moral de algunos. Mira que aquí —digo señalando toda la estancia— nos encontramos con asesinos de todas clases, gente que es capaz de acabar con la vida de otro ser humano por diferentes motivaciones, unos que se arrepienten y otros no; pero, en este caso, estamos hablando de gente que se dedicaba a destrozar sistemáticamente la vida de esas madres, normalmente jóvenes sin recursos, pensando que les hacían un favor a esas criaturas dándoles una vida mejor con sus nuevas familias y enriqueciéndose con ello… Me da mucho asco, para qué te voy a decir otra cosa, Ricardo. Nosotros no estamos aquí para juzgar, solo para pillar a los malos, pero es algo terrible.

Ricardo y yo pasamos la siguiente media hora revisando las declaraciones del caso para seguir con las entrevistas cuando llama Carmen: blanco y en botella, Fernando ha huido con su valiosa colección de relojes. Tengo que montar un dispositivo para pillar a ese cabrón.



—Hooostia puta, no puede ser, joder, joder, joder —susurro para mis adentros al ver la nube de periodistas y fotógrafos en el portal de mi casa—. Dé la vuelta —le ordeno al taxista, que me mira con más atención al ver mi reacción cuando veo la que hay montada en la puerta del edificio.

Tengo que entrar por el garaje y tengo que irme de España inmediatamente… Joder, la puta pandemia, me acabo de acordar de que es imposible coger un avión, un tren… Me voy a la mierda pero ya.

Todo sucede muy deprisa, logro entrar en mi casa sin ser visto y, en menos de diez minutos, tengo una maleta con un montón de cosas que no sé si me servirán de algo, no sé dónde voy a ir. Cojo el coche y salgo de Madrid mientras mi móvil se carga y no para de sonar, tengo que ponerlo en silencio para no desquiciarme aún más. Cuando paro para repostar, veo que mi madre me está llamando y me entran unas ganas irrefrenables de llorar.

—Hijo, ¿cómo estás? Me tienes preocupada.

—Mamá, ahora no puedo explicártelo, pero tengo que salir de Madrid y no sé dónde ir.

—Tranquilo, vete al pueblo, a la huerta del abuelo, allí no te va a molestar nadie.

—Bendita seas, mamá, prometo que luego te explicaré todo, yo no he hecho nada, no te creas nada de lo que oigas.

—Descuida, hijo mío, y ten mucho cuidado.

Cuelgo, apago el móvil y lo tiro en la primera papelera que veo, no sea que la Policía intente localizarme. El tener un plan me tranquiliza un poco, la huerta del abuelo es un sitio ideal para poder esconderse. Es una casa en medio de la sierra con un huerto, cerca de un pueblo que quedó abandonado en los ochenta. Cuando era pequeño, a mi madre le gustaba pasar allí algún fin de semana de verano, ya que hay un río muy cerca y el entorno es precioso, pero hace siglos que no vamos; debe de estar en un estado ruinoso, pero servirá.

Antes de llegar, me pierdo un par de veces, tengo que ir por caminos pedregosos llenos de baches, mi coche no está hecho para transitar por aquí, pero tendrá que aguantarse.

Por fin llego, la recordaba mucho más grande, la puerta está cerrada, pero no importa, me encaramo a la higuera de al lado del corral como hacía de niño y salto, con tan mala suerte que me hago daño en el tobillo derecho; rezo por que solo sea una torcedura y nada más grave, es lo que me faltaba.

Sé exactamente dónde está la llave: debajo del parterre donde salen los dompedros, es una de esas enormes de hierro que hoy en día nadie sería capaz de llevar encima, pesa una tonelada.

Al incorporarme, me reciben las cajas de madera en donde hace mucho tiempo habitaban los conejos de mi abuelo, apiladas y cubiertas por un tejadillo. De repente, me viene a la memoria el día en que mi padre lo montó con un trozo de uralita y me dan ganas de llorar, ¿cómo he llegado aquí? Todo se ha ido a la mierda tan rápido que me da una arcada del vértigo.

La puerta, de una madera robusta, está dividida en dos; muchas veces, mi madre solo cerraba la parte de abajo para evitar que las gallinas entraran en la casa y corriera el aire. Nunca ha cerrado bien, se encajaba y nos obligaba a empujarla para abrirla. Ahora está incluso peor, el paso del tiempo ha hecho que la madera se hinche, por lo que me cuesta horrores que ceda, pero, al final, lo consigo y el alma se me cae a los pies: el caos y la podredumbre se abren paso ante mí.

Mi madre se afanó durante años en mantener cierto orden en la casa, pero, desde que se fue a vivir a Madrid, dudo mucho que haya venido más de un par de veces. Después de que mis hermanos y yo termináramos las carreras, siempre había alguno viviendo en Madrid y ella era incapaz de regresar al pueblo, se le quedaba pequeño, creo que tampoco podía soportar volver a vivir con mi padre, con el que no tenía nada en común.

Todo está bastante ordenado, pero hay polvo por todas partes… y bichos, qué asco. Hay una única estancia que hace las veces de cocina, comedor y salón, que, en realidad, es un único sillón donde mi abuelo solía echar la siesta; y, al lado, un dormitorio con una cama de hierro desvencijada que no tiene ventana. Abro la puerta que da afuera y me dirijo al coche, que he tratado de ocultar lo máximo posible debajo de una carrasca, para coger las cosas que he comprado en la gasolinera. He comprado comida para subsistir unos días, después, ya veremos. Necesito pensar, pero me da tanto asco estar aquí que no tengo muy claro que vaya a soportarlo, ni siquiera me atrevo a sentarme en una de las sillas de la cocina, aun estando exhausto y completamente derrotado.

Me voy al recodo del río, por lo menos ahí puedo respirar aire fresco mientras la casa se ventila, huele raro de tantos años cerrada. El correr del agua me hipnotiza, siempre me ha gustado y, en estos momentos, agradezco que me calme; mi corazón, aun así, va a mil por hora. No comprendo cómo he llegado hasta aquí, no sé qué voy a hacer, tengo que pensar pero soy incapaz de hacerlo, yo solo me encuentro en una espiral de autodestrucción que no sé cómo parar.

Decidido: yo no aguanto más aquí, me voy.



Me educaron para tragar, es algo que no te dicen explícitamente, pero es algo que comprendes con el tiempo. Para mis padres, criar una mujer independiente nunca fue una prioridad, eso era de progres y Dios nos libre de pensar como ellos… Eso jamás de los jamases, aunque luego, cuando te acuestas y antes de coger el sueño, tu cabeza da vueltas y piensas: «Pues en algunas cosas tiene razón esos de izquierdas»; pero eso no lo vas a decir en público, ni siquiera te gusta pensarlo porque te hace sentir culpable, desleal, porque tú estás diseñada para tragar, para mirar a otro lado y pensar lo justo por ti misma, es más fácil.

A mí nunca me ha faltado de nada, he tenido todo lo que he querido y, aun así, siempre me ha recorrido una sensación de insatisfacción que machaconamente no me ha dejado ser feliz. Mi madre nos educó a mis hermanas y a mí para casarnos bien y ser unas amas de casa discretas y solícitas, complacientes. Arturo necesitaba una mujer así, por lo que no había mucho más que hacer. A mí me gustaba, incluso supongo que me casé enamorada o, tal vez, solo algo emocionada por la novedad, tampoco le di muchas vueltas, no me planteé nunca tener otra opción.

Mi matrimonio, al principio, estuvo bien, más que nada por mí, porque estaba ilusionada, expectante, por fin salía de mi casa y ya no tenía que pedirle permiso a mi padre para nada. Arturo nunca me pidió cuentas de nada, ni de lo que gastaba, ni de lo que hacía o deshacía en la casa. Él, se dedicaba a su empresa y yo a mi casa y eso me bastaba, hasta que todo el mundo se empezó a ponerse muy pesado con el tema de los niños; yo nunca había sentido la necesidad de ser madre, pero entendía que la finalidad del matrimonio era esa y, por si acaso yo no lo entendía, mi suegra Herminia no paraba de

repetírmelo: «Hay que dejar un legado, necesitamos herederos, por Dios, Felisa, ¿se puede saber en qué estás pensando? Un año ya desde que os casasteis y aún nada».

No podía ni salir de la cama, no tenía fuerzas para enfrentarme a los reproches de la gente, que, invariantemente, me señalaban a mí como culpable, a veces con sutileza y otras con ataques directos a la cara o entre susurros. No lo soportaba. Caí en una terrible depresión. En honor a la verdad, Arturo nunca me recriminó nada, como me constaba que hacían algunos hombres en situaciones similares, pero, en vez de eso, dejó de tocarme, me hablaba lo justo y se buscó su primera amante; yo a él tampoco le reproché su actitud, pero me dolió. Fueron años horribles en los que tenía que ponerme una careta para salir de mi habitación y fingir durante todo el día que me encontraba bien, levantar el mentón y lucir una sonrisa forzada.

Después, decidí ir al psiquiatra a escondidas, fue mi madre la que me acompañó y la que pidió cita con el sobrino de una amiga. Mentalmente, no fue de gran ayuda, me recetó unas pastillas que me hacían dormir casi todo el día; pero, por lo menos, aquel hombre no opinaba, tan solo me escuchaba y asentía como un autómata mientras yo le relataba mi historia. Pero aquello me curó. Fue en la sala de espera del psiquiatra donde oí hablar por primera vez del doctor Montero; a veces, tenía que esperar más de media hora al hombre y, en una de esas veces, una mujer mayor que yo comenzó a hacerme preguntas indiscretas sobre mi visita al médico. Normalmente, yo me hubiese levantado y me hubiese sentado en una silla lejos de aquella fisgona, pero me había tomado una de las pastillas hacía una hora y me daba todo igual, así que le conté a la mujer mi vida y ella me dio la solución: debía acudir a su ginecólogo, el doctor Montero, él se ocuparía de todo. Le di las gracias a la mujer, me despedí educadamente y me fui directamente al sanatorio Santa Elena a preguntar por sor Margarita, como me había dicho la mujer. Después de eso: placer, calma y una paz infinita, ya nunca más he necesitado pastillas ni he pisado la consulta de ningún médico.

No es que no quiera a Carmen, lo hago a mi manera, siempre le estaré eternamente agradecida por haberme salvado. En el momento en que llegó a mi vida, todo el mundo se centró en ella y se olvidó de mí, lo que fue un auténtico alivio: por fin era libre para dedicarme a mí, a encontrarme bien, y así lo he hecho, desde luego. Me di cuenta de que nadie esperaba nada más de mí, por lo que, a partir de ahí, he hecho lo que me ha dado la gana, eso sí, guardando las apariencias, que para eso soy una mujer exquisitamente educada, de buena cuna.

Por eso, cuando Fernando me ha abordado al salir de casa a través

de la ventanilla del coche, no he acelerado y me he olvidado de él como se supone que debe actuar una mujer de mi clase; lo he dejado subir al asiento del copiloto y he escuchado sus cansinos lamentos pacientemente, está totalmente desquiciado.

Está llorando como un niño pequeño, resulta patético. De algún modo, sé que le he abierto la puerta para oír que mató a Arturo por celos. Cuando vi en las noticias que mi yerno era el principal sospechoso de la muerte de mi marido, mi corazón despertó de repente, llevaba tantos años muerto que ya no recordaba cómo era emocionarse. Tal vez, Arturo había descubierto que me acostaba con Fernando en las sórdidas fiestas a las que a los dos nos gusta acudir y lo había llamado para pedir explicaciones: ambos habrían discutido por mí apasionadamente y el desenlace habría sido un fatal accidente a consecuencia de un arrebato. De ser así, yo ayudaría a Fernando a salir del país y luego, una vez pasara un tiempo prudencial, podría unirme a él en el extranjero y empezar una nueva vida… Hubiese sido tan bonito, tan romántico, hace tanto tiempo que no me siento amada y últimamente no he parado de preguntarme si lo he llegado a estar alguna vez… Pero Fernando lleva gimoteando a mi lado más de diez minutos y sus explicaciones son cada vez más patéticas, no lo soporto.

Mientras gimotea, me da tiempo a estudiarlo con más detenimiento, ha empeorado mucho en los últimos años. Tiene ojeras y su tono de piel es cada vez más cetrino, se nota que ya no hace ejercicio, desde que dejó el pádel, cada vez está más blandito, de eso puedo dar fe; pero, en estos momentos, lo que más me llama la atención es su pelo: se está quedando calvo por momentos. En los interiores, disimula un poco porque aún le queda algo de pelo encima de la frente, pero ahora, a la luz del día, puedo ver que una franja cada vez menos poblada le rodea la cabeza, por no hablar del círculo completamente sin pelo que corona su cabeza; como es alto, no me había dado cuenta, pero ahora que está sentado y mira para todas partes nervioso, puedo verla sin problemas. El atractivo que tuvo hace unos años se ha diluido y ahora tengo delante a un cuarentón del montón. Si supiera lo que estoy pensando, seguramente le daría un ataque, Fernando siempre ha sido muy vanidoso, lo que más le preocupa en el mundo es lo que los demás piensen de él; él siempre se ha tenido en alta estima y no se ha dado cuenta de lo ridículo que resulta en muchas ocasiones.

—Te lo juro, Felisa, tienes que ayudarme, me robaron el móvil, por eso la Policía me sitúa en casa de Arturo, tuvo que ser el asesino, alguien que lo tenía todo planeado… Por Dios, Felisa, por lo que más quieras, tú conoces a mucha gente, me tienes que sacar de España.

—Fernando, eso es del todo imposible y más conforme están las cosas con el COVID, búscate un agujero y escóndete hasta que se calmen las cosas.

—No puedo, Felisa, te juro que no puedo, no lo soporto —gimotea mientras empieza a caérsele un moco de la nariz. Qué asco, por Dios, empiezo a sentir por él una tremenda aversión que se extiende por todo mi ser, en qué momento se me ocurrió acostarme con semejante guiñapo de persona—. Vengo de Cuenca, de una casita que tiene mi familia en la sierra, pero no he podido permanecer allí ni cuatro horas. Felisa, te lo suplico, por lo que más quieras, ayúdame —implora desesperado.

—Voy a darte el dinero que llevo encima, incluso mi reloj, lo puedes empeñar y sacar bastante dinero, pero no puedo hacer nada más por ti, ya me arriesgo mucho haciendo esto: si alguien se entera, pensará que soy tu cómplice.

De repente, Fernando se seca la cara con la manga de su chaqueta y es como si se hubiese convertido en otra persona, una sonrisa estremecedora surca su rostro y, con una calma inusitada, me dice:

—No, Felisa, tú vas a ayudarme a salir del país. Si la Policía me pilla, les diré que somos amantes y que me obligaste a matar a Arturo. Vamos en tu coche a Portugal.

Por un momento, creo que voy a desmayarme.



Me siento terriblemente pequeña mientras recorro la acera, Nieves va a mi derecha, sujetándome la mano como intentando insuflarme energía a través de ella, y Pepe va a mi izquierda como un guardaespaldas, atento a cualquier contratiempo para poder intervenir.

—No vaciléis, entrad en el portal como si fueseis a vuestra casa —nos susurra Pepe cuando nos disponemos a cruzar el grupo de periodistas dispersados y aburridos que aguardan a mi hija en la acera. Mi hija, aún me cuesta interiorizar esa palabra. Mi hija está viva, es una mujer adulta y estoy a un paso de conocerla, las piernas me tiemblan y el corazón amenaza con salirse de mi pecho.

Nada más entrar, el portero nos recibe con mirada recelosa. Con esto de llevar mascarillas nunca sabes si tus interlocutores te están sonriendo o te ponen mueca de asco.

—Buenas, ¿me podrían decir a dónde se dirigen?

—Venimos a ver a la señora Campos —dice Nieves resuelta.

—¿La señora Campos los espera?

—No —respondo en un susurro, no había contado con esto, mi ánimo se desploma.

—Un momento, por favor —nos pide el hombre, que coge un teléfono.

Me dan ganas de gritar, seguramente esté hablando con Carmen, mi hija. Tengo todo el derecho del mundo a subir, pero me quedo ahí pasmada sin poder decir nada.

—Sí, un momento, la señora Carmen pregunta quiénes son.

—Dile que es su madre, su madre de verdad —salta Pepe, dejándonos a todos con la boca abierta.

El hombre nos mira y trasmite el mensaje. En ese momento, nos hace un gesto para dejarnos pasar.

—El ascensor está ahí, séptimo B.

Los tres subimos en silencio, no nos atrevemos a mirarnos a los ojos.

Salimos a un rellano sobrio y elegante y, frente a nosotros, hay una mujer en el quicio de una puerta, expectante. Es mi hija, no me hace falta nada más que un vistazo para reconocer en ella a mi tía Piluca, la genética, a veces, tiene cosas maravillosas.

Comienzo a andar hacia ella, Nieves y Pepe se quedan en mi retaguardia y pierdo el contacto visual con ellos. Sigo avanzando.

Hay unos segundos infinitos de silencio, de reconocimiento, de algo inexplicable que nos envuelve.

—Carmen, soy tu madre —logro decir con un suspiro.

Ella se abalanza hacia mí y me abraza con todas sus fuerzas. He pensado en este momento miles de veces y solo siento un gran alivio porque el instante real ha superado todas mis expectativas. No sé cuánto permanecemos así, después de un rato, solo logro ver a mi lado a Nieves y Pepe invadidos por las lágrimas. Una ola de sentimientos me invade y soy incapaz de saber cómo he llegado a un enorme salón y estoy sentada con mi hija al lado cogiéndome la mano.



Intento no pensar, tan solo vivir los acontecimientos tal cual vienen, no puedo procesar tantas cosas. No quiero mirar más al precipicio que se ha abierto ante mí en los últimos tiempos, mi cerebro ha decidido que no puede vivir con tanto dolor; creo que una parte de él, el sistema límbico en su totalidad, se ha desconectado. Así que, cuando Juan, el portero, me llama para decirme que abajo se encuentra mi auténtica madre, la biológica, la que me parió, intento no pensar en lo que realmente representa, me esfuerzo por tranquilizarme.

Voy a conocerla y me dejaré llevar por las emociones. De todo lo acontecido en mi vida en los últimos días, esto, sin duda, es lo mejor, así que me obligo a disfrutarlo: si me ha encontrado, es que le importo, y eso, en estos momentos de mi vida, es una bendición.

En cuanto la abrazo, noto que soy parte de ella, es el primer momento de calma total en mucho tiempo. Con su mirada me lo está diciendo todo, lo que me quiere y lo que ha sufrido por mí.

Resulta que mi madre es una mujer maravillosa. Me cuenta su historia y lloramos juntas, no deja de abrazarme, de besarme, como si me debiese tanto cariño acumulado durante tanto tiempo que ahora lo tiene que suplir, y yo me dejo querer, lo necesito.

Es terrible lo que nos han hecho, lo que le hicieron a ella, se aprovecharon de una niña asustada y de sus circunstancias y cambiaron la vida de dos seres humanos jugando a ser Dios.

Llevo un buen rato absorta en Macarena, tan concentrada en ella que no me he dado cuenta de que hay una pareja mirándonos en silencio. Miro al hombre y enseguida se presenta.

—Buenas tardes, señora, soy José Peña, pero puede llamarme

Pepe, para servirle en lo que guste.

—Encantada.

—Yo soy Nieves, su mujer. Somos amigos de Macarena y, a partir de ahora, puede contar con nosotros para lo que necesite —se explica la mujer sin poder retener las lágrimas en los ojos. Es una situación llena de emociones, de ternura y, en cierto modo, de alivio porque al fin salga la verdad que durante tanto tiempo ha permanecido oculta a nuestra mirada.

Creo que pasamos más de cinco horas los cuatro juntos, hablando, comprendiendo y aprendiendo a aceptarnos en nuestras vidas. Cuando comienza a anochecer, se despiden, no sin antes quedar conmigo para el día siguiente. Cuando salen por la puerta, me invade una extraña paz y una rara sensación de que el tiempo pone todo en su lugar y de que las cosas van a ir a mejor; inevitablemente, ese pensamiento me lleva a pensar en Óscar.

Pensar en él me hace sentir como una adolescente, corro a la ducha y noto como una extraña electricidad recorre mi cuerpo, apenas lo conozco, pero estoy deseando estar junto a él.

Cruzo la calle como flotando, siempre había dado por sentado que jamás volvería a tener esa sensación, y no puedo evitar reírme de mi misma al verme así.

Cuando abre la puerta, lo veo expectante, pero creo que se alegra de verme. Hoy me recreo en estudiarlo detenidamente y me gusta lo que veo. Cojo la copa de vino que me tiende y lo sigo a la terraza. Allí me quedo pasmada, me dan ganas de llorar de la emoción, hacía muchísimo tiempo que nadie se tomaba tantas molestias por mí: la mesa está puesta impecablemente y adornada con una jarra con flores y farolillos de luz solar que hacen un ambiente único. Hay como cinco platos esperando ser degustados y no sé por cuál empezar, él parece leer mi pensamiento:

—Empieza por los mejillones a la marinera. Si se enfrían, se arruinarán.

—De acuerdo, muchas gracias, parece que has trabajado mucho.

—La verdad es que he estado todo el día cocinando, pero he de decirte que hacía mucho que no me sentía tan feliz.

Noto como me ruborizo, es una sensación tan placentera que hace que me relaje y comience a disfrutar de la comida.

—Está riquísimo, no me importaría cenar así todos los días.

Nada más pronunciar la frase, me arrepiento, no quiero agobiarlo, no quiero que este momento tan bonito se esfume.

—A mí tampoco.

Respiro aliviada.

—¿Qué tal tu día? —me pregunta como si tal cosa, aunque noto como me presta toda su atención.

—Rutinario, lo de siempre, esta mañana he tenido que ir a comisaría por el asesinato de mi padre, resulta que el principal sospechosos es mi marido. Después he tenido que esquivar una horda de periodistas que me acechan para entrar en mi casa, donde he conocido a mi auténtica madre, porque resulta que los que yo pensaba que eran mis padres me compraron nada más nacer —le cuento casi sin respirar y apuro mi copa de vino cuando termino.

Óscar me observa boquiabierto, no da crédito, normal. Está tratando de averiguar si estoy de broma, soy irónica o está delante de una loca.

—La verdad es que lo de tu padre lo sabía, te he buscado en Google y he flipado, no sabía quién eras hasta ayer.

—¿Asustado?

—Bueno, creo que esa no es la palabra.

—Aterrado.

Los dos rompemos a reír y me doy cuenta de lo bien que me siento a su lado, creo que este es nuestro primer momento de complicidad.

—No, más bien sorprendido y ahora muy intrigado, estoy deseando que me cuentes más.

Durante la hora siguiente, narro lo que ha sido mi vida en los últimos tiempos ante su atenta mirada, llena de empatía y comprensión, hasta que, en un acto reflejo, me coge la mano y los dos permanecemos en silencio un buen rato. Supongo que ese es el preciso instante en el que deberíamos besarnos y, de algún modo, sé que ambos pensamos lo mismo; pero es demasiado pronto, yo no estoy preparada, tengo que gestionar mucho dolor y sanar. Agradezco profundamente que ni siquiera lo intente, con su mirada me dice que me entiende y que esté tranquila Se acurruca entre nosotros un silencio confortable, como si fuésemos una pareja de ancianos que ha permanecido junta toda la vida y no necesita hablar para comprender

que están bien.

Dormimos así, mirándonos a los ojos sin mediar palabra, sin casi rozarnos, y es la noche más bonita que he pasado en toda mi vida.



—La hostia puta —mascullo con un cabreo monumental.

Ricardo me cuenta las últimas novedades: tenemos el móvil de Fernando, que tiró en una papelera de una gasolinera, y hemos rastreado su coche hasta una casa perdida por la serranía de Cuenca, pero ya no está. No lo entiendo, en toda la Península hay miles de controles debido a la pandemia y al cabrón este no lo han parado en ninguno. Hace dos horas que di la orden de búsqueda y captura y nada, por huevos ha tenido que cambiar de coche.

—Alguien le tiene que estar ayudando, quiero que localicen a su círculo más cercano: familiares, compañeros de trabajo y amigos. Quiero saber dónde se encuentran ahora mismo y que les pinchen los teléfonos.

—No le va a ser nada fácil escapar, jefa —intenta tranquilizarme Ricardo, sabe que soy muy eficaz cuando me sube la adrenalina pero que, a veces, colapso si me paso—. Hay controles por todas partes, las fronteras están cerradas a cal y canto, no puede coger ningún avión ni tren… Su única opción es esconderse y, aun así, es difícil: los hoteles, las casas rurales, etcétera están cerrados, no puede meterse en un agujero y esperar. Además, está el toque de queda.

—No hay que subestimarlo, tenemos que cogerlo como sea.

FERNANDO 2020

Felisa no se ha tomado muy bien lo de tener que ayudarme, no me fío de ella en absoluto. No sé cómo voy a pasar a Portugal, ni siquiera soy capaz de asimilar que soy un fugitivo. La suerte me acompaña porque tampoco me han parado en ningún control policial. Mientras Felisa conduce, me descargo compulsivamente todas las rutas de senderismo que me lleven al país vecino: cruzar la frontera en coche es demasiado arriesgado, no sabría qué excusa poner con el COVID; tampoco puedo ponerme a falsificar ningún documento. No tengo medios para nada, esto es un puto desastre.

Me dedico a estudiar las carreteras secundarias y las rutas que me puedan acercar a mi objetivo y, un poco por azar, trazo el camino que debemos seguir. Pongo en el GPS Puerto Seguro; en la Wikipedia pone que, en el 2017, tenía 62 habitantes, no creo que ahora tenga muchos más, me parece el sitio perfecto, no creo que haya mucha vigilancia y está cerca de la frontera con Portugal. Le digo a Felisa que siga las indicaciones y obedece sin inmutarse. Paso el resto del viaje intentando no dormirme, no me fío nada de esta mujer, estoy seguro de que va a intentar escapar a la mínima ocasión, yo también lo haría.

El paisaje es estupendo, lástima que no me pueda recrear en él, tengo la cabeza a punto de estallar, tengo mucho que pensar…, demasiado. En cuestión de días, he pasado de tenerlo todo (un futuro prometedor, un estudio de arquitectura con el que siempre había soñado, una mujer guapa y rica a mi lado, dinero a manos llenas…) a la incertidumbre. No quiero pensar en esto o acabaré deprimiéndome, pero el futuro se cierne sobre mí, cada vez más negro, menuda putada.

Por fin llegamos al pueblo, es más grande de lo que pensaba, supongo que en invierno es un pueblo fantasma y en verano se llena

de vida con gente que escapa de las grandes ciudades buscando un poco de paz. No se ve ni un alma, tan solo hemos visto a una mujer trabajando en una huerta y ha parado todo lo que estaba haciendo para estudiarnos con detenimiento. Aquí la gente también está confinada, pero dudo mucho que haya algún caso de COVID, las cosas absurdas que ha creado esta pandemia…

Le digo a Felisa que salga del pueblo y continúe por una carretera mucho peor que la que nos ha traído hasta aquí, que ya es decir. Tenemos que buscar refugio para pasar la noche, no va a tardar en hacerse de noche. Estoy hambriento, he comprado algunas cosas cuando hemos parado para echar gasolina, pero no me apetece ni un sándwich rancio ni una bolsa de Doritos, joder, llevo comiendo eso más de lo que mi estómago puede soportar. Me muero por ir a un restaurante de los que frecuento y dejarme llevar por las delicias de sus cartas o, a las malas, abrir una de esas latas maravillosas que Carmen me compraba en la tienda *gourmet* de abajo y acompañarla con unos ibéricos, un buen queso y un crianza… Joder, joder, joder, no sé si alguna vez volveré a esas cosas, ese pensamiento me pone el estómago del revés y me provoca una arcada. Felisa da un respingo junto a mí, pero no me hace ningún comentario… Está muy callada.



Esto es una pesadilla, Fernando ha perdido completamente el control de su vida y yo soy su rehén, me da un miedo terrible. Está completamente desquiciado, quiere cruzar la frontera a pie, no entiendo para qué, en Portugal no conoce a nadie y no tenemos sitio al que acudir, allí también hay confinamiento y la Policía no va a tardar en pararnos, no paro de rezar para que así sea.

Me ha obligado a transitar por una carretera horrible a las afueras de un pueblo que no sé ni cómo se llama, creo que estamos en la provincia de Salamanca. En un recodo, me hace aparcar el coche y trata de ocultarlo sin mucho éxito tras unos arbustos para que no se vea desde la carretera. Me agarra del brazo y me hace emprender la marcha. Él lleva una bolsa con comida y engulle un dónut de dos bocados. «Dios mío, qué asco da, no puedo creerme que me haya acostado con él, me dan ganas de vomitar». Por supuesto, no es capaz de ofrecerme; aunque lo hiciera, no creo que fuese capaz de ingerir nada, lo único que siento es repugnancia.

Después de un rato andando por un camino, encontramos una edificación pequeña, construida en alto, supongo que será algún tipo de refugio para pastores o gente del campo. Fernando se sube a la pequeña plataforma en la que está construida e intenta forzar la puerta, que enseguida cede.

—¡Pasa! —me ordena.

—Yo no pienso entrar ahí —replico intentando mantenerme firme.

Él baja de un salto y me agarra fuerte del brazo.

—¡Claro que vas a entrar! —me grita retorciéndome la mano y

haciéndome mucho daño—. No tengo tiempo para gilipolleces, estoy muy cansado.

Me obliga a entrar en la casa y me tira al suelo.

—No te muevas de ahí, tendremos que pasar aquí la noche. Intenta dormir todo lo que puedas porque mañana por la mañana emprenderemos camino hacia Portugal.

Yo asiento sin decir nada como única respuesta, pero pienso en lo idiota que es. La verdad es que estoy muy cansada, pero dudo mucho que me venza el sueño, estoy muy alterada.

Fernando sale a explorar los alrededores durante unos minutos, yo me asomo a la puerta en alguna ocasión y él me grita que ni se me ocurra salir. No me quita ojo, tendré que esperar a que se duerma para intentar escapar. Esta situación es de locos.

Cuando se tumba a mi lado, mi estómago se retuerce, intento cerrar los ojos y concentrarme en mi respiración, pero es inútil, no lo soporto.

La noche se cierne poco a poco sobre nosotros. Yo intento concentrarme en mi respiración, evadirme de todo para intentar descansar, pero, a mi lado, Fernando ronca como una morsa, no creo que en un buen radio alrededor nuestro haya alguna alimaña que haya podido conciliar el sueño.

De repente, noto como se pone a tiritar a mi lado; no se ve nada, pero, instintivamente, levanto mi mano y se la pongo en la frente, está ardiendo de fiebre. Intento levantarme como un resorte, pero él me agarra con fuerza y me lo impide. Con esta oscuridad, poco puedo hacer, tengo que pensar, tratar de tranquilizarme y esperar a que amanezca. Fernando se incorpora y comienza a toser hasta casi ahogarse, le falta el aire. En circunstancias normales, me agobiaría, pero ahora mismo lo único que pienso es que ojalá se muriera y así poder escapar.

Poco a poco, la luz comienza a inundarlo todo y puedo comprobar como Fernando tiene muy mala cara, está empapado en sudor y ha comenzado a convulsionar por la fiebre, tiene los ojos cerrados y ha comenzado a murmurar: «Llama a Carmen». Es curioso como ahora, en su peor momento, se acuerda de ella, con lo cabrón que ha sido. Me enciendo de rabia y me incorporo corriendo, salgo por la puerta empujándola con furia y corro hacia el coche, por delante me llevo toda la maleza que arrastran mis pies.

Al llegar al coche, me maldigo, Fernando tiene las llaves. Vuelvo

sobre mis pasos y, al llegar a su lado, compruebo que cada vez está peor y, por primera vez, caigo en la cuenta de que probablemente tenga el coronavirus y tal vez yo esté contagiada, lo que hace que se me hiele la sangre. No sé si es por sugestión, pero comienzo a vomitar. No puedo creer que me esté pasando todo esto, me dan ganas de gritar, necesito que venga alguien a rescatarme y me saque de todo esto, llegar a casa, darme un largo baño de sales y luego dormir hasta hartarme en mi cama, con sus sábanas de miles de hilos que huelen a lavanda.

Por fin logro rescatar las llaves del pantalón de Fernando, no he podido evitar vomitarle encima. No creo que le importe, está delirando, creo que no es consciente de lo que pasa a su alrededor, incluso tiene los ojos en blanco, puede que se esté muriendo. Pensar en ello me hace abrir nuevas posibilidades, mi primer impulso es salir de aquí y conducir como una loca hasta Madrid, encerrarme en casa y olvidarme de todo esto, pero lo mismo no es la mejor opción… Tengo que pensar. Si Fernando se muere, tarde o temprano alguien lo encontrará, la verdad es que no me encuentro con ánimos de enterrar el cadáver o moverlo. De todos modos, yo no he hecho nada malo, ha sido él el que me ha arrastrado a la fuerza hasta aquí, debería buscar a las autoridades y entregarlo, voy a quedar como una heroína, eso seguro. Sí, eso haré.



—Jefa, acaban de llamar de la comandancia de la Guardia Civil de Ciudad Rodrigo, tienen al sospechoso —nos dice un agente que se asoma por la puerta del despacho.

Un alivio fabuloso recorre mi cuerpo, pero, acto seguido, me recrimino mi poco conocimiento de la geografía española, no tengo ni idea de dónde está Ciudad Rodrigo. Parece que Ricardo me oye pensar, porque, mientras se pone en marcha, me mira y me dice:

—Vámonos para Salamanca.

Lo mismo se nos ha ido un poco la mano con el dispositivo: cuatro coches patrulla con las sirenas a todo trapo vamos por la AP-6 como en una película americana. Pero Fernando no se me puede escapar.

Estoy en todo momento al habla con la Guardia Civil, que ha acotado el perímetro de donde se encuentra: una finca en el término municipal de Puerto Seguro. Miro en el mapa y compruebo que linda con la frontera con Portugal. Supongo que su plan era pasar al país vecino andando, pero eso le hubiese valido de bien poco: gracias a la tecnología, si te buscan en cualquier país de Europa, en el momento que pases cualquier control, te interceptan, y, hoy por hoy, hay cientos de controles por todas partes.

Hacemos el viaje en tiempo récord, con esto del confinamiento apenas hay tráfico y se nota que todo el mundo tiene ganas de acción, mis compañeros han pisado el acelerador más de la cuenta.

Al llegar a la finca, me quedo perpleja con el despliegue, se ve que los guardias civiles están tan hartos como la policía de los controles y todo el que ha podido se ha apuntado. Fernando ya puede estar parapetado con un búnker de armas, que de aquí no sale. Hay policías

y guardias civiles parapetados en cada árbol, completamente armados.

Ricardo y yo nos acercamos al puesto que se ha improvisado a un lado del camino. Allí se encuentra la señora Campos hecha un manojo de nervios junto con un médico que la atiende.

—Creo que tiene COVID, tenemos que aislarla inmediatamente —suelta el hombre haciendo que instintivamente todos demos un paso atrás.

—Nos gustaría interrogarla —me apresuro a decir antes de que se la lleven—, es importante para la investigación.

—En la ambulancia tenemos equipos de protección, deberán ponérselos, pero dense prisa, le está subiendo la fiebre muy deprisa.

Ricardo y yo asentimos y nos dirigimos a donde el médico nos señala. Allí, una mujer nos enfunda en dos trajes de plástico que nos cubren enteros; evidentemente, no procede que nos echemos a reír, pero es inevitable esbozar una sonrisa cuando estamos frente a frente. Nos encaminamos hacia donde se encuentra la señora Campos, que tiene muy mala cara.

—Señora Campos, ¿puede contarnos qué ha pasado? —le pregunto para no perder mucho más tiempo.

—Ese hombre está loco. Yo salía de mi casa tan tranquila para ir a hacer la compra cuando me abordó y me raptó, me trajo hasta aquí, quería pasar a Portugal por una ruta de senderismo, está loco, se lo puedo asegurar. Hemos dormido en aquella casucha, la última vez que lo vi estaba delirando por la fiebre, no sé si seguirá vivo…

Las últimas palabras de Felisa me ponen en guardia, lo necesitamos vivo, ya la interrogaremos más tarde, es hora de pasar a la acción. En menos de un minuto, doy la orden y entramos en la finca hasta la pequeña construcción donde Felisa nos ha dicho que se encuentra Fernando. Seis policías parapetan la casa y Ricardo y yo nos apostamos a ambos lados de la puerta con nuestras pistolas preparadas para disparar. El olor es nauseabundo, huele a vomito intensamente.

—¡Fernando, salga con los brazos en alto, policía! —grito con todas mis fuerzas.

Después de unos segundos de tensa espera, repito mi frase ante la falta de respuesta.

Nada.

—¡Fernando, salga inmediatamente, vamos a entrar!

Nada.

Le hago una señal a Ricardo y este derriba la puerta de una patada, ninguno de los dos puede evitar una mueca de asco ante el olor. Tardamos una milésima de segundo en darnos cuenta de que no hay nadie dentro de la estancia.

—Mierda, se ha escapado —bufa Ricardo, saliendo a toda prisa a mi lado.

Pongo a todos los efectivos de los que dispongo a buscar a Fernando; según Felisa, es imposible que se encuentre muy lejos. En menos de cinco minutos, todo el mundo se pone en marcha y comenzamos a batir la zona.

Ricardo y yo nos aventuramos por un terraplén en el que nos parece ver unas huellas y, al cabo de unos cinco minutos, logramos atisbar un cuerpo tirado en el suelo. Corro hacia él mientras Ricardo pide que venga un médico con urgencia.



«Todas las decisiones que tomamos en la vida tienen consecuencias, siempre» es una frase que constantemente nos repetía mi madre de pequeños, para que no nos desviáramos del buen camino y fuésemos buenos estudiantes; y ahora me atormenta a todas horas aflorando en mi cabeza como una ametralladora.

No sé en qué momento me convertí en lo que soy, llevo tres semanas en la UCI y he tenido tiempo para pensar: mi vida entera se ha ido a la mierda y ahora solo me queda llorar en esta cama incómoda de hospital dándome pena a mí mismo. No me tomé un segundo en reflexionar, lo tenía todo, tan solo debía esforzarme un poco por ser feliz. Ahora no son los lujos lo que más echo de menos, es a Carmen, la complicidad que tuvimos en un tiempo que ahora parece que perteneció a la vida de otro. Me martiriza pensar que ya no se puede hacer nada más y que jamás me quitaré la culpa del daño causado, y me sorprende que lo único necesario para llegar a esta conclusión haya sido que me pare a pensar, tan solo reflexionar. Me puse el mundo por montera y me llevé mi vida por delante sin darme cuenta; una decisión, tan solo una, ha hecho falta para hacerme un desgraciado el resto de mi vida.

Los médicos me han dicho que me van a quedar bastantes secuelas del COVID, he perdido bastante de mi capacidad pulmonar y no saben cómo van a poder arreglarlo, aunque para qué… Del hospital iré a pasar bastantes años en la cárcel y después de eso no me quedará un céntimo. No creo que pueda vivir con nada después de haberlo tenido todo. Tenía una vida de puta madre y lo he jodido todo, Carmen no quiere saber nada de mí, lo asumo, le he jodido bien la vida, aunque espero que algún día sea capaz de perdonarme. Pude hablar con ella por teléfono, la verdad es que fue patético porque yo

no pude parar de llorar y a ella le daba completamente igual mi situación. Esa indiferencia me duele, son muchos años juntos.

SEIS MESES DESPUÉS, CARMEN 2021

Hay un momento para el dolor, para romperse y caer hasta lo más profundo, y un momento para sanar, cuidarse y resurgir.

La vida te da la vuelta en el momento en que menos te lo esperas, sin avisar, sin tu permiso. Tú te quedas quieta, aguantando el dolor como puedes, concentrándote en respirar y rogando por que la brecha que se ha abierto en tu alma se cierre, viviendo el momento para no mirar a la cara al abismo que se abre frente a ti.

Alguien me dijo una vez: «Concéntrate en lo que te toque en ese momento y no pienses en lo que va a pasar mañana: ahora comer, ahora dormir, ahora correr… Es la única forma de que pase el tiempo y mitigue la angustia, porque todo pasa y todo llega, el tiempo es la clave, es lo único que pone cada cosa en su sitio». Ahora, la paz se va abriendo paso poco a poco en mi interior y estoy aprendiendo a estar en mi centro, a quererme, valorarme e intentar vivir la vida de manera que pueda ser feliz. Sea como sea, lo peor lo he pasado ya; de ahora en adelante, lo que queda ha de ser mejor. Desde luego, todo esto me ha hecho mucho más fuerte.

Después de unas pérdidas terribles, la traición. Nunca nadie me había hecho tanto daño, nunca pensé que la persona a la que elegí como compañero de vida, después de tantos años juntos, sería el verdugo que me hiciese sufrir más que ningún otro ser humano, de esa manera tan mezquina y cruel.

He sentido como el dolor brotaba de mi pecho a borbotones y me rompía el alma, como se extendía hasta casi estrangularme y dejarme sin respirar. No podía comer, no podía dormir, tan solo rezar para que el tiempo pasara y el desconsuelo se fuese diluyendo. No le deseo algo así ni a la peor persona del mundo.

El cuerpo es sabio: cuando sufres un dolor físico que no puedes soportar, te desmayas. Pues lo mismo ocurre con el dolor del alma, llega un momento en que dejas de padecer, de pensar, de sentir y te limitas a existir; después, el tiempo se encarga de poner orden, en tu cabeza y en tu alma.

El destino es caprichoso y solo puedes confiar en que se apiade de ti. Da miedo, mucho miedo, sobre todo cuando son cosas que no has elegido tú, que te han impuesto sin consultar.

Después de todo lo que ha pasado, ahora estoy bien, en paz, tomando decisiones desde la tranquilidad y olvidándome de la vorágine de emociones que me ha dejado exhausta. Ahora toca cuidarme, centrarme en mí, cicatrizar las heridas y luchar para volver a confiar en otro ser humano. Es un proceso lento, que avanza firme y seguro y que algún día terminará para dejar paso a una nueva existencia: un yo mejor.

He tenido que gestionar mucho dolor, a veces sentía como me partía en dos buscando un porqué, hasta que me di cuenta de que era algo inútil: puedes intentar arreglar las cosas que dependen de ti, pero no las elecciones de otras personas. Fernando tomó sus decisiones y será él el que pague sus consecuencias: el momento en que empujó a Arturo desde lo alto de su ático, ese preciso instante, es el que acabó con la vida que tenía; lo tenía todo a su favor, pero él nunca lo valoró. Supongo que no pensó, a veces nos dejamos llevar por las emociones y tomamos decisiones irreversibles.

Yo he pasado por todas las fases posibles: negación, frustración, ira…, y ahora me he quedado en una confortable indiferencia hacia él que me arropa cada noche; y, por fin, después de mucho tiempo, puedo descansar en paz, con la conciencia tranquila y el alma en paz.

No me puedo quejar, soy una privilegiada, el dinero es lo que tiene, he vendido todo: la empresa de mi padre, la mansión, las propiedades… He logrado pagar todas mis deudas y, aun así, me ha quedado suficiente dinero como para vivir cómodamente durante el resto de mi vida. Me he enfrentado con todo sola y he logrado liquidarlo de la mejor manera posible, me siento orgullosa de mí, es algo que no sentía desde hacía mucho.

Mi madre, Macarena, es una persona maravillosa, conocerla es de las mejores cosas que me han pasado en la vida. Me duele que tenga una enfermedad que la hará diluirse en el olvido, pero, de momento, la mantenemos a raya, viajamos todos los meses a Madrid para un tratamiento experimental, que parece que está funcionando.

Nos hemos venido a vivir a Cádiz. Vine con mi madre, Nieves, Pepe y… Óscar a acompañarla a ver a su familia y, poco a poco, esta tierra tan maravillosa se apoderó de mí y no he podido evitarlo. Mi nueva familia me ha acogido con los brazos abiertos, como si siempre hubiese pertenecido a ella toda la vida. Macarena ha comprado una casa en la playa de La Barrosa donde ahora vivimos las dos. Bueno, en realidad, los tres: Óscar permanece a mi lado desde hace unos meses, junto a mí, dándome apoyo y confianza.

No sé dónde me llevará está relación, pero, de momento, estamos a gusto juntos. Nos estamos tomando nuestro tiempo en conocernos. Él trabaja con el ordenador unas horas al día y luego me ayuda con una aplicación de decoración de interiores que estoy desarrollando. Disfrutamos el uno del otro sin más pretensiones, sin prisas, sin ningún objetivo concreto: la vida dirá. He aprendido a vivir el día a día sin preocuparme por el mañana y soy feliz apreciando lo que tengo y, sobre todo, lo que soy.

FIN



AGRADECIMIENTOS

De todas mis novelas, sin duda, esta es la que más esfuerzo me ha costado terminar por el momento vital en el que estaba. Creo, espero y deseo que la etapa de la vida que acabo de concluir termine definitivamente y que sirva para hacerme más fuerte.

Mi alma se ha roto en pedazos y he sentido tanto dolor que, en ocasiones, pensaba que no lo podría soportar, pero tengo la suerte de contar con personas que me quieren con todo su corazón y, gracias a ellas, me puedo levantar y seguir adelante, así que esto va por todas ellas.

A mis hijos, que son el centro de mi vida y me han dado una lección de amor incondicional. Gracias por abrazarme cada noche y colmarme de amor.

A mi hermana y a mi madre, que han compartido conmigo dolor y sufrimiento, todo lo que nos espera ya es bueno, estoy segura. Gracias por no dejarme sola.

A Virgi, que tiene la mejor alma que hay sobre la faz de la Tierra, la más pura que te puedas encontrar. Te quiero mucho, ya lo sabes.

A mi parce Esther, que me ha sostenido cada vez que me he tambaleado, no sabes lo agradecida que estoy de tenerte en mi vida, no sé qué habría hecho sin ti. Y, por extensión, a Blanca, que me ha ayudado a fortalecer cuerpo y mente. Gracias.

A Ruth, que, en la distancia, ha sabido estar ahí. Nuestro amor es amor verdadero, del puro e inalterable. Poco a poco te prometo que me recuperaré y haremos grandes cosas juntas. Emilio, MC, Celia María…

A mi Paz, Nieves y María por estar junto a mí siempre, por todos esos momentos maravillosos que compartimos y los que vienen, da igual el tiempo que pase, tenemos un maravilloso tesoro de amistad y amor.

A Encarni, que me ayuda y me solventa, que es capaz de parar el reloj y acudir a tu lado antes de que caigas.

A María y Adela, que se han convertido en un gran apoyo. Este verano va a ser un gran verano y lo sabéis.

A mis compañeros de trabajo, Emilio, Ana, Ana Cristina y Marian. Sin vosotros hubiese sido todo mucho más difícil. Me habéis abrazado, me habéis escuchado y habéis llorado conmigo cuando lo he necesitado. Soy muy afortunada de trabajar con vosotros.

A los Fuentes, que tenemos que permanecer unidos siempre.

A María José y José Vicente. Vais a estar ahí toda mi vida, lo sé. Gracias por estar a mi lado.

A mis gorrinacas, que están a mi lado aunque no estemos juntas. Gracias por vuestra fuerza.

A toda la gente que está ahí en redes sociales. Siempre he contado con vuestro apoyo incondicional y, ahora más que nunca, me habéis demostrado que estáis en los malos momentos.

A Mario, por los momentos presentes, pasados y futuros, por seguir disfrutando. Gracias por ayudarme a encontrarme y sobre todo, por sacar de nuevo la luz que habitaba en mí y parecía que se había extinguido.



“Barridos por el salitre” 2014

“Los círculos del alma” 2015

“Las hijas de BANU” BANU I 2016

“El legado de Ava” Finalista premio literario Amazon 2017

“El tiempo sin Ella” BANU II 2018

“Anacronía de una Marquesa” Finalista premio literario Amazon 2019

“La niña de Libisosa” 2020

“Los días que no se ven” 2022



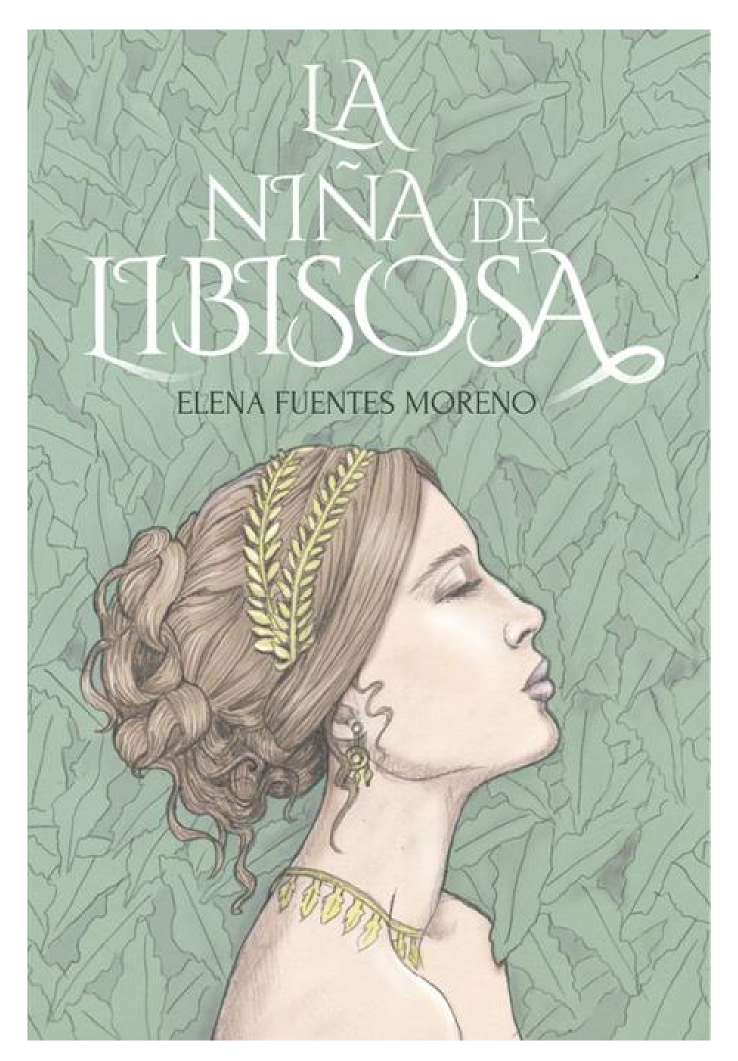
SOBRE LA AUTORA

Elena Fuentes nació en 1978 en Albacete, donde reside en la actualidad con sus dos hijos. Es directora de un centro médico como psicóloga, trabajo que compagina con su afición por escribir.

Desde su infancia mostró su inclinación y habilidad para inventar y narrar historias. Apasionada de la lectura, su fascinación por personajes con personalidades fuertes como Heathcliff o Catherine Earshaw, protagonistas de Cumbres Borrascosas, o los que pueblan el universo literario de Patricia Highsmith, le llevó a interesarse por el estudio de la psique humana.

Licenciada en Psicología por la Universidad de Murcia en 2002, ha profundizado en el ámbito de la salud mental, realizando diferentes máster y cursos de postgrado, y en el campo de la inteligencia emocional, cuyos planteamientos se filtran en sus novelas y confieren a sus personajes una profundidad psicológica y matices en sus comportamientos que facilitan la empatía y la identificación del lector.

“La niña de Libisosa” 2020



Siglo primero a. C. Kara, una joven ibera, sobrevive milagrosamente a la masacre perpetrada por el ejército romano sobre Libisosa. Marcela, en Carthago Nova, conocerá al culpable de la matanza.

Dos mil años después, Noelia es arqueóloga en el yacimiento donde comenzó todo mientras se sobrepone a una tragedia personal.

Tres mujeres, un destino, ¿te atreves a descubrirlo?

“Anacronía de una Marquesa”
Finalista premio literario Amazon 2019



Madrid, 1954. Un escándalo sin precedentes, que salpica a las más altas esferas del poder, sumerge a España en el morbo.

¿Quién fue Margarita? En esta novela, ella te contará su historia. Te relatará cómo, desde muy joven, tuvo que soportar un yugo impuesto por su tiempo, por el hecho de ser mujer, un lastre que la privó de los mismos derechos de los que disfrutaban los hombres.

Valencia, Madrid, París, Nueva York, Cuba, Barcelona, Marruecos… sigue a Margarita en cada uno de sus viajes y ella te narrará un sinfín de historias, que te acercarán a quién fue realmente y podrás juzgarla por sus delitos, vivir en una época que no le correspondía y hacerlo como mujer.

“El legado de Ava”
Finalista premio literario Amazon 2017



Esta es una historia de amor poco corriente, fraguada mucho antes de que sus protagonistas existieran.

Ava no es una mujer común, tampoco una buena persona, pero si le das la mano, te conducirá hacia el interior de una historia fascinante: su vida. Su existencia comenzó cuando sus padres dejaron atrás una humilde realidad, en busca de oportunidades y promesas de un futuro mejor. No podían imaginar que, tras las fronteras de España, les esperaba una vida completamente diferente en escenarios con los que jamás osaron ni soñar y sobre los que se asentará un legado que perdura hasta nuestros días.

Tras los recuerdos de Ava no encontrarás justificación, ni tan siquiera expiación, pero quizá sí halles las respuestas que te permitirán comprender los impulsos ocultos por los que tomó las peores decisiones de su vida.

“Los círculos del alma”

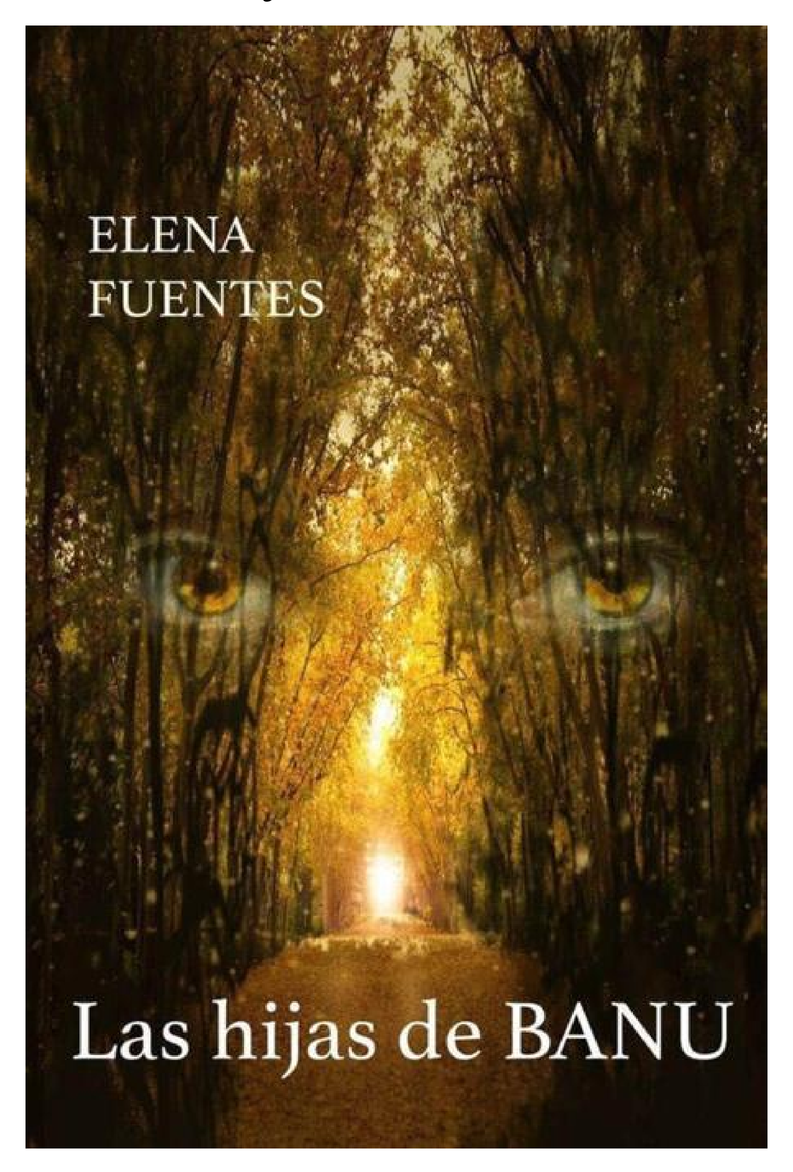


Nos vemos obligados a tomar decisiones constantemente. De nuestra voluntad depende escoger entre el bien y el mal, pero tarde o temprano deberemos afrontar las consecuencias de nuestras elecciones.

Laura es una joven que acaba de licenciarse en Medicina, cumpliendo así las ambiciosas expectativas de su madre, una eminente neurocirujana. Ante ella se abre un horizonte repleto de posibilidades, aunque desconoce que una decisión tomada hace setenta años marcará el resto de su vida.

Una historia de intriga, suspense, amor, que va atrapando al lector desde la primera página y con las que vivirá infinidad de sorpresas que lo sobrecogerán.

Las hijas de BANU: BANU I



Banu es una joven iraní que logra sobrevivir a la guerra que terminará con el resto de la humanidad.

Ella será la encargada de crear una nueva civilización: sin enfermedades, sin contaminación, sin…

¿Realmente estamos preparados para leer el futuro?

BANU II: EL TIEMPO SIN ELLA



Cuando Sara insertó el disco de cuarzo en La Red, lo hizo con la convicción de que conocer la verdad alejaría el fantasma del odio de su pueblo… nada más lejos de la realidad.

Ahora, ella ocupa el lugar de BANU, con las obligaciones y responsabilidades que van ligadas a su nueva posición, pero no imagina que la auténtica amenaza aguarda oculta en las sombras esperando su momento para revelarse ante el mundo e imponer un nuevo orden.

BARRIDOS POR EL SALITRE



Una historia de amor, amor puro.

La primera vez que Sofía y Mónica se vieron, el suelo no tembló, no sonaron campanas, no se detuvo la tierra y, por supuesto, no se les paró el corazón… pero aquel verano, su historia les cambiaría la vida para siempre.

La noche que todo cambió, la playa se desbordó de amor y cientos de besos fueron barridos por el salitre. Un pedazo de sus almas se quedaría para siempre perdido en el hueco, que el mar construye cuando invade la arena. El deseo y el anhelo que supuraron sus cuerpos impregnó como un halo aquella escena, que prevalecería para siempre en sus recuerdos.



PIKARA MAGAZINE

Bebés robados en España: 70 años de impunidad, dolor y estigmatización de las madres

RUTH DE FRUTOS
17/03/2021

La desaparición de recién nacidos, dados por muertos para las madres, para su compra-venta siguen sin resolverse en el Estado español. Hasta ahora, solo se ha juzgado como imputado a un doctor por una práctica que comenzó en la posguerra y duró hasta los años 90.

"No vayas al hospital a parir, allí desaparecen los bebés". Este era el secreto a voces que se susurraban nuestras abuelas a principios de los años 60 del siglo pasado. No era para menos, Amnistía Internacional ha documentado que la sustracción de menores en el Estado español comenzó en 1939 y se extendió hasta bien entrada la democracia.

Si bien no existe información oficial sobre las personas que podrían haber sido víctimas de esta práctica ilícita, conocida popularmente como **"bebés robados"**, los datos de la Fiscalía General del Estado y del Servicio de Afectados del Ministerio de Justicia son claves para entender la complejidad del proceso de separación de los y las menores de sus familias biológicas. Entre 2011 y marzo de 2021, **se**

han tramitado 2.138 diligencias de investigación, de las que 526 han sido judicializadas. Andalucía (550), País Vasco (338), Cataluña (308) Comunidad de Madrid (301), y Comunidad Valenciana (255) concentran más del 80 por ciento, de acuerdo con la información proporcionada por la Fiscalía General del Estado. Por su parte, **el Servicio de Afectados del Ministerio de Justicia tramitó 706 solicitudes de ayuda**, que correspondieron a 834 personas. Creado en 2012, este órgano tiene como objetivo facilitar el acceso a la información a las víctimas, tanto en lo referente a la gestión documental como a los perfiles de ADN, sirviendo de enlace con el Instituto Nacional de Toxicología y Ciencias Forenses.

La propia Audiencia Nacional reconoce que en el **Estado español se habría propiciado una desaparición "legalizada" de un número indeterminado de menores de edad,** suponiendo su pérdida de su identidad, entre 1927 y 1950.

Desaparición forzada en tres actos

Una compleja maquinaria ideológica y legal se puso en marcha para legitimar la práctica ilícita en España. Según el informe de Amnistía Internacional (AI) recién publicado 'Tiempo de verdad y de justicia. Vulneraciones de derechos humanos en los casos de "bebés robados"', la sustracción de menores fue mutando, atentando tanto contra la criatura como contra la madre, al condicionar su vida y maternidad. La organización denuncia tres fases de esta práctica ilícita, teniendo en cuenta el contexto histórico, político e ideológico en el que se desarrolló.

Durante la posguerra, el sistema de robo de menores orquestado por el Estado se centró en hijos e hijas de mujeres republicanas y en aquellos bebés que salieron de España apoyados por la República y que se repatriaron para entregárselos a determinadas familias pudientes y afines al régimen franquista. La sustracción de menores a madres republicanas desde finales de los años 30 hasta los 50 se convertía así en una forma de castigo para las opositoras a la dictadura.

Una orden de 30 de marzo de 1940, que modificaba un real decreto de 14 de noviembre de 1930, permitía a las mujeres ingresar en prisión con sus criaturas lactantes. Sin embargo, "transcurrido un plazo que puede fijarse en la edad de los tres años, no existe en estos momentos justificación alguna para que en las prisiones las reclusas tengan a sus hijos", lo que suponía una de las argucias legales que posibilitaba el robo de bebés. A esta práctica se sumaba la desaparición de menores

que salieron de España apoyados por la República y que, a su regreso, no fueron entregados a sus familiares, dado que sus progenitores estaban muertos, presos o no garantizaban que se educarían bajo las consignas del régimen. En 1949, el Servicio Exterior de la Falange indicaba que 20.266 menores fueron expatriados tras la Guerra Civil. 42.000 hijos e hijas de personas encarceladas y exiliadas pasaron por los patronatos vinculados a las distintas Juntas Provinciales, según datos de los mismos patronatos en 1945. El traslado a hospicios e instituciones religiosas para su reeducación también podía finalizar con la llegada a familias "de moralidad intachable".

Desde los años 50 hasta 1975, la sustracción ilegal se produce mayoritariamente en clínicas y maternidades. En plena dictadura franquista se generaliza la práctica de decir a las mujeres que su hijo o hija había muerto, por lo que no eran conscientes de la práctica ilícita. Las víctimas pasan, de saber que se está produciendo un robo de sus criaturas como parte del castigo a su oposición al régimen, a ser engañadas, ya que les comunicaban que su bebé había fallecido durante el parto. Una vez más, son las más vulnerables las que sufren la mayor parte de las sustracciones de menores, según Amnistía Internacional, especialmente madres empobrecidas y no alfabetizadas. **Son las vencidas política, económica y socialmente.** Entre ellas se encuentran viudas embarazadas, madres casadas jóvenes y con pocos recursos, madres de familias numerosas, mujeres embarazas fuera del matrimonio, madres solteras…

Con la llegada de la democracia, la práctica de la sustracción de criaturas continúa. Amnistía Internacional denuncia que no se observa una ruptura con la etapa dictatorial. El patriarcado y el marco legal colmado de vacíos y deficiencias continúan amparando la sustracción impunemente hasta, al menos, 1993, último caso documentado por la organización de derechos humanos.

El 9 de mayo de ese año, Ruth Puertas dio a luz a un niño en Bilbao. Tras el parto, un médico le cogió la mano y le dijo "se va a morir, estate tranquila". Otro doctor informó a su familia del fallecimiento del recién nacido antes de que ella saliese del paritorio, aconsejándoles no ver el presunto cadáver ya que "parecía un monstruo". Este aspecto no era compatible con el síndrome Potter, supuesta causa de la muerte. No existe historial clínico a nombre de Ruth en el hospital bilbaíno, ni tampoco se conserva documentación alguna de su parto.

18 años después, tras conseguir que un juzgado ordenara la exhumación donde supuestamente se encontraba su hijo, no se encontraron restos óseos en el ataúd. El juez cerró la investigación

evidenciando que la criatura no fue enterrada en la forma que consta oficialmente y que podía **"llegar a comprender mínimamente el dolor y la incertidumbre que les acompaña desde aquel día, acrecentado el 29 de septiembre de 2011, cuando se produjo la exhumación y no se encontraron restos óseos de su bebé en el cementerio de Derio".**

La concatenación de vulneraciones que sufrió Ruth Puertas, su bebé y su familia no son hechos aislados, sino que responden a patrones de violencia identificados también en democracia, como denuncian diversas organizaciones de personas afectadas. En una charla, la presidenta del Observatori de Desaparicions Forçades de Menors, **Neus Roig**, resume el despertar del negocio de la venta de menores después de 1978: **"Es un momento en el que empiezan a bajar los embarazos no deseados porque empezó a utilizarse, entre otros métodos, la píldora anticonceptiva" y un aumento de la "demanda de bebés**, por lo tanto, teníamos menos embarazos y más bebes", concluye la antropóloga y doctora de Ciencias Sociales y Humanas. Esta trama de compra-venta de criaturas se produce hasta bien entrada la década de los años 90, caracterizada por la burbuja económica española que pronto estallaría y la proyección internacional de las Olimpiadas de Barcelona y la Expo de Sevilla.

Sexo, clase y patria

El sueño de una "patria nueva y grande", "porque solo los pueblos de familias fecundas pueden extender la raza por el mundo y crear y sostener imperios", como defendía durante la dictadura franquista el psiquiatra y militar **Antonio Vallejo Nájera,** violentaba los cuerpos y los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres en España. Amnistía Internacional alerta de que la ideología poblacional del régimen, que anhelaba alcanzar los 40 millones de habitantes, según la tesis doctoral de la matrona y docente de la Universidad de Alicante **Modesta Salazar Argulló**, relegó a las mujeres en la esfera privada, reconociéndolas funciones meramente reproductivas, de cuidado y de educación familiar determinada por el régimen.

Aquellas mujeres que no formaban parte de esta ideología y maquinaria legal eran estigmatizadas y criminalizadas. Para tutorizar el comportamiento devoto y obediente de esta parte de la población, la Sección Femenina se convirtió en el engranaje de control de la maternidad y el cuidado, especialmente dirigido a las más empobrecidas. Su fundadora, **Pilar Primo de Rivera**, afirmó que "les enseñaremos a las mujeres el cuidado de los hijos, porque no tiene

perdón el que se mueran por ignorancia tantos niños que son siervos de dios y futuros soldados de España".

Solas y silenciadas

Los cambios legales que se produjeron durante la dictadura franquista supusieron la subordinación de las mujeres a los hombres. En el caso de madres solteras la estigmatización era aún mayor, fomentándose un clima de clandestinidad para su supuesta protección frente al rechazo social del embarazo fuera del matrimonio, que favorecía la sustracción de menores en organizaciones religiosas o dependientes del Estado.

Así, se perpetuaba un dispositivo de oferta-demanda en el que existían dos actores necesarios para el tráfico de bebés. Por un lado, **familias pudientes y afines al régimen que demandaban descendencia a cambio de grandes cuantías de dinero para cumplir con el modelo de familia heteropatriarcal y católica y, por otro, instituciones que satisfacían esta demanda por medio de una compleja maquinaria ideológica y legal que conllevaba, en última instancia, el robo de criaturas.**

Durante el proceso de la sustracción, las mujeres son silenciadas por distintos mecanismos. Las familias quedan aisladas de los círculos de poder, reaccionando con dolorosa resignación y silencio ante la incredulidad de la desaparición forzada. El dolor, la incomprensión y la soledad se cierne sobre los parientes y especialmente sobre las madres que, para no volver a ser estigmatizadas, sufren un eterno duelo ligado a una supuesta muerte sobre la que recae la duda.

La comunicación de la defunción del o la menor y el riesgo para la salud mental de la mujer por este hecho traumático hacía que aumentase **la desconfianza hacia las versiones de las recién paridas,** que eran desacreditadas al afirmar que sus hijos e hijas estaban vivas, incluso por sus las personas más allegadas.

Lucha contra la impunidad

Desde que hace aproximadamente una década comenzaran a hacerse públicos cada vez más casos de criaturas sustraídas en el Estado español, la opinión pública comenzó a darse cuenta de que no eran casos aislados, que **las madres que buscaban a sus bebés decían la verdad y que el silencio solo había beneficiado a los perpetradores**, entre los que se encuentra personal sanitario que colaboró en el negocio de compra-venta de bebés.

En España solo se ha juzgado como imputado a un doctor relacionado con esta práctica ilícita. En 1969, **Inés Madrigal** fue separada de su madre biológica y entregada a una mujer estéril, quien declaró que el médico **Eduardo Vela** le había recomendado fingir el embarazo con cojines. En junio de 2020, el Tribunal Supremo confirmó que la falsificación de la documentación de Inés y la propuesta de fingir el embarazo son hechos constitutivos de delito y afirmó la ilegalidad del procedimiento de entrega de la criatura al margen de los cauces regulares para una adopción. En la sentencia, la Sala II no se pronunció sobre la prescripción de delitos que determinó la Audiencia de Madrid, y que había sido recurrida tanto por la Fiscalía como por la acusación particular, porque el ginecólogo había fallecido en octubre de 2019, lo que hacía inviable una petición de condena.
Amnistía Internacional demanda "que se lleve a cabo una labor de reexamen de las causas penales cerradas y, en aquellos casos en que exista prueba indiciaria de la comisión de una desaparición forzada, se reactiven las investigaciones", dado el archivo de la mayoría de las denuncias, en algunos casos sin haber llevado a cabo investigación judicial alguna, alegando la prescripción de los hechos y los escasos resultados de las diligencias emprendidas por la Fiscalía General del Estado.

El tiempo y la ausencia de respuestas solo agudiza el dolor que acompaña al proceso de búsqueda y el punto muerto en el que se encuentran la mayor parte de los procesos judiciales, tal y como describen las afectadas. Organismos internacionales como el Parlamento Europeo o el Grupo de Trabajo sobre desapariciones Forzadas de Naciones Unidas reconocen el daño y sufrimiento de las familias derivados de esta **situación como tortura y malos tratos,** que se perpetúa por la inacción de los distintos poderes del Estado español, que no han proporcionado respuestas a las víctimas conforme a estándares internacionales de derechos humanos.

En 2017, la comisión de Peticiones del Parlamento Europeo recomendó al Gobierno español tomar "**medidas urgentes para resolver todos los casos de supuesto robo de bebés y adopción ilegal",** tras investigar un conjunto de peticiones sobre menores supuestamente sustraídos al nacer por parte de personal sanitario.

La **Proposición de Ley de Bebés Robados** fue tomada en consideración en julio de 2020 por el Congreso de los Diputados y actualmente se encuentra en fase de enmiendas. El objetivo es lograr un texto final en el que el Estado asuma la responsabilidad de la búsqueda activa de los menores sustraídos y de su identidad, así como

abrir la posibilidad de garantizar los derechos de verdad, justicia, reparación y no repetición. En el Estado español son muchas las personas que desconocen la identidad de sus madres y padres biológicos, su propia identidad y las circunstancias que rodearon su nacimiento. Amnistía Internacional ha lanzado una campaña para poner el foco en el que denuncia esta práctica ilícita de sustracción de menores que setenta años después permanece impune.

DIARIO PÚBLICO

La incógnita de los bebés robados en España durante 50 años que la justicia no quiere investigar

Amnistía Internacional ha publicado un informe con diversos testimonios de afectados por el robo masivo de bebés que se produjo desde finales de los años 30 hasta principios de los 90. Según la organización, si diferentes órganos como el Gobierno central o la Fiscalía tomaran medidas se podría paliar la situación de estos miles de afectados.

MADRID

16/03/2021 07:25

GUILLERMO MARTÍNEZ

Se llama Luis Fernando Lezaeta Hurtado en Chile y Luis Aguirre García en España. Nació el 30 de noviembre de 1958 en Salamanca, pero eso lo supo cuando ya tenía 15 años, el mismo momento en el

que se dio cuenta de que los padres que le habían criado no eran sus padres biológicos pese a que así constaba en el registro del país Latinoamericano. Hasta 1998 una abogada no le aseguró que había sido un **bebé robado durante la dictadura franquista.** “Cuando le pregunté por lo ocurrido, mi madre me dijo que tenía que quemar todos los papeles porque le podía meter en un lío a ella”, relata Fernando, tal y como él prefiere denominarse. Al principio, la familia Lezaeta quería una niña, pero ellas eran mucho más difíciles de conseguir, así que se tuvieron que conformar con un niño “rubio de ojos azules”, tal y como lo encargaron a Félix Álvarez-Arenas, el militar cercano a Franco con el que vivió sus primeros seis meses de vida. **La vida de Fernando costó algo más de 100.000 pesetas** de la época.

Laura Perales dio a luz en el Hospital General de Alicante el 3 de julio de 1980, ya entrada la democracia en España y cuasi superada la Transición. A los dos días, Javier Hernández Perales murió. Sería enterrado el día 6 en una fosa común de Alicante, en domingo, pese a las reticencias de la familia. Tras varios pleitos con la justicia, la exhumación del cadáver y el análisis forense dejó constancia que realmente **lo que habían enterrado era un brazo de un adulto.** “Yo pedí al cementerio la lista de cadáveres que había en esa fosa común y vi que donde debería estar mi bebé también había **más de 70 recién nacidos de mayo a agosto de 1975 procedentes del Hospital en el que di a luz”.**

Laura Perales.

Un bebé robado y una madre a la que robaron su bebé son los trágicos protagonistas de un hecho acontecido en España a lo largo de varias décadas y que afecta a miles de personas a nivel internacional. Amnistía Internacional (AI) ha publicado un extenso informe llamado “**Tiempo de verdad y de justicia. Vulneraciones de Derechos Humanos en los casos de ‘bebés robados”** en el que analiza las raíces del problema, quiénes fueron los ladrones y quiénes los robados. Pese a que no existen datos oficiales al respecto, la sustracción ilegal de bebés se produjo entre 1939 y los noventa, pues el último caso documentado por AI es de 1993. Según la organización, “pudo existir la sustracción y apropiación de niños y niñas al nacer (…) así como la subsiguiente supresión y sustitución de su identidad llevada a cabo con la participación, tolerancia o aquiescencia de agentes del Estado”.

La propia Audiencia Nacional se ha pronunciado al respecto tildando

la situación que se produjo entre 1937 y 1950 como “**desaparición legalizada” de menores de edad** con pérdida de su identidad. “El número es indeterminado, pero se barajan algunas cifras de hijos e hijas de presas tutelados por el Estados o repatriados tras finalizar la Guerra Civil que no siempre estuvo claro fueran devueltos a sus familias”, agregan desde AI. Aquí los números: 30.960 niños y niñas, hijos de presas, tutelados por el Estado entre 1944-1954; y 20.266 menores repatriados tras la Guerra Civil en 1949, según datos del Servicio Exterior de la Falange.

Le robó un militar franquista

Fernando consiguió la doble nacionalidad en 2012: «Quería recuperar algo de mi pasado, por lo menos poder decir que nací en España porque a mí me sacaron del país para llevarme a otro contra mi voluntad. **Mi madre biológica solo estuvo cinco días conmigo**”. Dice que en la jura para conseguir la nacionalidad española el juez le dijo que él no hacía falta que lo hiciera porque siempre había sido español. En su caso, el cónsul de España en Chile arregló los papeles para que figurara como hijo natural de la familia Lezaeta. El tiempo pasó y el padre y la madre que le criaron murieron. Entonces Fernando se puso a investigar: “Cuando yo removí la historia en uno de mis viajes a España, la hija del militar franquista que me robó me dijo que hasta cuándo iba a estar hablando mal de su padre, y le contesté que me denunciara si tanto le molestaba”, explica a *Público* el afectado.

Fernando Lezaeta.

“Antiguamente era muy normal comprar niños en Chile, y **la Iglesia estaba metida hasta el cuello** porque eran quienes arreglaban los papeles con los bautismos y la documentación eclesiástica”, expresa Fernando a sus 62 años. Él solo quiere cerrar un círculo que nunca debió estar abierto, y quizá lo consiga. “Sé que hay una mujer en España que puede ser mi hermana porque a su papá le robaron un hijo en 1958 también con la diferencia de un mes de mi nacimiento. Araceli puede ser mi hermana; su padre tenía las mismas facciones que yo. Ella ya se ha hecho una de las mejores pruebas de ADN que existen, la Myhevitage, y yo estoy esperando a que me llegue la mía

para contrastar los resultado», se explaya Fernando.

Solo hijos de familias humildes

Preguntado por si considera que la sociedad española está a la altura de las circunstancias, este bebé robado en la dictadura es meridiano: “Voy a ser sincero contigo. **Un gran porcentaje de los españoles siguen siendo franquistas** porque están acostumbrados y educados bajo su doctrina y sus reductos. Todos los niños que robaron eran de **familias de bajos** recursos, gente del campo, humilde y que se oponían a la dictadura. Hay casos en los que les decían que se hijo había muerto con otitis, ¿pero cuándo ha muerto un bebé por eso?», se pregunta.

En la actualidad sus hijos y nietos le preguntan por lo sucedido y les contesta aunque no tenga ganas de hacerlo. “Nunca les he negado nada. Les digo: mira hijo, este soy yo, estuve en una inclusa hasta que una familia me compró, y no soy el único al que le ha ocurrido. Somos todos españoles, **no conozco a mi mamá, ni a mi papá**; ustedes son españoles pero nunca les darán la nacionalidad”. Le vendieron como si fuera algo en lugar de alguien.

-¿Guardas algún tipo de rencor hacia tus padres biológicos?

-Nada de eso. No lo puedo hacer porque no sé qué pasó. A lo mejor **mi madre era una mujer sencilla que quedó embarazada** y que le quitaron al niño porque había un encargo de uno rubio con ojos azules.

Tres causas de muerte diferentes

A Javier Hernández Perales le separaron de su madre, Laura, dos días después del parto para que le hicieran la prueba del talón. **Nunca jamás le volvió a ver.** Nacida en 1954, jamás olvidará lo ocurrido en el Hospital General de Alicante aquel 5 de julio de 1980, cuando a su marido a y a ella le comunican que Javier ha muerto. “Nos dijeron

que el bebé estaba en el depósito pero que **no lo podíamos ver porque estaba muy negro** al haber muerto de asfixia», relata la afectada.

AI ha accedido a la documentación en la que se explicita que al hijo de Laura le operaron de un pulmón y murió de un **fallo respiratorio.** La familia no tenía conocimiento de esta intervención. El propio hospital les facilitó otro documento donde consta que Javier murió por **un paro cardiaco**, pero hay otro más en el que se indica que la muerte se produjo porque **la máquina que hacía la radiografía de los pulmones** estaba estropeada. Nada encaja.

“Nos dijeron que solo nos daban al niño si lo enterrábamos al día siguiente, pese a ser domingo, y en Alicante, aunque queríamos darle sepultura en nuestro pueblo, Villena. Unos días más adelante **nos llamó una mujer y nos dijo que nuestro hijo no estaba muerto.** No sabíamos quién era pero nos llamó en repetidas ocasiones. Se lo contamos a la Guardia Civil y nos dijo que lo olvidáramos porque sería alguien que nos quería hacer daño», cuenta Laura a *Público*. Una vez fallecido su marido, desde el Hospital le dijeron que nunca había dado a luz allí, así que denunció lo ocurrido. “Justo el día que fui a los juzgados me encontré una movilización con más personas en mi misma situación, así que me uní. Yo **siempre había pensado que estaba muert**o, no que me lo habían robado”.

35 años poniendo flores

El 11 de mayo se produjo la exhumación de lo que debería haber sido el cadáver del bebé, pero no: en el ataúd tan solo **apareció un brazo de una persona adulta.** “Ahí me di cuenta de que llevaba 35 años poniendo flores en una tumba en la que no estaba mi hijo”, continúa. Después de que con ayuda de su cuñado, quien había enterrado el ataúd en 1980 en aquel mismo lugar, encontraran la caja correspondiente y vieran que dentro no había ningún bebé, la justicia declaró el secreto de sumario. “Siguieron excavando en la fosa común, por si acaso, y encontraron otros dos ataúdes de bebé: **dos vacíos completamente y una niña”.**

A Laura le contaron lo que ella no duda en denominar como mentiras. “Me dijeron que quizá el brazo había absorbido los huesos del bebé, pero yo no me creía nada de eso. Cuando le hicieron el análisis de

ADN certifiqué que ahí nunca había estado mi bebé. **Como no había cadáver, no había caso**, así que lo cerraron", profundiza esta madre de dos hijos y abuela de cuatro nietos, a quien no le aceptaron el caso en el Tribunal Supremo porque no podía culpar a nadie. «El dolor de que me lo hayan robado no tiene ni punto de comparación con que esté muerto. La incertidumbre de cómo estará, qué será de su vida, es algo en lo que pienso todos los días», prosigue.

"Cuando todo esto pasó yo tuve una **depresión de dos años**, sin poder trabajar y apenas comer. Desde mi punto de vista, creo que algún niño que iban a dar de otra familia les falló o algo, así que cogieron al mío, porque no es normal que me lo quitaran a los dos días de nacer, cuando ya le había dado biberones, en lugar de arrebatármelo tras el parto", presupone Laura. "Ahora **estoy completamente convencida de que mi hijo está vivo**, pero nadie me ayuda a buscarlo. Me siento totalmente desamparada por la justicia", concluye esta madre. Similar es la opinión de Fernando: "Ningún Gobierno de España nos ha puesto facilidades".

AI reclama investigar lo sucedido

El informe de AI también recoge que pese a las 2.138 diligencias de investigación entre 2011 y marzo de 2021, tan solo 526 llegaron a ser judicializadas. Ninguna de ellas en 2019 y 2020. Pese a las cientos de **denuncias presentadas**, las exhumaciones se contabilizan hasta las 120, de las cuales el 41% de los casos (un total de 49) no se pudo resolver, bien por confirmarse que los restos no pertenecían al bebé que se buscaba (7 casos, 6%), bien porque no se encontraron restos (3 casos, 2,5%) , o bien porque los restos encontrados no aportaron muestras válidas de ADN para cotejo (39 casos, 32,5%), según la organización.

El documento publicado por dicha entidad finaliza con una serie de recomendaciones para paliar la situación tanto al poder legislativo como al Gobierno central , a las comunidades autónomas, al poder judicial, al Ministerio Fiscal español , a la Santa Sede y a la Conferencia Episcopal.